

Gerald Durrell

“Si los animales pudieran hablar,
concederían a Gerald Durrell uno de sus primeros
premios Nobel.” (*Times Literary Supplement.*)

Los sabuesos de Bafut



Lectulandia

A fines de los años cuarenta, el autor llega al Camerún británico para cazar animales con destino a los zoos europeos, sus amigos le aconsejan dirigirse a Bafut, donde vive una tribu amistosa, y allí se instala tras ganarse la confianza del jefe de la tribu. Recluta un equipo de negros con sus perros, los «sabuesos» del título, y empieza a recoger ejemplares raros, en medio de un ambiente pintoresco y a menudo delirante en el que casi todo es posible: fiestas en las que corren ríos de alcohol, una conga dirigida por el propio Durrell en medio de la selva y que provoca el entusiasmo de los indígenas, aventuras y peripecias de todas clases que animan la tarea principal del autor, quien regresa a Europa con una importante colección de animales, dejando tras de sí una sólida reputación de mago. El humor, la simpatía y la amenidad de Gerald Durrell convierten este libro en una insólita obra maestra en la que la divulgación del naturalista se empareja admirablemente con el singular encanto de la narración.

Lectulandia

Gerald Durrell

Los sabuesos de Bafut

ePub r1.0

Titivillus 13.02.2018

Título original: *The Bafut Beagles*
Gerald Durrell, 1954
Traducción: Pilar Giralt Gorina
Ilustraciones: Ralph Thompson

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*Para Kenneth Smith en memoria de los fons,
la dentadura postiza y los ratones voladores*



EN EL QUE POR FIN LLEGAR

El río Cross baja en zigzag por las montañas del Camerún hasta que irrumpe y se desparrama, centelleante, por la gran extensión de bosque que rodea a Mamfe. Después de ser todo espuma, cascadas y rumorosos torrentes en las montañas, se apacigua al llegar a ese bosque y fluye pausadamente por su rocoso cauce, creando con sus plácidas aguas ribetes de arena blanca y pura en las márgenes y arrastrando el lodo de las raíces de los árboles que se yerguen en la orilla sobre la *masa*, enmarañada y retorcida de unos troncos que parecen tentáculos de pulpo. Sus aguas, marrones, fluyen majestuosamente, llenas de hipopótamos y cocodrilos, mientras en el aire cálido gritan golondrinas azules, anaranjadas y blancas.

Justo antes de Mamfe el río se acelera un poco al introducirse en un alto desfiladero cuyas rocas, pulidas por su erosión, exhiben un antimacasar de maleza que cuelga del bosque; y al salir de la garganta se ensancha y arremolina hasta formar una vasta cuenca de forma ovoide. Un poco más lejos, otro río atraviesa una garganta idéntica y va a desembocar en esa misma cuenca, donde las aguas se mezclan en un torbellino de pequeñas corrientes, remolinos y ondas para continuar su curso como un solo río, dejando, como resultado de su unión, un enorme y brillante montículo de arena blanca en el centro del río, arena salpicada de huellas de hipopótamos y decorada por cadenas de pisadas de aves. Cerca de esa isla arenosa, el bosque de la orilla se transforma en un pequeño prado que rodea el pueblo de Mamfe; allí fue, en el lindero del bosque, sobre el plácido río marrón, donde decidimos levantar nuestro campamento base.

Fueron precisos dos días de cortar y nivelar para acondicionar el campamento, y al tercero, Smith y yo nos detuvimos al borde del prado para observar a treinta africanos sudorosos y vociferantes que levantaban y tiraban de algo parecido al inmenso esqueleto marrón y arrugado de una ballena, que yacía sobre la roja tierra

recién labrada. Poco a poco, a medida que desdoblaban y extendían el mar de lona, ésta empezó a elevarse, hinchándose como un balón de aspecto siniestro. Entonces pareció dilatarse súbitamente como una sanguijuela y se convirtió en una tienda de impresionantes dimensiones. Cuando hubo revelado así su identidad, un clamor estentóreo, mezcla de asombro, admiración y alborozo, estalló entre la multitud de lugareños que habían acudido a ver levantar nuestro campamento.

Una vez la tienda estuvo preparada para cobijarnos, necesitamos otra semana de arduo trabajo antes de empezar la caza de ejemplares. Había que preparar jaulas, cavar y llenar acequias, entrevistar a diversos caciques de pueblos vecinos para decirles qué animales nos hacían falta, procuramos alimentos y atender a muchas otras cuestiones. Cuando por fin el campamento empezó a funcionar sin problemas, nos dispusimos a iniciar en serio la búsqueda. Decidimos que Smith permanecería en Mamfe y cuidaría del campamento base, recogiendo toda la fauna silvestre que pudiera, con ayuda de los indígenas, mientras yo me adentraba en dirección a las montañas, donde el bosque cedía el paso a las grandes praderas. En aquel mundo montañoso, de extraña vegetación y clima más frío, se encontraba una fauna completamente distinta de la existente en la húmeda región selvática.

No estaba seguro de qué parte de las praderas sería la mejor para mi trabajo, así que fui a ver al oficial del distrito en busca de consejo. Le expliqué mi dilema y él sacó un mapa de las montañas, que estudiamos juntos. De pronto señaló con el índice un lugar y me echó una ojeada.

—¿Qué le parece Bafut? —preguntó.

—¿Es un buen lugar? ¿Cómo son sus pobladores?

—En Bafut sólo hay una persona que deba preocuparle y ésta es el fon —contestó—. Gánese su simpatía y todos le ayudarán.

—¿Es el jefe?

—Es una especie de Nerón de esta comarca —respondió el oficial del distrito, trazando con el dedo un gran círculo en el mapa— y su palabra es ley. Se trata de un rufián encantador y el modo más seguro de llegar a su corazón es probarle que sabe aguantar el alcohol. Tiene allí una casa magnífica, que construyó por si recibía visitantes europeos y estoy seguro de que si le escribe, le permitirá alojarse en ella. De todos modos, Bafut bien vale una visita, por breve que sea.

—Bien, le enviaré una nota y veremos qué contesta.

—Procure que su comunicación esté... bueno... debidamente lubricada —recomendó el oficial.

—En seguida bajaré a la tienda y compraré una botella de lubricante —le aseguré.

Así, pues, aquella tarde un mensajero partió hacia las montañas, portador de mi nota y de una botella de ginebra; cuatro días después regresó con una carta del fon, un documento magistral que me animó extraordinariamente.

*Oficina del fon de Bafut, División
de Bemenda Bafut, 5 marzo 1949*

Mi buen amigo.

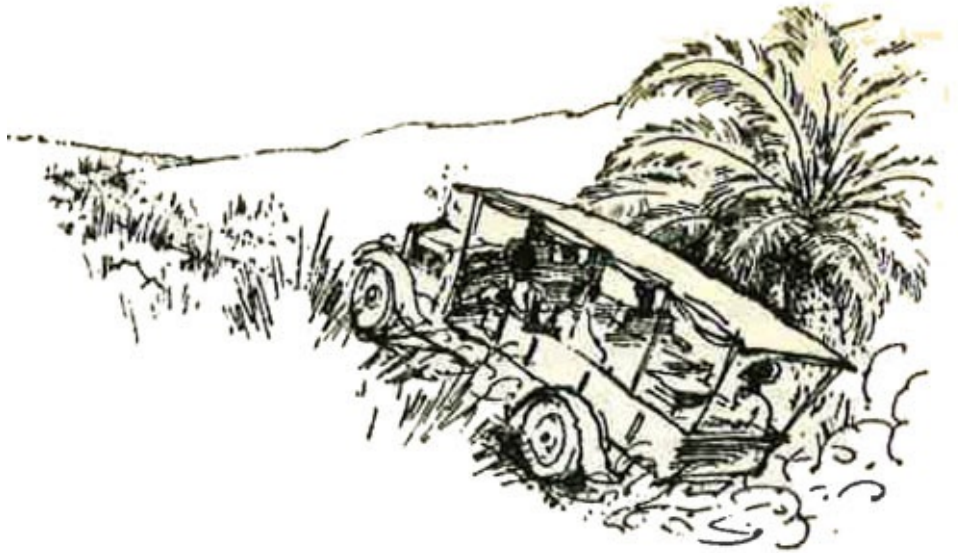
La suya del 3 de marzo de 1949 llegó en mano con todo el contenido bien señalado.

Sí, acepto su llegada a Bafut para una estancia de dos meses con sus animales, y además me complacerá sobremanera dejarle en posesión de una casa en mi finca si usted se muestra razonable en la cuestión de los alquileres.

Cordialmente suyo,

FON DE BAFUT

Lo dispuse todo para partir hacia Bafut sin pérdida de tiempo.



CAPÍTULO 1

SAPOS Y MONOS DANZARINES

La mayoría de camiones de África Occidental no están en lo que suele llamarse la flor de la juventud y la amarga experiencia me había enseñado a no esperar mucho de ellos. Pero el camión que llegó para transportarme a las montañas era el peor que había visto en mi vida: se tambaleaba en el límite de la desintegración senil. Sostenido apenas por sus encorvadas ruedas, resollaba y jadeaba de agotamiento por haber tenido que subir la suave cuesta hasta el campamento base y me confié a él junto con mi carga no sin cierto recelo. El conductor, un tipo alegre, observó que requeriría mi ayuda para dos operaciones muy necesarias: primera, sujetar el freno de mano cuando viajáramos cuesta abajo, pues a menos que se mantuviera apretado casi a nivel del suelo, se negaba hoscamente a funcionar, y segunda, vigilar con mirada atenta el embrague, una voluble pieza del mecanismo que aprovechaba cualquier oportunidad para salir disparada con el ruido de un leopardo estrangulado. Como era evidente que ni siquiera el conductor de un camión de África Occidental podía conducir acurrucado bajo el salpicadero en posición fetal, yo tendría que asumir el control de estos instrumentos si apreciaba en algo mi vida. Así, pues, mientras me agachaba de vez en cuando para sujetar el freno, oliendo el penetrante tufo de la goma quemada, nuestro noble vehículo avanzaba dando tumbos hacia las montañas a una velocidad constante de treinta y dos kilómetros por hora; a veces, cuando una pendiente lo permitía, olvidaba toda precaución y se lanzaba a una loca carrera a cuarenta por hora.

Durante los primeros cincuenta kilómetros el camino de tierra roja serpenteó por el bosque de la llanura, cuyos árboles gigantes lo flanqueaban en sólidas hileras,

formando con sus ramas un arco sobre nuestras cabezas. Bandadas de cálaos aleteaban sobre el camino, emitiendo bocinazos como los espíritus de viejos taxis, y en los bordes, enroscados decorativamente al sol, yacían los lagartos agamas, excitados, teñidos por los colores del atardecer y moviendo con furia la cabeza. Lenta y casi imperceptiblemente, el camino empezó a ascender, describiendo lánguidas curvas por las colinas arboladas. Desde la parte trasera del vehículo, los muchachos entonaron una canción:

*Vuelta al hogar, vuelta al hogar,
¿cuándo lo veré otra vez?
¿Cuándo veré a mi madre?
Nunca olvidaré el hogar...*

El conductor tarareaba el estribillo en voz baja, mirándome de reojo por si yo lo desaprobaba. Ante su sorpresa, me uní a él y así, mientras el camión proseguía su marcha dejando atrás remolinos de polvo rojo, los muchachos de la parte trasera mantuvieron el coro al tiempo que el y yo cantábamos a dúo complicados pasajes y él se acompañaba tocando la bocina a un ritmo sincopado.

A medida que subíamos los claros del bosque se hacían más frecuentes y al poco rato apareció un nuevo tipo de vegetación: grandes helechos arbóreos, de troncos gruesos, chatos y peludos, crecían junto al camino agrupados como conspiradores y las frondas de sus hojas brotaban de las copas como delicados surtidores verdes. Estos helechos eran los guardianes de un mundo nuevo porque de repente, como si las colinas se hubieran despojado de una capa, el bosque desapareció, quedándose a nuestras espaldas en el valle cual mullida piel verde cuyas ondulaciones se perdían en la distancia que rielaba por el calor, mientras más arriba, encima de nosotros, la ladera de la colina se alzaba majestuosa, cubierta por una alfombra de sinuosa hierba alta hasta la cintura de un hombre y dorada por el sol. El camión continuó su ascenso con el motor jadeante y estremecido por tan insólita actividad. Empecé a pensar que tendríamos que empujar aquel cacharro los últimos sesenta o noventa metros, pero ante la sorpresa general el camión alcanzó la cumbre temblando de fatiga y expeliendo vapor por el radiador como una ballena moribunda. Se arrastró hasta pararse y el conductor desconectó el motor.

—Esperar un poco, el motor calentarse —explicó, señalando el morro del vehículo, ahora totalmente invisible bajo una nube de vapor.

Me apeé con agradecimiento de la candente cabina y paseé hasta donde el camino se zambullía hacia el próximo valle. Desde aquella atalaya pude contemplar el paisaje que habíamos atravesado y el que nos faltaba por recorrer.

Detrás quedaba el inmenso bosque verde, que a esta distancia parecía tupido e impenetrable como lana de cordero; sólo en las cumbres de las colinas se producía

una aparente interrupción en la suave superficie de aquellos millones de hojas porque, contra el cielo, los árboles se perfilaban como un fleco deshilachado. Ante nosotros se abría un mundo tan diferente, que parecía increíble encontrar el uno junto al otro. No había una fusión gradual: detrás, el bosque de árboles enormes, cada uno vestido con su manto de hojas lisas, centelleantes como verdes y gigantescos reyes vestidos con botones nacarados; delante, hasta la difusa línea azul del horizonte, cordillera tras cordillera de colinas que se fusionaban unas con otras como grandes olas heladas, vueltas hacia el sol, cubiertas desde el valle a la cima por una piel ondulante de hierba entre verde y dorada que palidecía o se oscurecía según si el viento la curvara o enderezara. A nuestra espalda el bosque presentaba los verdes y escarlatas más vivos, colores fuertes e intensos. Ante nosotros, en este extraño mundo de montañas de hierba, los colores eran suaves y delicados: tonos pajizos, verdes pálidos y cálidos marrones y dorados. Las colinas onduladas cubiertas por esta hierba de colores pastel podrían haber formado parte de una escena inglesa: el campo llano del sur a una escala mayor. La ilusión, sin embargo, era destruida por el sol, que brillaba con violencia y sin interrupción, de un modo rotundamente nada inglés.

A partir de allí el camino fue como una montaña rusa y el camión bajó traqueteando y gimiendo hasta el fondo de los valles y subió tosiendo y gruñendo por las abruptas laderas de las colinas. Nos detuvimos en la cumbre de una de éstas para que el motor se enfriara de nuevo y en el próximo valle vislumbré una aldea que a aquella distancia parecía una colonia irregular de hongos negros contra el entorno verde. Cuando se paró el motor, el silencio descendió sobre nosotros como una manta; sólo se oía el silbido producido por la hierba al ser movida por el viento y el ladrido de un perro y el canto de un gallo joven en la aldea, que sonaron débiles y remotos pero claros como una campana. A través de los gemelos de campaña vi que en el pueblo había cierta actividad: grupos de gente se apiñaban ante las chozas y atisbé el brillo de machetes y lanzas y el ocasional destello de un sarong polícromo.

—¿Qué significar ese bullicio? —pregunté al conductor.

Miró hacia el pie de la colina, entornando los ojos, y entonces se volvió hacia mí, sonriendo con gran satisfacción.

—Ser un mercado, *masa* —explicó y añadió, esperanzado—: ¿*Masa* querer parar allí?

—¿Tú creer que allí vender bueyes?

—¡Sí, *sah!*^[1]

—¿De veras?

—¡De veras, *sah!*

—Tú mentir, bosquimano —repliqué con fingida indignación—. Querer parar allí para comprar cerveza de trigo. ¿No ser así?

—¡Sí, ser así, *sah!* —admitió el conductor, sonriente—.

Pero quizá *masa* también encontrar buey.

—Muy bien, pararemos un rato.

—Sí, *sah* —contestó al momento y precipitó el camión cuesta abajo hacia la aldea.

Las grandes chozas, con techumbre de paja en forma cónica, estaban dispuestas alrededor de una pequeña plaza sombreada por grupos de eucaliptos jóvenes. En esta plaza se encontraba el mercado; en el entramado de luz y sombra, bajo los esbeltos árboles, los comerciantes habían extendido sus mercancías sobre la tierra, cada uno en su pequeño espacio, y a su alrededor los aldeanos formaban una media luna gesticulante, bulliciosa y parlanchina. Los artículos ofrecidos eran de una variedad e incongruencia asombrosa. Había siluros ahumados y ensartados en palos cortos; vivos, son unos peces de aspecto desagradable, pero secos, arrugados y ennegrecidos por el humo parecen amuletos malignos retorcidos por las extrañas convulsiones de una danza repugnante. Había grandes piezas de tela de algodón, gruesas y suaves, importadas de Inglaterra, de mejor gusto que los tejidos locales, algunas estampadas en los colores vivos que tanto gustan a los africanos. Entre las hileras de telas chillonas se amontonaban huevos, pollos en cestos de bambú, pimientos verdes, coles, patatas, caña de azúcar, grandes pedazos de carne ensangrentada, gigantescas ratas de caña limpiamente destripadas y colgadas de un cordel, recipientes de barro y cestos de caña, sillas de madera de eroco, agujas, pólvora, cerveza de trigo, trampas, mangos, papayas, lavativas, limones, zapatos nativos, bonitas bolsas de rafia, clavos, pedernales, carburo y cáscara, azadas y pieles de leopardo, zapatillas con suela de goma, sombreros de fieltro, calabazas llenas de vino de palma y viejas latas de petróleo llenas de aceite de palma y de chufa.

Los asistentes al mercado eran tan variados y curiosos como las mercancías ofrecidas: había hausas vestidos con sus resplandecientes túnicas blancas y pequeños casquetes también blancos; caciques locales con ropas multicolores y tocados ricamente bordados y provistos de borlas; paganos de distantes aldeas de las montañas que sólo llevaban sucios taparrabos de cuero y tenían los dientes limados y tatuajes en la cara. Para ellos esto representaba una populosa metrópoli y el mercado era tal vez el punto culminante de las diversiones anuales. Discutían con fiereza, agitando los brazos y empujándose, mientras sus negros ojos brillaban de placer ante productos como ñames o ratas de caña; o bien se mantenían en pequeños grupos, mirando sin esperanza los montones de tela multicolor y yendo de un lado a otro a fin de obtener la mejor vista de tan inasequibles lujos.

Mis hombres y el conductor del camión desaparecieron entre aquella multitud acre y oscilante como hormigas en un bote de melaza, y yo me quedé solo para merodear a mi aire. Al cabo de un rato decidí fotografiar a los miembros de la tribu pagana, así que preparé la cámara y la enfoqué. Inmediatamente se organizó un tumulto; los paganos soltaron como de común acuerdo sus mercancías y posesiones y huyeron hacia el refugio más cercano, profiriendo gritos salvajes. Bastante perplejo, porque el africano corriente suele permitir complacido que lo fotografíen, me volví hacia un hausa que estaba a mi lado y le pregunté qué ocurría. Su explicación fue

interesante: por lo visto, los paganos sabían qué era una cámara y sabían que tomaba imágenes de las personas hacia quienes se dirigía, pero estaban firmemente convencidos de que con cada fotografía, el fotógrafo obtenía una pequeña porción del alma de su modelo y de que si tomaba demasiadas, adquiriría un control total sobre la persona en cuestión. Éste es un buen ejemplo de la brujería actualizada; en los viejos tiempos, quien obtenía unos pelos o una uña del pie de su víctima, conseguía un gran poder sobre ella; en la actualidad, una fotografía parece lograr el mismo resultado. No obstante, pese a la resistencia de mis modelos, me las arreglé para tomar algunas instantáneas por el sencillo método de colocarme de lado, mirar en la dirección opuesta y disparar por debajo del brazo.

No tardé mucho en descubrir algo que me hizo olvidar todo lo relacionado con la fotografía y la brujería. En uno de los pequeños y oscuros tenderetes que cubrían la plaza vislumbré un destello de pelaje rojizo; al acercarme para investigar, encontré la mona más deliciosa atada a una larga cuerda, en cuclillas sobre el polvo, profiriendo altos y estridentes sonidos, algo parecido a «prraup». Su pelaje era de color jengibre claro, la pechera blanca, una cara negra y triste y sus extraños ruidos eran una mezcla de gritos de pájaro y el saludo amistoso de un gato. Me miró con fijeza unos segundos y de repente se enderezó y empezó a bailar. Primero se alzó sobre las extremidades posteriores y saltó arriba y abajo con gran vigor, con los brazos muy abiertos, como si fuera a apretarme contra su pecho. Luego, ya a cuatro patas, se puso a rebotar como una pelota, levantando del suelo manos y pies y elevando cada vez más los brincos a medida que se excitaba.



Entonces se detuvo y descansó brevemente antes de iniciar la segunda parte del baile, que consistía en enderezarse y mantenerse inmóvil de cintura para abajo mientras agitaba los brazos de un lado para otro como un péndulo. Después de esta demostración, me enseñó lo que podía hacer un mono bailarín realmente

experimentado y dio vueltas, saltos y brincos hasta que sentí vértigo. Me había atraído desde el principio, pero esta salvaje danza derviche era irresistible y decidí que tenía que comprarla. Pagué a su dueño el doble de su valor y me la llevé con aire triunfante. Le compré un manajo de plátanos en uno de los tenderetes y ella se emocionó tanto por mi generosidad que me mojó toda la pechera de la camisa. Reuní a los muchachos y al conductor, que olían todos a cerveza de trigo, y subimos al camión para continuar el viaje. La mona se sentó sobre mis rodillas y, mientras se llenaba la boca de plátanos, emitía pequeños gritos de placer y excitación a la vista del paisaje que contemplaba por la ventanilla. A causa de su virtuosismo, decidí llamarla *Pavlova* y *Pavlova*, la mona patas, se llamó en lo sucesivo.

Viajamos durante varias horas más y cuando ya nos acercábamos a nuestro destino, los valles estaban sumidos en profundas sombras violetas y el sol se ponía con parsimonia tras mil jirones de nube verde y escarlata que coronaba la cordillera más alta de las colinas occidentales.

Supimos que habíamos llegado a Bafut porque allí terminaba el camino. A nuestra izquierda había un enorme y polvoriento patio rodeado por un alto muro de ladrillo rojo dentro del cual se levantaba un nutrido grupo de chozas circulares, con techumbres de paja, apiñadas en torno a una pequeña y primorosa villa. Pero todas estas estructuras estaban dominadas y empequeñecidas por un edificio parecido a una colmena antigua, ampliada mil veces. Se trataba de una inmensa choza circular, con techo de paja macizo y abovedado, negra y misteriosa en su decrepitud. En el lado opuesto del camino, el terreno se elevaba bruscamente y un ancho tramo de irnos setenta escalones describía una curva hasta llegar a otra gran villa, que tenía forma de caja de zapatos y cuyas dos plantas estaban completamente rodeadas por amplias galerías sostenidas por columnas ocultas bajo una gran profusión de buganvillas y otras enredaderas. Comprendí que esta vivienda iba a ser mi hogar durante los meses siguientes.

Mientras me apeaba del camión con el cuerpo rígido, al fondo del gran patio se abrió una puerta arqueada y salió por ella una pequeña procesión que avanzó hacia donde yo me encontraba. Consistía en un grupo de hombres, ancianos en su mayoría, ataviados con ondeantes y multicolores túnicas que crujían al moverse; sobre la cabeza llevaban pequeños casquetes ricamente bordados en lanas polícromas. En el centro del grupo caminaba un hombre alto y esbelto de rostro expresivo y jocoso. Vestía una sencilla túnica blanca y su casquete carecía de toda decoración y, no obstante, pese a esta falta de color, distinguí al momento en él a la única persona de importancia del pequeño cortejo, tan majestuoso era su porte. Se trataba del fon de Bafut, primer mandatario del gran reino de hierba que acabábamos de atravesar y de su inmensa población de súbditos negros. Era enormemente rico y yo sabía que gobernaba su feudo con astucia e inteligencia, aunque también con cierto despotismo. Se detuvo delante mío con una leve sonrisa, y me alargó una mano grande y larga.

—Bienvenido —saludó.

No supe hasta después que hablaba el inglés africano tan bien como cualquiera de sus súbditos, pero por alguna razón esta facultad le avergonzaba, así que hablamos a través de un intérprete que, inclinado con deferencia, traducía mi discurso de llegada ahuecando las manos sobre la boca. El fon escuchó cortésmente esta traducción y luego señaló con su enorme mano la villa que coronaba el montículo.

—¡Bonita! —exclamó, sonriendo.

Volvimos a estrecharnos la mano, entonces cruzó el patio para reunirse con sus consejeros y desapareció por la puerta arqueada, dejándome para que me instalara en mi «bonita» casa.

Unas dos horas más tarde, cuando me hube bañado y comido, llegó un mensajero y me informó de que el fon desearía visitarme y charlar conmigo si me había «calmado» lo suficiente después del viaje. Respondí que ya me había calmado por completo y estaría encantado de recibir su visita; en seguida saqué el whisky y esperé su llegada. Cuando se presentó, acompañado de un pequeño séquito, nos sentamos en la galería a la luz de la lámpara y hablamos. Brindé por su salud con whisky y agua y él brindó por la mía con whisky puro. Al principio hablamos a través de un intérprete, pero cuando el nivel del whisky empezó a bajar, el fon se puso a hablar inglés africano. Durante dos horas estuve muy ocupado explicando mi misión en su país; saqué libros y fotografías de los animales que necesitaba, los dibujé en hojas de papel e hice ruidos parecidos a los suyos cuando todo lo demás fallaba, y durante todo este tiempo el vaso del fon era llenado una y otra vez con alarmante regularidad.

Contestó que seguramente podría conseguir la mayor parte de los animales que le había enseñado y prometió enviar al día siguiente a varios buenos cazadores para que trabajaran a mis órdenes. Añadió, sin embargo, que lo mejor sería difundir la noticia entre su pueblo a fin de que todos intentaran «cazar buey» para mí; y explicó que la mejor oportunidad de hacerlo se presentaría al cabo de unos diez días, coincidiendo con la celebración de cierta ceremonia. Por lo visto sus súbditos, en un día determinado, recogían grandes cantidades de hierba seca de los valles y colinas y la llevaban a Bafut para que el fon pudiera reparar la techumbre de la gran casa del culto y los techos de las casas de sus innumerables esposas. Una vez recogida toda la hierba, él aportaba comida y bebida para un banquete. A esta ceremonia asistían centenares de personas procedentes de toda la comarca y el fon explicó que sería la oportunidad ideal para hablar a sus súbditos sobre mis deseos. Asentí muy contento, se lo agradecí reiteradamente y volví a llenar su vacío vaso. El nivel del whisky era cada vez más bajo y pronto se agotó hasta la última gota. El fon se puso en pie con majestuosos movimientos, reprimió un ruidoso hipido y me alargó la mano.

—¡Yo irme! —proclamó, señalando con vaguedad hacia su pequeña villa.

—Lamentarlo mucho —contesté por cortesía—. ¿Quizá gustarte que yo acompañarte por el camino?

—Sí, amigo mío —aceptó radiante—. ¡Espléndido!

Llamé a uno de mis muchachos, que acudió corriendo con una linterna y nos

precedió por la galería hasta los escalones. El fon no me había soltado la mano y con la otra señalaba la galería, las habitaciones y el jardín bañado por la luna, diez metros más abajo, murmurando «bonita, bonita» con aire satisfecho. Cuando llegamos al empinado tramo de escalones, me miró pensativo durante un momento, apuntó hacia abajo con su largo brazo y anunció, muy sonriente:

—Setenta y cinco escalones.

—Muy bonito —asentí, moviendo la cabeza.

—Nosotros contarlos —propuso el fon, encantado con la idea—. Setenta y cinco. Ahora contarlos.

Me rodeó los hombros con el brazo y se apoyó con fuerza mientras descendíamos hacia el camino, contando en voz alta. Como no recordaba el nombre en inglés de los números superiores a seis, nos confundimos un poco al llegar a la mitad y al final comprobamos que, según sus cálculos, faltaban tres peldaños.

—¿Setenta y dos? —se preguntó—. No, no, setenta y cinco. ¿Dónde meterse?

Lanzó furiosas miradas a su atemorizado séquito, que le esperaba en el camino, como si les acusara de haber escondido bajo sus túnicas los peldaños que faltaban. Sugerí en seguida que debíamos contarlos de nuevo. Subimos otra vez a la galería, contando a toda prisa, y luego, para estar completamente seguros, volvimos a contarlos al bajar. El fon contaba hasta seis y empezaba de nuevo y yo comprendí que si no se me ocurría algo, nos pasaríamos la noche buscando los escalones desaparecidos, así que al llegar arriba y otra vez al llegar abajo, exclamé «¡Setenta y cinco!» en voz alta y triunfante, sonriendo a mi compañero. Al principio se mostró un poco reacio a aceptar mi cálculo porque él sólo había contado hasta cinco y pensaba que era necesario explicar la falta de los setenta restantes, pero yo le aseguré que en mi juventud había ganado innumerables premios por mi rapidez mental en aritmética y que mi total era el correcto. Me apretó contra su pecho, agarró mi mano y la retorció, murmurando: «Espléndido, espléndido, amigo mío», tras lo cual cruzó el enorme patio en dirección a su residencia, mientras yo me arrastraba por los setenta y cinco escalones hasta la cama.

Al día siguiente, con la cabeza dolorida por mi sesión con el fon, me ocupé de construir jaulas para el aluvión de ejemplares que, según mis esperanzas, no tardaría en llegar. A mediodía aparecieron cuatro hombres jóvenes, altos e impresionantes, vestidos con sus mejores y más chillones sarongs, empuñando sendos pedreñales. Estas terribles armas eran increíblemente viejas y tenían los cañones agujereados por el óxido, como si hubieran sufrido un grave ataque de viruelas. Conseguí que antes de entrar a hablar conmigo amontonaran este arsenal de aspecto peligroso al otro lado de la valla. Eran los cazadores enviados por el fon y durante media hora les enseñé fotografías de animales y expliqué cuánto pagaría por las diversas especies. Entonces les dije que se fueran, pasaran la tarde cazando y volvieran al atardecer con lo que hubieran atrapado. Si no cazaban nada, debían volver a la mañana siguiente. A continuación distribuí cigarrillos y ellos se alejaron por el camino hablando entre sí

con animación y apuntando sus armas con gran abandono en todas direcciones.

Aquella noche volvió uno de ellos con un pequeño cesto. Se puso en cuclillas y me miró con tristeza mientras explicaba que ni él ni sus compañeros habían tenido mucha suerte con la caza. A pesar de la gran distancia recorrida, no habían encontrado ninguno de los animales indicados por mí. No obstante, traían *algo*.

Se inclinó y colocó el cesto a mis pies.

—No saber si *masa* querer esta clase de buey —dijo.

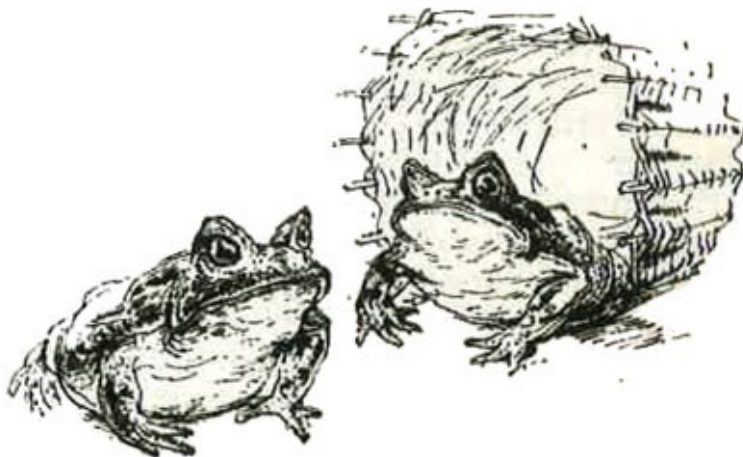
Levanté la tapadera del cesto y eché una ojeada al interior. Pensé que podía contener una ardilla o tal vez una rata, pero lo que había dentro era un par de grandes y hermosos sapos.

—¿Gustar a *masa* esta clase de buey? —inquirió el cazador, observando mi cara con ansiedad.

—Sí, gustarme muchísimo —contesté y él sonrió.

Le pagué la suma acordada, añadí unos cigarrillos «de propina» y se marchó tras prometer que volvería al día siguiente con sus compañeros. Cuando se hubo ido pude concentrar mi atención en los sapos. Tenían la circunferencia de un platillo, enormes ojos transparentes y patas cortas y gruesas que parecían encontrar cierta dificultad en sostener sus voluminosos cuerpos. Su colorido era asombroso, de un tono crema subido con diminutas vermiculaciones negras en la espalda, mientras los costados y la cabeza eran de un rojo intenso, entre el de la caoba y el del vino, que en el vientre era sustituido por un amarillo dorado.

A mí siempre me han gustado los sapos porque he comprobado que son animales tranquilos y de buenos modales con un encanto propio; no tienen el carácter excitable y bastante estúpido de la rana ni su aspecto jadeante y húmedo. Sin embargo, hasta que vi aquellos dos siempre había creído que todos eran más o menos iguales y que cuando se había visto uno ya se habían visto todos en lo referente a personalidad, aunque difieran mucho en color y apariencia. Pero pronto descubrí que aquellos dos anfibios tenían personalidades tan notables que casi habrían podido ser mamíferos.



Estos animalitos se llaman sapos de hoja porque las curiosas marcas color crema

del lomo tienen exactamente la misma tonalidad y forma que una hoja marchita y muerta. Si el sapo se aplana sobre el suelo del bosque, se confunde a la perfección con su entorno. De ahí su título inglés; pero el científico es «sapo ceñudo», que en latín suena aún más apropiado: *Bufo superciliarus*, porque a primera vista el sapo da la impresión de ser una criatura muy desdeñosa. Sobre sus grandes ojos la piel está recogida en dos pequeños puntos, por lo cual mantiene las cejas levantadas ante el mundo de un modo notablemente sarcástico. La enorme boca incrementa esta impresión de altanería aristocrática por las comisuras caídas, que dan al sapo una expresión de burla sólo emulada por otro animal de entre los que conozco: el camello. Si a esto se añade el paso lento y ampuloso y el hecho de que se pone en cuclillas a cada momento y mira con una especie de piadoso desdén, uno empieza a sentir que la arrogancia no puede ir mucho más lejos.

Mis dos sapos ceñudos estaban en cuclillas sobre un lecho de hierba fresca en el fondo del cesto y me miraron con expresión de lánguido desprecio. Incliné el cesto hacia un lado y rodaron hasta el suelo con toda la indignación y dignidad de un par de alcaldes encerrados por accidente en un retrete público. Recorrieron más o menos un metro y entonces, al parecer exhaustos por el ejercicio, se pusieron en cuclillas, tragando con suavidad. Me examinaron fijamente durante unos diez minutos con aversión al parecer creciente hasta que uno de ellos se alejó y fue a detenerse junto a la pata de la mesa, por lo visto creyendo erróneamente que era el tronco de un árbol. El otro continuó mirándome y, tras madura reflexión, expresó su opinión de mí vomitando los cadáveres semidigeridos de un saltamontes y dos polillas, tras lo cual me dedicó una mirada de dolido reproche y fue a reunirse bajo la mesa con su amigo.

Como no tenía una jaula apropiada para ellos, los sapos de hoja pasaron los primeros días encerrados bajo llave en mi dormitorio, donde vagaron por el suelo con lentitud y aire meditabundo o permanecieron aletargados bajo mi cama, procurándome con sus acciones una gran diversión. Al cabo de unas horas de proximidad con mis rechonchos compañeros de cuarto, descubrí que los había juzgado mal, porque no eran los seres arrogantes y presumidos que fingían ser, sino animalitos tímidos y vergonzosos, sin la menor confianza en sí mismos; sospecho que padecían un profundo e incurable complejo de inferioridad y que su insufrible aire de superioridad era simplemente una pose para ocultar al mundo la triste verdad, que no tenían fe en sus obesas personas. Lo averigüé por pura casualidad la noche de su llegada. Estaba tomando notas sobre su coloración, mientras los sapos permanecían en cuclillas a mis pies, con aspecto de componer su propio diálogo para *El rango de par* de Burke. Como quería examinar más de cerca sus cuartos traseros, me agaché y cogí uno de ellos entre el índice y el pulgar, sosteniéndolo por debajo de los brazos, de modo que quedó colgando en el aire de la manera más indecorosa. Este tratamiento le hizo soltar un eructo sonoro e indignado y agitar las rechonchas patas traseras, pero mi puño era demasiado fuerte para él y tuvo que balancearse hasta que yo terminé el examen de su trasero. Cuando por fin lo dejé en el suelo junto a su

amigo, era un sapo diferente por completo. Había desaparecido la expresión aristocrática; sólo quedaba un anfibio deshinchado y humilde. Se acurrucó, parpadeando nerviosamente y adoptando un aire triste y tímido. Casi parecía que iba a echarse a llorar. La transformación fue tan total y repentina que me quedé atónito y sentí un absurdo sentimiento de culpa por haber sido la causa de su ignominia. Para equilibrar un poco las cosas, cogí al otro y lo mantuve colgando en el aire unos instantes y también éste perdió la confianza en si mismo y pareció tímido y confuso cuando lo dejé en el suelo. Su aspecto triste y desalentado era tan ridículo que me eché a reír y mis descortesas carcajadas ofendieron hasta tal punto sus sensibles naturalezas que se alejaron con rapidez y se ocultaron bajo la mesa durante media hora. Sin embargo, ahora que había descubierto su secreto podía deshincharlos a mi capricho cuando se volvían demasiado arrogantes; sólo tenía que golpear suavemente su nariz con un dedo y se acurrucaban con expresión culpable, mirándome con ojos implorantes y como si estuvieran a punto de ruborizarse.

Les construí una jaula bonita y grande y se instalaron en ella con gran satisfacción, pero a fin de mantenerlos en buen estado de salud, les permitía dar un paseo diario por el jardín. Cuando la colección aumentó, vi que tenía demasiado trabajo para vigilar a mis dos aristócratas de sangre azul mientras tomaban el aire y, muy a su pesar, tuve que acortar los paseos. Un día, de repente, encontré a un guardián en cuyas manos podía dejarlos tranquilo mientras realizaba mi trabajo. Este guardián no era otro que *Pavlova*, la mona patas.

Pavlova era mansa y gentil en extremo y sentía un profundo interés por todo lo que ocurría a su alrededor. La primera vez que saqué de paseo a los sapos ceñudos y ella los vio, se mostró cautivada y se levantó sobre las patas traseras, estirando el cuello para verlos mejor pasear con lentitud por el recinto. Cuando volví diez minutos después a supervisar el paseo, vi que se habían acercado al lugar en donde estaba atada *Pavlova* y ésta, en cuclillas entre los dos, los acariciaba suavemente con sus manos y profería cariñosas exclamaciones de sorpresa y placer. Los sapos tenían en sus caras las expresiones complacidas más ridículas que he visto y se mantenían inmóviles, al parecer halagados y felices por las caricias.

En lo sucesivo dejé a los sapos cerca de donde estaba atada *Pavlova* y ella vigilaba sus andanzas. De vez en cuando gritaba de asombro al verlos o los acariciaba hasta que yacían en un estado semihipnótico. Si se alejaban en exceso y corrían el peligro de desaparecer entre la maleza del borde del recinto, *Pavlova* se excitaba mucho y me llamaba con gritos estridentes para hacerme saber que sus pupilos se escapaban, entonces yo corría a devolvérselos. Un día me llamó cuando los sapos se habían alejado demasiado; no la oí y, al salir al jardín un rato después, la encontré bailando histéricamente al final de la cuerda y gritando con fuerza porque los sapos no se veían por ninguna parte. La solté y ella me condujo inmediatamente hacia los tupidos matorrales del borde del recinto; al poco rato encontró a los fugitivos y saltó sobre ellos con efusivos gritos de alegría.



En realidad, *Pavlova* se encariñó muchísimo con los rechonchos sapos y era conmovedor ver la ilusión con que los saludaba por la mañana, acariciándolos y dándoles suaves palmaditas, y su preocupación cuando los perdía de vista. Algo que le costaba mucho comprender era por qué los sapos no estaban cubiertos de pelaje, como lo estaría cualquier otro mono. Les tocaba con los dedos la lisa piel, tratando de apartar el inexistente pelo con una expresión perpleja en el pequeño rostro negro; de vez en cuando se inclinaba y les lamía el lomo con aire pensativo. Pasado un tiempo, su calvicie dejó de preocuparla y los trató con el mismo afecto y ternura que habría prodigado a su propia prole. Los sapos también parecían quererla, a su modo curioso, aunque a veces ofendía su dignidad, lo cual les molestaba. Recuerdo que una mañana yo acababa de darles un baño, algo que les procuraba un gran placer, y al andar por el recinto, trocitos de hierba y lodo se adhirieron a sus vientres húmedos. Esto disgustó a *Pavlova*, que quería ver a sus protegidos limpios y aseados. La encontré sentada al sol, con los pies sobre el lomo de un sapo ceñudo, como si fuera un taburete, mientras el otro pendía de su mano del modo más indecoroso, girando en el aire, para que *Pavlova* pudiera arrancar de su vientre con expresión solemne todos los trocitos de suciedad, al tiempo que le hablaba sin pausa con una serie de chillidos y gorjeos. Cuando hubo acabado con él, lo puso en el suelo, donde lo dejó con aspecto abatido, y levantó a su pareja para someterla a la misma indignidad. Los pobres sapos ceñudos no tenían oportunidad de ser superiores y altaneros cuando *Pavlova* estaba cerca.



CAPÍTULO 2

LOS SABUESOS DE BAFUT

Para cazar a los diversos miembros de la fauna de Bafut empleé, además de los cuatro cazadores facilitados por el fon, a una jauría de seis perros mestizos, flacos y desgarrados que, según me aseguraron sus dueños, eran los mejores sabuesos de África Occidental. Llamé a este desordenado conjunto de hombres y perros los sabuesos de Bafut. Aunque los cazadores no entendían el significado de este título, llegaron a estar muy orgullosos de él y en una ocasión oí a uno de ellos proclamar en tono agudo e indignado durante una discusión con un vecino:

—Tú no deber gritarme así, amigo mío. ¿Es que no saber que yo ser un sabueso de Bafut?

Nuestro método de caza era el siguiente: caminábamos hasta un remoto valle o ladera y allí elegíamos un lugar en el que abundaran la hierba y los matorrales. En un punto adecuado extendíamos las redes en forma de media luna; entonces recorriamos la maleza con los perros, acorralando hacia las redes a todos los animales que encontrábamos. Cada perro llevaba una campanilla de madera colgada del cuello, de modo que cuando la jauría desaparecía entre la alta hierba, conocíamos su paradero gracias al potente sonido de estos ornamentos. La ventaja de este método de caza residía en que me encontraba allí mismo para hacerme cargo de los animales en el momento exacto de la captura y podíamos transportarlos rápidamente a Bafut y meterlos en jaulas decentes con una demora mínima. El transporte se hacía en bolsas provistas de agujeros especiales, ribeteados de latón y practicados en los lados; para los animales más grandes y resistentes empleábamos bolsas de lona o arpillera, y de tela suave para los más delicados. Una vez en la oscuridad, los cautivos solían abandonar la lucha y permanecer inmóviles hasta que llegábamos a casa; la parte más temible del proceso, desde el punto de vista de los animales, era desprenderlos de la

red, pero después de adquirir cierta práctica convertimos esta tarea en un arte refinado y podíamos atrapar a un animal, sacarlo de la red y meterlo en una bolsa en sólo dos minutos.

El primer día que salí con los sabuesos de Bafut, los cazadores comparecieron con tal profusión de armas que cualquiera habría pensado que íbamos a cazar leones. Aparte de los machetes habituales, llevaban pedreñales y lanzas. Como no me seducía la idea de que me llenaran el trasero de clavos oxidados y grava, insistí, ante su consternación general, en que debían dejar atrás las escopetas. A los cazadores les horrorizó mi decisión.

—*Masa* —dijo uno de ellos con voz quejumbrosa—, si encontrar un buey malo, ¿cómo matarlo si dejar aquí nuestra escopeta?

—Si encontrar un buey malo, nosotros cogerlo, no matarlo —respondí con firmeza.

—¡Eh! ¿*Masa* querer cazar buey malo?

—No, amigo mío. Si tener miedo, no venir, ¿entendido?

—*Masa*, yo no tener miedo —replicó, indignado—; pero si encontrar buey malo que poder matar a *masa*, el fon enfadarse mucho.

—Cierra la boca, amigo —contesté, sacando mi escopeta—.

Yo llevar mi propia arma; así, si el buey matarme, vosotros no tener culpa, ¿entendido?

—Entendido, *sah* —dijo el cazador.

Era muy temprano; el sol aún no había salido tras las cordilleras circundantes. El cielo tenía un delicado tono rosa, adornado aquí y allí con un encaje de nubes blancas. Los valles y colinas estaban todavía borrosos y velados por la neblina y la larga hierba dorada del borde del camino estaba inclinada por el peso del rocío. Los cazadores me precedían en fila india y la jauría entraba y salía de la maleza haciendo sonar las campanillas con un ruido muy agradable. Al poco rato dejamos el camino y seguimos una senda estrecha y sinuosa que conducía a las colinas. Allí la neblina era más espesa y más baja. No podíamos ver la parte inferior de nuestros cuerpos, lo cual producía la inquieta sensación de estar vadeando hasta la cintura un suave y ondulante lago de espuma. La alta hierba, mojada por el rocío, chirriaba bajo mis zapatos y alrededor de mí bajo la superficie del opaco lago de niebla, mientras diminutas ranas compartían chistes anfibios con una serie de risas explosivas. Pronto salió el sol como una naranja escarchada por encima de la distante cordillera y a medida que sus rayos despedían más calor, la neblina se fue elevando del suelo y enroscando hacia arriba hasta que pareció que caminábamos por un bosque de árboles blancos que se retorcían e inclinaban, rompiéndose y volviéndose a formar con habilidad de ameba mientras se alargaban en espiral hacia el cielo. Tardamos dos horas en llegar a nuestro destino, en lugar elegido por los cazadores para nuestras primeras capturas. Era un valle ancho y profundo entre dos cadenas de colinas que se curvaba ligeramente, como un arca. Por el fondo del valle fluía un riachuelo entre

rocas negras y hierba dorada, centelleando al sol como un^ fina madeja de cristal hilado. La maleza del valle era espesa y retorcida, salpicada de vez en cuando por pequeños arbustos y matas.

Descendimos hasta el valle, a través del cual tendimos irnos cien metros de redes. Entonces los cazadores se llevaron a los perros hasta la cabecera del valle y yo esperé cerca de las redes. Durante media hora reinó el silencio mientras ellos se aproximaban lentamente a la red, un silencio sólo interrumpido por las campanillas de los perros y la furiosa exclamación ocasional de algún cazador que pisaba una espina. Ya empezaba a pensar que no atraparíamos nada cuando los cazadores iniciaron un gran clamor y los perros se pusieron a ladrar con ganas. Aún se hallaban a cierta distancia de la red, ocultos a mi vista por un pequeño grupo de árboles.

—¿Qué pasa? —grité por encima del tumulto.

—Ver el buey de este lugar, *masa* —fue la respuesta.

Esperé con paciencia y al poco rato salió corriendo de entre los árboles un cazador jadeante.

—*Masa*, tú dame esa otra red más pequeña —dijo, señalando una de las que estaban amontonadas junto a las bolsas.

—¿Qué clase de buey encontrar? —pregunté.

—Una ardilla, *sah*. Tregar árbol arriba.

Cogí una gruesa bolsa de lona y le seguí por entre la maleza hasta que llegamos a los árboles, donde se habían congregado los cazadores, charlando y discutiendo sobre el mejor modo de atrapar a la presa, mientras los perros saltaban y ladraban en torno al tronco de un árbol pequeño.

—¿Dónde tregar este buey? —inquirí.

—Estar aquí arriba, *masa*.

—Ser un buey bonito, *masa*.

—Lo cogeremos pronto, *masa*.



Me acerqué al árbol, escudriñé el follaje y allí estaba, encaramada en una rama, a seis metros sobre nuestras cabezas; una ardilla grande y hermosa, de un gris moteado, con una franja blanca en las costillas y patas anaranjadas. Tenía la cola larga, poco tupida, con pinceladas grises y negras. Acurrucada en la rama, agitaba la cola de vez en cuando y gritaba «¡chock... chock!» de un modo insistente, como si estuviera más furiosa que alarmada. Nos observó con ojos malévolos mientras tendíamos las redes en círculo a unos tres metros del árbol. Entonces atamos a los perros y el más bajo de los cazadores fue elegido para trepar en busca de la ardilla y hacerla bajar. Esta última parte de la operación era idea de los cazadores; yo consideraba imposible engañar a una ardilla subida a un árbol, pero ellos insistieron en que cuando alguien subiera, la ardilla bajaría. Resultó que tenían toda la razón: en cuanto el cazador alcanzó las ramas superiores de un lado del árbol, el animal bajó como un exhalación por el otro lado. Con astucia increíble, corrió hacia la parte de la red que estaba agujereada, se escurrió por el orificio y se alejó a galope tendido por la hierba, seguida por los cazadores y por mí mismo, todos dándonos mutuamente instrucciones de las que hacíamos caso omiso. Llegamos a unos matorrales y vimos a la ardilla trepando a otro árbol pequeño.

Una vez más extendimos las redes y de nuevo el cazador trepó tras la ardilla. En esta ocasión, sin embargo, nuestra presa fue más astuta, porque vio que vigilábamos el agujero de la red por el que había escapado la vez anterior. Bajó por el tronco hasta el suelo, se encogió como un ovillo y saltó. Voló por los aires y fue a aterrizar a medio centímetro de la red; el cazador más próximo trató de cogerla abalanzándose sobre ella, pero no lo logró y la ardilla escapó, gritando «chock, chock» con gran indignación. Esta vez decidió emplear una nueva estrategia de fuga, y en lugar de trepar a un árbol, se introdujo en un agujero que había en la base de uno de ellos.

De nuevo rodeamos el árbol con redes y empezamos a introducir palos largos y delgados en el túnel donde se ocultaba. Esto, no obstante, sólo consiguió que la ardilla repitiera su grito un poco más de prisa, de modo que lo dejamos. Nuestra siguiente tentativa tuvo más éxito: metimos un puñado de hierba humeante en el agujero y cuando el acre humo llegó a los diversos túneles, la oímos toser y estornudar de un modo bastante colérico. Al final no pudo aguantarlo más y salió de estampida por uno de los agujeros, cayendo de cabeza en una de las redes. Sin embargo, tampoco entonces dejó de darnos trabajo, porque me mordió a mí y a dos cazadores mientras intentábamos desprenderla y a un tercero cuando la metíamos en la bolsa de lona. Colgué ésta de las ramas de un matorral y todos nos sentamos a fumar un bien merecido cigarrillo mientras la ardilla nos miraba por los orificios de ventilación y parloteaba ferozmente, retándonos a abrir la bolsa y enfrentamos con ella.

Las ardillas terrestres de franja lateral son bastante comunes en las praderas de África Occidental, pero me complacía haber atrapado aquélla porque se trataba del primer ejemplar vivo que había obtenido. Como indica su nombre, estas ardillas son

de costumbres casi completamente terrestres, por lo que me sorprendió bastante ver a nuestra presa refugiarse en los árboles. Más adelante descubrí que todas las ardillas de las praderas (la mayoría de las cuales *son* terrestres) trepaban a los árboles al ser perseguidas y sólo elegían agujeros en el suelo, o troncos huecos, como último recurso.

Al cabo de un rato, cuando nos hubimos vendado las heridas, fumado cigarrillos y felicitado mutuamente por nuestra primera captura, llevamos la red grande a otro lugar del valle, a una zona donde la hierba era espesa y enmarañada y casi medía dos metros de altura. Según me informaron los cazadores, era un buen lugar para una clase especial de buey, aunque, con comprensible cautela, se negaron a especificar de qué clase se trataba. Colocamos la red, me situé en un punto conveniente, hacia la mitad y dentro de la curva con el fin de poder desprender cualquier animal que capturáramos, y los cazadores se llevaron los perros valle arriba, a unos cuatrocientos metros. Profirieron un largo grito para hacerme saber que habían empezado a batir la hierba y después se hizo el silencio. Lo único que oía era el chirrido y el crujido de los innumerables saltamontes y langostas que me rodeaban y el débil sonido de las campanillas de los perros. Pasó media hora sin que ocurriera nada; me hallaba sumergido en la hierba alta y ondulante, tan tupida y enmarañada que era imposible ver nada a más de medio metro de distancia.

El minúsculo claro en donde me encontraba rielaba por el calor y empecé a sentirme muy sediento; miré a mi alrededor y vi algo que había olvidado: un termo lleno de té que mi servicial cocinero había metido en una de las bolsas. Lo saqué, agradecido y, en cuclillas al borde de la alta hierba, me llené una taza. Mientras bebía, me fijé en la boca de un oscuro túnel en la pared de hierba que tenía enfrente; era evidente que se trataba del camino particular de algún animal que atravesaba el bosque de hierba y decidí investigarlo cuando terminara de beber.

Me acababa de servir la segunda taza de té cuando se desencadenó una terrible conmoción a mi derecha y, para mi sorpresa, muy cerca de mí; los cazadores proferían chillidos estridentes para animar a los perros y éstos ladraban furiosamente. Me preguntaba qué sucedía cuando oí un crujido en la hierba; me acerqué más al túnel para ver la causa y de repente, la hierba se separó y una forma grande, de tono marrón oscuro, irrumpió del agujero y corrió directamente hacia mí. Yo estaba en clara desventaja: para empezar, no esperaba el ataque, y en segundo lugar, me hallaba en cuclillas, con un termo en una mano y una taza de té en la otra. El animal, que a mis ojos atónitos se antojó el doble de grande que un castor, aterrizó sobre mi pecho y yo me caí de espaldas, con el animal sobre el estómago, mientras el termo derramaba sobre nosotros con gran puntería un chorro de té casi hirviendo. El animal y yo parecíamos estar igualmente asombrados y nuestros agudos gritos de terror eran casi idénticos. Tenía las manos ocupadas, así que no pude hacer otra cosa que intentar agarrarlo con los brazos, pero se me escurrió como una pelota de goma y desapareció entre la hierba. Una parte de la red empezó a temblar y dar tirones y a mis oídos

llegaron unos chillidos desesperados por los que deduje que había ido a parar directamente a la red. Llamando a gritos a los cazadores, me abrí paso entre la larga hierba hasta el lugar donde se movía la malla.

Nuestra presa se había enredado a conciencia y yacía encorvada, temblando, resoplando y haciendo tentativas ocasionales de morder a través de la red. Al mirarla, vi que habíamos atrapado a una rata de caña muy grande, un animal conocido por los africanos como cortahierba, nombre que describe muy bien sus costumbres, porque con sus grandes y bien desarrollados incisivos pasa por las praderas —y por las granjas— como una segadora. Medía irnos setenta y cinco centímetros de longitud y estaba cubierta por un pelaje áspero de tono pardo. Tenía una cara rechoncha, bastante parecida a la del castor, orejas pequeñas, muy pegadas a la cabeza, una cola gruesa y sin pelos, al igual que sus grandes patas. Parecía tan asustada de mi presencia que no me aproximé hasta que llegaron los cazadores, por temor de que se liberase de la red. Yacía temblando violentamente, dando a veces pequeñas sacudidas y saltos en el aire que acompañaba con un grito de desesperación. En aquellos momentos, esto me preocupó mucho, porque parecía que el animalito sufría los últimos espasmos de un ataque cardíaco. No descubrí hasta más tarde, cuando llegué a conocerlos mejor, que estos animales saludaban cualquier experiencia insólita con esta exhibición de histerismo, con la esperanza, supongo, de asustar o confundir al enemigo. En realidad, las ratas de caña no son animales muy tímidos y no vacilarían en clavar sus grandes incisivos en el dorso de la mano de cualquiera que intentara tomarse alguna libertad con ellas. Me mantuve a distancia prudencial hasta que los cazadores se reunieron conmigo y entonces nos adelantamos y la extrajimos de la red.

Mientras la trasladábamos a una bolsa resistente, saltó en mis manos con violencia y brusquedad y, al apretarla más, me sorprendió ver que una gran cantidad de su pelaje se me quedaba entre los dedos. Una vez la tuvimos a salvo en la bolsa, me senté a examinar el mechón que se había desprendido de su rechoncho cuerpo; era bastante largo y muy grueso, como una cerda áspera, y al parecer está implantado en la piel de forma tan superficial, que sale a puñados al menor tirón y después tarda mucho tiempo en volver a crecer. Como las ratas de caña calvas no son lo que se dice muy atractivas es preciso manejarlas con extremo cuidado.



Después de capturar a la rata de caña, subimos lentamente por el valle, extendiendo la red a intervalos y batiendo la maleza que nos parecía prometedora. Cuando resultó evidente que el valle no nos ofrecería más especímenes, enrollamos las redes y nos dirigimos a una gran colina que se erguía a unos ochocientos metros de distancia. Tenía una forma tan bella que podía muy bien ser un túmulo, la tumba de algún gigante que hubiese merodeado por la pradera en tiempos pretéritos; en la misma cima había un montón de peñascos, cada uno del tamaño de una casa dispuestos como un monumento. En los intersticios y barrancos crecían unos árboles enanos de troncos retorcidos y arrugados por los vientos, todos ellos con su correspondiente racimo de frutos dorados y brillantes.

En la alta hierba que rodeaba la base de los troncos crecían orquídeas amarillas y violetas y los peñascos estaban cubiertos en muchos lugares por la espesa alfombra de una planta trepadora, una especie de convólvulo, de la que pendían flores de color marfileño y forma de trompeta. El gran montón de rocas, las flores de tonos vivos y los árboles deformes e hirsutos constituían un maravilloso conjunto contra el azul rojizo del cielo vespertino.

Treparamos hasta la sombra de los peñascos y nos pusimos en cuclillas sobre la alta hierba para comer. La pradera de la meseta se extendía ante nosotros en todas direcciones y sus múltiples colores rielaban al sol y cambiaban según el viento. Las cimas de las colinas eran de un dorado pálido que se convertía en blanco, mientras los valles estaban teñidos de un azul verdoso claro que se oscurecía cuando pasaba por encima un pomposo cúmulo, arrastrando una estela de sombra violácea. Enfrente nuestro se elevaba una larga cordillera de colinas delicadamente esculpidas cuya base se hallaba casi oculta por una gran profusión de piedras grandes y árboles enanos. Las colinas tenían unas formas tan suaves y bellas y la hierba que las cubría mostraba una variedad tan abrumadora de verdes, dorados, violetas y blancos, que semejaban una inmensa ola a punto de romper contra la frágil barrera de rocas y arbustos. La paz y el silencio de aquellas alturas era notable; casi todos los sonidos eran producidos por el viento, que se movía de aquí para allá, arrancando a cada objeto su propia canción.

Peinaba la hierba y le hacía entonar un leve y balbuciente susurro; se introducía y retorcía entre los intersticios y hendiduras de las rocas que había sobre nosotros y producía gemidos parecidos al de la lechuza y repentinos chillidos de alegría; empujaba y luchaba con los pequeños y resistentes árboles y los hacía crujir y gemir mientras las hojas se estremecían y ronroneaban como gatos. No obstante, todos estos leves sonidos parecían intensificar más que destruir el silencio de la pradera.

De pronto éste fue roto por una tremenda conmoción que estalló detrás del macizo grupo de peñascos. Los rodeé y encontré a cazadores y perros apiñados bajo una roca gigante. Tres de los cazadores discutían acaloradamente, mientras el cuarto bailaba en tomo a ellos, chillando de dolor y perdiendo gran cantidad de sangre por una herida que tenía en la mano, y los excitados canes saltaban y ladraban con frenesí alrededor de él.

—Veamos, ¿qué ser todo este bullicio? —pregunté.

Los cuatro cazadores se volvieron hacia mí y ofrecieron sus descripciones personales del suceso con voces cada vez más fuertes para hacerse oír sobre las demás.

—¿Por qué gritar todos a la vez? ¿Cómo poder oíros si gritar todos juntos como mujeres, eh?

Una vez restablecido el silencio, señalé al cazador ensangrentado.

—Veamos, ¿cómo hacerte esta herida, amigo mío?

—*Masa*, el buey morderme.

—¿Buey? ¿Qué clase de buey?

—Oh, *masa*, yo no saber. Morder *demasiado*, *sah*.

Examiné su mano y vi que en la palma le faltaba un trozo de carne del tamaño de un chelín. Le administré unos primitivos primeros auxilios y pasé a la cuestión del animal que le había mordido.

—¿Dónde estar ese buey?

—Allí, allí, en aquel agujero, *sah* —respondió el herido, indicando una hendidura en la base de un gran peñasco.

—¿Tú no saber qué clase de buey es?

—No, *sah* —contestó, ofendido—, yo no verle. Pasar por este sitio y ver este agujero. Creer que dentro esconderse buey, así que meter la mano y entonces el buey morderme.

Los otros cazadores rieron. Me dirigí de nuevo al hombre herido.

—Amigo mío, conque tú meter la mano en este agujero. A veces en estos agujeros haber serpientes, ¿saberlo, no? Si morderte una serpiente, ¿qué hacer ahora?

—No saber, *masa* —dijo, sonriendo.

—Yo no querer cazadores muertos, amigo mío, así que tú no cometer más semejante tontería, ¿haber oído bien?

—Muy bien, *sah*.

—De acuerdo. Ahora todos buscar al buey que te ha mordido.

Saqué una linterna de la bolsa, me agaché ante el agujero y miré hacia su interior. A la luz de la linterna brillaron los rubíes de un par de ojos pequeños y luego apareció entre ellos una cara pequeña, afilada y del color del jengibre, que emitió un chillido furioso y volvió a desaparecer en la oscuridad del orificio.

—¡Ah! —exclamó uno de los cazadores, que había oído el grito—. Ser un perro de la maleza. Un buey demasiado fiero, *sah*.

Por desgracia, «perro de la maleza» se usa indiscriminadamente para describir a una gran variedad de pequeños mamíferos, pocos de los cuales guardan una remota relación con los perros, por lo que la observación del cazador no me aclaró nada sobre la clase de animal que podía ser. Tras discutir un rato, decidimos que el mejor modo de conseguir que el animal saliera era encender un fuego ante el orificio y conducir el humo hacia él atizándolo con un puñado de hojas. Así lo hicimos, después de colgar una pequeña red frente a la boca del agujero. Apenas hubo entrado la primera vaharada de humo por entre las rocas, el animal irrumpió del agujero con tal fuerza, que arrancó la red de las estacas que la sujetaban y cayó rodando por la pendiente de hierba, arrastrando consigo la malla. Los perros corrieron tras él, ladrando con gran excitación, y nosotros los seguimos pisándoles los talones, gritando amenazas del castigo que les sería infligido si lastimaban a la presa. Pero ésta no necesitaba nuestra ayuda, porque era muy capaz de cuidar de sí misma, como no tardamos en comprobar.



Se agitó hasta liberarse de los pliegues de la red y se enderezó sobre sus patas traseras, demostrando ser una esbelta mangosta de color jengibre, más o menos del tamaño de una comadreja. Permaneció quieta, balanceándose con la boca muy abierta y profiriendo los gritos más estridentes y ensordecedores que he oído jamás en un animal de su tamaño. Los perros se detuvieron en seco y la contemplaron, consternados, mientras oscilaba y gritaba delante de ellos; uno, más valiente que el resto, se acercó con cautela y olfateó al extraño animal. Por lo visto esto era lo que la

mangosta había esperado; se estiró en el suelo y avanzó como una serpiente, desapareciendo entre la alta hierba y reapareciendo de pronto entre las patas de nuestra noble jauría, donde procedió a dar vueltas como una peonza, mordiendo todas las patas que tenía a la vista sin dejar de emitir un incesante y fuerte gruñido. Los perros hicieron lo posible para esquivar sus dientes, pero estaban en desventaja porque la alta hierba ocultaba su proximidad y lo único que podían hacer era saltar sin orden ni concierto. Entonces de repente les falló el valor y todos dieron media vuelta y subieron corriendo la colina, dejando a la mangosta sobre sus patas traseras en el campo de batalla, jadeando un poco pero todavía capaz de lanzar gruñidos desafiantes hacia las colas en retirada.

Tras esta derrota de la jauría, tuvimos que intentar nosotros la captura del fiero, aunque diminuto, adversario, cosa que logramos con más facilidad de la que había creído; atraje su atención y la induje a atacar una bolsa de tela y mientras estaba muy ocupada mordiéndola, uno de los cazadores se le acercó por detrás y le echó encima una red. Todo el tiempo que duró la tarea de desenredarla y meterla en una bolsa nos estuvo ensordeciendo con sus gritos de rabia, afortunadamente apagados en parte por la gruesa lona. No paró hasta que, al llegar a Bafut, la trasladé a una jaula más grande y le ofrecí una ensangrentada cabeza de pollo. Se puso a comerla con aire filosófico y pronto la terminó. Después permaneció en silencio, excepto cuando veía a alguien; entonces corría a los barrotes y gritaba lo que parecía ser una serie inacabable de insultos. Al final nos puso tan nerviosos que me vi obligado a cubrir la parte delantera de su jaula con un trozo de arpillera hasta que se acostumbró un poco más a la compañía humana. Tres días después oí sus familiares chillidos acercarse por el camino y mucho antes de que apareciera el cazador nativo ya sabía que había atrapado a otra mangosta enana. Me agradó saber que la segunda era una hembra joven y la encerré junto con la primera, lo cual fue un error por mi parte porque empezaron a gritar a coro, intentando superarse la una a la otra hasta que el ruido era tan agradable como el de un cuchillo rascando un plato, ampliado miles de veces.

De vuelta en Bafut después de mi primera salida con los sabuesos, recibí una nota del fon invitándome a ir a su casa a tomar una copa y darle noticias sobre la caza, así que comí, me cambié de ropa, atravesé el gran patio y me presenté en la pequeña villa del fon, que estaba sentado en la galería, sosteniendo una botella de ginebra contra la luz para ver cuánto líquido contenía.

—¡Ah, amigo mío! —exclamó—. ¿Ya llegar? ¿Tener buena caza en la selva?

—Sí —respondí, ocupando el asiento que me ofrecía—. Los cazadores de Bafut saben coger buenos bueyes. Cazar tres bueyes.

—Magnífico, magnífico —dijo el fon, vertiendo cinco dedos de ginebra en un vaso y alargándomelo—. Si quedar aquí un breve tiempo, cazar muchos bueyes. Yo decirlo a todos mis pueblos.

—Muy bien. Yo creer que el pueblo de Bafut saber cazar bueyes mejor que todos los pueblos del Camerún.

—Ser cierto, ser cierto —asintió encantado el fon—. Tú decir verdad, amigo mío.

Levantamos nuestros vasos, brindamos, nos sonreímos mutuamente y bebimos un buen trago. El fon volvió a llenar los vasos y entonces envió a un miembro de su numerosa servidumbre en busca de otra botella. Cuando hubimos consumido la mayor parte de esta segunda botella, habíamos intimado considerablemente y el fon se volvió hacia mí:

—¿Gustarte música? —inquirió.

—Sí, demasiado —respondí, fiel a la verdad, porque había oído que el fon poseía una banda de calidad superior a la habitual.

—¡Bien! Ahora escuchar música —dijo y dio una breve orden a uno de los servidores.

Al cabo de un rato la banda apareció en el recinto, debajo de la galería, y me sorprendió ver que la componían unas veinte de las esposas del fon, todas desnudas exceptuando breves taparrabos. Iban provistas de una impresionante variedad de tambores cuyos tamaños oscilaban entre el de un cazo pequeño y el de modelos enormes y barrigudos que requerían dos personas para su transporte; también tenían flautas de madera y bambú que tenían una curiosa dulzura en el tono y grandes cajas de bambú llenas de maíz seco que producían un maravilloso cascabeleo cuando se agitaban. Pero el instrumento más curioso de la banda era uno de madera en forma de tubo que medía más de un metro de longitud y que se mantenía apoyado en el suelo y se soplaba de un modo especial para conseguir un sonido profundo y vibrante que resultaba asombroso, porque era la clase de sonido que uno sólo esperaba oír en un lavabo de excepcionales condiciones acústicas.

La banda empezó a tocar y pronto varios miembros de la servidumbre del fon se pusieron a bailar en el recinto. La danza consistía en una especie de cruce entre baile popular y de salón. Las parejas enlazadas describían lentos giros y los pies ejecutaban diminutos y complicados pasos mientras los cuerpos se retorcían y balanceaban de un modo que no se habría permitido en ningún salón de baile. De vez en cuando una pareja se apartaba y cada uno de sus componentes giraba a su capricho durante un rato, siguiendo la música con sus propios pasos, totalmente absortos. Las flautas gorjeaban y rechinaban, los tambores galopaban y se estremecían, las matracas cascabeleaban y susurraban con la monótona regularidad de las olas en una playa de guijarros, y en medio de esta algarabía sonaba el grito incesante del largo instrumento parecido a la tuba, una catarsis gigantesca que retumbaba cada pocos segundos con la constancia de un latido.

—¿Gustarte mi música? —gritó el fon.

—Sí, es magnífica —chillé.

—¿Tener esta clase de música en tu país?

—No —contesté con auténtico pesar—, no tenerla.

El fon volvió a llenarme el vaso.

—Pronto, cuando mi pueblo traer hierba, tener mucha música, mucho baile, ¿eh?

Divertimos mucho, pasarlo muy bien, ¿verdad?

—Sí, ser verdad, divertimos mucho.

Fuera, en el recinto, la banda seguía tocando y el constante fragor de los tambores parecía ascender hasta el cielo oscurecido y hacer que las estrellas temblaran y bailaran a su ritmo.



CAPÍTULO 3

LA ARDILLA RUGIENTE

Había dos especies de la fauna de las praderas que ansiaba mucho obtener durante mi estancia en Bafut; una era el damán de las rocas y la otra la ardilla de Stanger. Para capturarlos tuve que emprender dos cacerías en dos tipos de paisaje muy diferentes y han quedado grabadas en mi memoria con más claridad que casi cualquier otra experiencia de caza en las praderas.

La primera cacería fue en busca de la ardilla y se distinguió sobre todo porque por una vez pude planear la campaña con anticipación y llevarla a cabo con éxito y sin impedimentos imprevistos de última hora. La ardilla de Stanger es un animal bastante corriente en el Camerún, pero con anterioridad la había perseguido en el espeso bosque de la cuenca de Mamfe; allí se pasaba la vida en las ramas superiores de los árboles más altos (alimentándose del copioso banquete de fintas propias de estas soleadas alturas) y raramente bajaba a nivel del suelo, lo cual hacía su captura casi imposible. Con el tiempo aprendí, sin embargo, que en las praderas frecuentaba los pequeños trozos de bosque próximos a los ríos y pasaba gran parte del tiempo en el suelo, buscando alimento entre la hierba y pensé que esto me brindaría una mejor oportunidad de capturarla. Cuando enseñé un dibujo de la ardilla a los sabuesos de Bafut, la identificaron inmediatamente y gritaron de modo unánime que sabían dónde se encontraba. Al interrogarlos, descubrí que conocían muy bien las costumbres del animal porque lo habían cazado con frecuencia.

Al parecer, las ardillas vivían en una reducida zona del bosque, pero al amanecer o en el crepúsculo bajaban de los árboles y se aventuraban en la pradera para alimentarse. Entonces era el momento de cazarlas, declararon los sabuesos de Bafut. ¿Qué hacía aquel pequeño buey durante la noche?, les pregunté.

—¡Ah, *masa*! La noche no ser buen momento para cogerlas —fue la respuesta—; dormir allí arriba, donde nadie poder pasar. En cambio, al atardecer o muy, muy

temprano por la mañana, poder cazarlas.

—Está bien —dije—, nosotros ir a cazarlas muy, muy temprano por la mañana.

Abandonamos Bafut a la una de la madrugada y, tras una larga y tediosa caminata por las colinas, a través de valles y prados, llegamos a nuestro destino una hora antes del amanecer. Era una pequeña altiplanicie situada en la mitad de una abrupta ladera. La región era relativamente llana y la atravesaba un centelleante río, ancho y poco profundo, en cuyas orillas crecía una estrecha franja de bosque muy espeso. Agazapados al amparo de una gran roca, atisbando en la penumbra y secando el rocío de nuestros rostros, escudriñamos los alrededores e hicimos nuestros planes. La idea era colocar dos o tres redes sobre la alta hierba a unos quinientos metros del lindero del bosque. Era necesario tenderlas inmediatamente, antes de que hubiera la luz suficiente para que las ardillas pudieran vernos.

Tender redes sobre hierba alta hasta la cintura y empapada de rocío no es un pasatiempo cómodo y nos alegramos de ver terminada la tarea. Entonces nos aproximamos al bosque con mucha cautela y, a rastras, nos escondimos detrás de un gran matorral, donde permanecemos en cuclillas, intentando evitar que nos castañetearan los dientes, sin poder fumar ni hablar ni movernos, contemplando cómo el cielo palidecía por el este a medida que amanecía y se iba tiñendo con lentitud de un gris opalescente, luego de rosa y por fin, cuando el sol se elevó sobre el horizonte, de un súbito, cegador y rutilante azul. Esta luz pura y delicada nos mostró las montañas circundantes cubiertas por una niebla baja; a medida que el sol fue subiendo, la niebla empezó a moverse y deslizarse por las crestas, derramarse por las laderas y llenar los valles. Durante unos segundos vimos las praderas quietas y dormidas bajo la capa de niebla, pero de pronto las montañas parecieron despertarse, bostezando y desperezándose bajo el cubrecama blanco, apartándolo un poco en algunos lugares, arrojándose más con él en otros e irguiéndose, soñolientas y húmedas de rocío, desde las profundidades de sus niveos cobertores. Posteriormente volví a ver en muchas ocasiones este despertar de las montañas y el espectáculo nunca me cansó. Si consideramos que lo mismo ha ido sucediendo todas las mañanas desde que las antiguas montañas iniciaron su existencia, es asombroso que este hecho se antoje fresco y nuevo cada vez que se presencia. Jamás se convierte en algo anodino y mecánico; siempre es diferente; a veces la niebla adopta al levantarse formas de animales extraños —dragones, aves fénix, dragones alados y unicornios blancos—, otras semeja ovillos de algas marinas, árboles o grandes y desbordantes arbustos de flores blancas; de vez en cuando, si sopla un poco de brisa para ayudarla, asombra adoptando las formas geométricas más severas y complicadas, mientras debajo de ella es posible contemplar todo el tiempo, en tentadores retazos, las montañas resplandecientes en una gama de colores suaves tan delicados y etéreos que es imposible darles un nombre.

Decidí —mientras esperaba en cuclillas, escudriñando entre las ramas del matorral que nos cobijaba para observar el amanecer de las montañas— que merecía

la pena sentirse cansado, frío y hambriento, estar empapado de rocío y sufrir calambres para contemplar semejante vista. Mis meditaciones fueron interrumpidas por un fuerte y agresivo «choc... ¡choc!» procedente de los árboles que había sobre nuestras cabezas y uno de los cazadores me agarró por el brazo y me miró con ojos ardientes. Se inclinó muy despacio y murmuró a mi oído:

—*Masa*, ése ser el buey que *masa* querer. Si esperar muy quietos, no tardar en bajar al suelo.

Me sequé el rocío de la cara y lancé una ojeada al prado donde habíamos tendido las redes. Al cabo de poco rato oímos otros ruidos similares desde puntos más lejanos del bosque; las ardillas se despertaban y observaban el día con ojos suspicaces. Esperamos un tiempo que nos pareció larguísimo y entonces vi de repente que algo se movía en la hierba entre nosotros y las redes; un curioso objeto que a primera vista semejaba un globo alargado a rayas blancas y negras, y que aparecía y desaparecía entre la alta hierba. La neblina de la mañana no me permitía distinguir bien aquel singular objeto, así que atraje la atención de los cazadores y lo señalé en silencio.

—Ser el buey, *masa*.

—Bajar al suelo, bajar al suelo —murmuró con alegría el otro.

—¿Y qué ser eso? —musité, porque no podía relacionar aquel extraño objeto parecido a un balón con ninguna parte de la anatomía de una ardilla.

—Eso ser la cola, *sah* —explicó un cazador y, para disipar mis dudas añadió—: Con ella taparse el culo.

Como todos los trucos, éste resultó evidente una vez explicado. Vi claramente que el objeto a rayas blancas y negras era la cola de una ardilla y me pregunté por qué había pensado que se parecía a un globo. Poco después aparecieron otras colas y cuando la niebla se dispersó, pudimos ver a las propias ardillas.

Había ocho saltando por el prado. Eran animales grandes y bastante rechonchos, de cabeza mediana, pero la parte mayor y más vistosa de su cuerpo era la cola. Saltaban con precaución de mata en mata de hierba, deteniéndose para sentarse sobre las patas traseras y olfatear cuidadosamente en la dirección en que viajaban. Luego volvían a saltar unos metros más, agitando la cola mientras se movían. A veces se agazapaban y permanecían inmóviles unos segundos, con las colas sobre el lomo y el peludo extremo colgando sobre la cara y casi tapándola. Las del prado guardaban silencio, pero en los árboles que había a nuestra espalda aún se oía algún «choc» suspicaz de las que todavía no se habían atrevido a bajar. Decidí que ocho eran más que suficientes para intentarlo, así que hice una señal a los cazadores y salimos de nuestro escondite. Nos desplegamos en hilera entre los árboles y entonces los cazadores se detuvieron y esperaron la orden de avanzar.

Las ardillas se hallaban ahora a unos ciento cincuenta metros del lindero del bosque, distancia que me pareció suficiente para nuestros fines. Agité la mano y abandonamos el amparo del bosque para salir al campo abierto. Las ardillas del bosque profirieron grandes gritos de alarma y las de la pradera se sentaron para ver

qué ocurría. Nos vieron y todas quedaron como petrificadas; entonces, mientras nosotros seguíamos avanzando con lentitud, reanudaron sus saltos por la hierba, alejándose cada vez más de los árboles. No creo que supieran con exactitud qué éramos, porque caminábamos muy despacio y con un mínimo de movimientos. Sentían que representábamos algo hostil, pero no estaban seguras; corrían unos metros y se sentaban para observarnos, olfateando vigorosamente. Ésta era la parte más difícil de todo el proceso, porque los animales aún no estaban dentro del semicírculo de las redes y, si se desviaban hacia la derecha o hacia la izquierda, podían escapar con facilidad por las praderas. Nos fuimos acercando a ellas con gran sigilo; los únicos sonidos eran el crujido de nuestros pies sobre la hierba y los débiles pero frenéticos gritos procedentes del bosque.

De improviso, una ardilla más lista que las demás adivinó lo que sucedía; no podía ver las redes que tenía delante porque estaban ocultas por la alta hierba y bien camufladas, pero se dio cuenta de que nuestro avance las apartaba cada vez más del bosque y de la seguridad de los árboles. Emitió un gran grito de alarma y corrió como una exhalación por la hierba, con la larga cola ondeando tras ella, y de pronto torció hacia la izquierda y se alejó de las redes a galope tendido. Su única ambición era esquivarnos y volver a los árboles. Las otras ardillas se sentaron y la miraron con nerviosismo, entonces comprendí que si no hacíamos algo, todas se animarían a seguir su ejemplo. Mi plan había sido esperar a que todas estuvieran dentro del círculo de redes para caer sobre ellas y causar un pánico que las enviara al centro de la malla, pero ahora era evidente que tendríamos que arriesgarnos a provocar una estampida. Levanté la mano y los cazadores y yo nos lanzamos a la carga, ululando y profiriendo chillidos, agitando los brazos y procurando parecer lo más peligrosos posible. Durante una fracción de segundo las ardillas nos miraron sin moverse y luego se dieron a la fuga.

Cuatro de ellas siguieron el ejemplo de la primera y salieron disparadas en ángulo recto, esquivando así a cazadores y redes, pero las tres restantes corrieron directamente hacia la trampa y cuando llegamos a la escena, vimos unos tirones en la parte superior de la red, señal segura de que se habían enredado en ella. Y así era, las encontramos firmemente atrapadas, mirándonos con ojos coléricos y emitiendo los gritos más potentes e impresionantes que he oído jamás en una ardilla. Se trataba de un sonido completamente distinto del fuerte «choc» que proferían antes: era espeluznante y amenazador, algo así como una mezcla de ronquido y rugido. No dejaron de gritar mientras las desenredábamos, ni de intentar morder salvajemente nuestras manos con sus grandes incisivos color naranja. Cuando por fin las hubimos metido en bolsas de lona, tuvimos que colgarlas del extremo de sendos palos para llevarlas ya que, a diferencia de otras ardillas de pradera, que permanecían quietas al encontrarse en la oscuridad de la bolsa, éstas parecían dispuestas a continuar la lucha y el más ligero roce con la parte exterior de la bolsa era saludado con un ataque furioso y una rápida serie de rugidos.



Las ardillas del bosque estaban muy alarmadas y en los árboles resonaban sus frenéticos chillidos. Ahora que sabían lo peligrosos que éramos, era inútil intentar más capturas, así que debimos conformarnos con las tres que habíamos cazado; empaquetamos las redes y el resto del equipo y nos encaminamos hacia Bafut. Una vez allí coloqué a mis preciadas ardillas en tres sólidas jaulas revestidas de hojalata, llené de comida sus cuencos y las dejé muy solas para que se recobraran de la indignidad de la captura. En cuanto se quedaron solas, se arriesgaron a salir de la penumbra de sus dormitorios y devoraron los montones de suculentas frutas que les había suministrado, volcaron los platos de agua y probaron de roer la hojalata de las jaulas, pero al comprobar que esto último era imposible, se retiraron de nuevo a su alcoba y conciliaron el sueño. Vistas de cerca, eran unas criaturas muy hermosas, con mejillas y vientre de color amarillo pálido, lomos rojizos y grandes colas rayadas. Sus cabezas estropeaban un poco el efecto, porque eran grandes y un poco equinas, con minúsculas orejas pegadas al cráneo y dientes protuberantes.

Había leído en alguna parte que estas ardillas trepan a las ramas superiores de los árboles del bosque al amanecer y profieren los gritos más estentóreos y asombrosos: sonidos profundos y continuados que recuerdan las últimas notas de un gong gigante. Me interesaba escuchar este grito, pero consideraba improbable que lo emitieran estando en cautividad. Sin embargo, al día siguiente de la captura me despertó hacia las cinco y media un peculiar ruido; la colección estaba en la galería, junto a mi ventana, y cuando me incorporé en la cama comprendí que el ruido procedía de una de las jaulas, aunque no sabía de cuál. Me puse la bata y salí de puntillas. Esperé con paciencia en la penumbra, temblando de frío y medio dormido, a que el ruido se repitiera y cuando volví a oírlo pude atribuir con seguridad su procedencia a la jaula de las ardillas. Es un sonido muy difícil de describir: empezó como un gemido y al adquirir volumen incorporó una nota sonora y palpitante, la clase de vibración que emiten los postes telegráficos; después el sonido pareció confundirse y dispersarse, como un toque de gong muy suave que va *in crescendo* y al final se extingue. Resultaba evidente que la tentativa de las ardillas era bastante desanimada; en el bosque le habrían dado mucho más fuerza y en tal caso me imagino que el grito debe de ser fascinante y estremecedor mientras resuena entre las ramas envueltas en la neblina.

Como de costumbre, aquella tarde apareció el fon para conocer las felices incidencias del día y obsequiarme con una calabaza de vino de palma fresco. Muy orgulloso, le enseñé las ardillas y le describí con detalle la captura. Le intrigaba saber exactamente dónde las habíamos cazado y, como yo ignoraba la localidad, tuve que llamar a uno de los sabuesos —que estaba celebrándolo en la cocina— para que se lo explicara. Se quedó en pie delante del fon y contestó a sus preguntas a través de las manos ahuecadas. Le costó mucho tiempo hacerlo, porque la región que habíamos batido estaba deshabitada, así que sólo podía describir nuestra ruta haciendo referencia a diversos hitos del paisaje, como la forma de rocas, árboles y colinas de

curiosa silueta. Al final el fon empezó a asentir vigorosamente con la cabeza y luego permaneció reflexionando irnos momentos, tras lo cual habló al cazador con mucha rapidez, gesticulando con sus largos brazos, mientras su interlocutor asentía y hacía reverencias. Por último el fon se volvió hacia mí con una sonrisa benigna y alargando el vaso vacío de un modo distraído, casi ausente.

—Decir a este hombre —explicó, observando cómo le llenaba el vaso con mirada en apariencia desinteresada— que mañana llevarte a un sitio especial de la montaña, un sitio donde encontrar una clase de buey muy especial.

—¿Qué clase? —pregunté.

—Buey —respondió vagamente el fon, haciendo un ademán con el vaso medio vacío—, una clase especial de buey. Tú no tenerlo aún.

—¿Ser un buey malo? —sugerí.

El fon dejó el vaso sobre la mesa y abrió sus enormes manos.

—Ser así de grande —dijo— y no ser malo, aunque morder demasiado. Habitar en una gran roca, o mejor, debajo de la gran roca. A veces dar demasiados alaridos, como ¡¡¡juiiiiiiiiiiii!!!

Me quedé perplejo, pensando en el animal, mientras el fon me miraba con expectación.

—Parecerse mucho a cortahierba, pero no tener cola en el culo —explicó por fin, ansioso por ayudarme.

De repente se me ocurrió algo y fui a buscar un libro; cuando encontré la foto que buscaba, se la enseñé al fon.

—¿Ser este buey? —pregunté.

—¡Ah! Sí, éste —exclamó, satisfecho, acariciando con sus largos dedos el retrato del hiracoide de la roca—, ser este buey. ¿Cómo llamarlo tú?

—Damán de las rocas.

—¿Damán de roca?

—Sí. ¿Cómo llamarse en Bafut?

—Aquí llamarlo *N'eer*.

Apunté el nombre en la lista de nombres locales que estaba recopilando y volví a llenar el vaso del fon, que todavía contemplaba como en trance el grabado del hiracoide, repasando su silueta con un esbelto dedo.

—¡Vaya! —exclamó al fin con voz nostálgica—. Tener una buena chuleta este buey. Guisada con ñame y coco...

Su voz se extinguió y se lamió los labios como saboreando el guiso.

El cazador me miró con fijeza y arrastró los pies para indicar que deseaba decir algo.

—Sí, ¿qué querer?

—¿*Masa* pensar ir a este sitio de que hablar el fon?

—Sí, ir mañana muy temprano por la mañana.

—Sí, *sah*. Para coger este buey, *masa* necesitar mucha gente. Este buey correr

demasiado, *sah*.

—Está bien, decir a todos los muchachos que mañana ir a la selva.

—Sí, *sah*.

Calló y volvió a arrastrar los pies.

—¿Qué querer?

—¿*Masa* necesítarme otra vez?

—No, amigo mío. Poder volver a la cocina y beber vino.

—Gracias, *sah* —dijo, sonriente, y desapareció en la penumbra de la galería.

Al poco rato el fon se levantó para irse y le acompañé hasta el camino. Cuando nos detuvimos al borde del recinto, me sonrió desde su gran estatura.

—Yo ser viejo, cansarme demasiado —dijo—. Si no ser viejo, ir contigo a la selva mañana.

—Tú mentir, amigo mío, tú no ser viejo, y tener demasiada fuerza. Mucha fuerza para un cazador.

Rió entre dientes y luego suspiró.

—No, amigo mío, tú no decir verdad. El tiempo pasar para mí y cansarme demasiado. Tener muchas esposas, que cansarme demasiado. Hablar con este hombre y con el otro y esto también cansarme demasiado. Bafut ser un sitio grande, con mucha gente. Si haber mucha gente, tener que discutir mucho.

—Sí, yo saber que tú tener mucho trabajo.

—Cierto —contestó y añadió con un destello en sus ojos traviosos—: A veces discutir con el oficial del distrito y esto cansar más que nada.

Me estrechó la mano y seguí oyendo su risita entre dientes mientras se alejaba por el patio.

Al día siguiente salimos a la caza de nuestro damán de las rocas, los cuatro sabuesos de Bafut y cinco miembros de la servidumbre de la casa. Durante los primeros cuatro o cinco kilómetros caminamos por las áreas cultivadas y las tierras de las granjas pequeñas. Las laderas de suave pendiente habían sido labradas y la fértil tierra roja brillaba bajo el sol incipiente. En algunos de los campos la cosecha ya estaba madura, airosos arbustos de mandioca o hileras de maíz, cada una de cuyas mazorcas doradas, con su rubia borla de sedoso filamento, se balanceaba movida por la brisa. En otros campos trabajaban mujeres, desnudas hasta la cintura, empuñando azadas de mango corto y hoja ancha. Algunas llevaban niños pequeños sujetos a la espalda con correas y parecían tan ajenas a su carga como un jorobado a su giba. La mayoría de las viejas fumaban largas pipas negras y el humo acre y gris velaba sus rostros cuando se inclinaban sobre la tierra. Las jóvenes eran las que hacían el trabajo más pesado de cavar y sus cuerpos esbeltos y relucientes se movían rítmicamente al sol mientras levantaban sobre sus cabezas los pesados y toscos utensilios y los descargaban con rapidez. Cada vez que la hoja se hundía en la tierra rojiza, la muchacha exhalaba un profundo gemido.

Según íbamos caminando por los campos entre las mujeres, éstas hablaban con

nosotros con sus agudas voces, bromeando y riendo estentóreamente, aunque sin interrumpir su trabajo y sin perder el ritmo. Los quejidos intercalados en sus observaciones prestaban un sonido curioso a la conversación.

—Buenos días, *masa*... ¡uy!... ¿Hacia qué parte ir?... ¡Uy!

—*Masa* dirigirse a la selva... ¡uy!... ¿Verdad que sí, *masa*?... ¡uy!

—*Masa* ir a cazar muchos bueyes... ¡uy!... *Masa* ser muy poderoso... ¡uy!

—*Masa* ser un buen caminante... ¡uy!... coger muchos bueyes... ¡uy!

Mucho después de que dejáramos atrás los campos, cuando ya subíamos por las doradas laderas de las colinas, aún las oíamos charlar y reír y resonar en el aire los rítmicos golpes de azada.

Al llegar a la cumbre de la cordillera más alta de colinas que rodeaba a Bafut, los cazadores señalaron nuestro destino: una cadena de montañas violáceas y brumosas que parecían hallarse a una enorme distancia. Los miembros de la servidumbre profirieron exclamaciones y lamentos de asombro y desánimo ante la perspectiva de semejante caminata y Jacob, el cocinero, dijo que no sería capaz de ir tan lejos, sobre todo porque se había clavado una espina en el pie. Un examen demostró que no se había clavado ninguna espina, sino que tenía una piedrecita en el zapato. El descubrimiento y eliminación de la piedra lo dejaron tenso y enfurruñado y se quedó a la zaga, murmurando para sus adentros en feroces tonos. Para mi sorpresa, la distancia era engañosa y al cabo de tres horas ya caminábamos por un valle largo y sinuoso al fondo del cual se elevaban las montañas como una muralla de centelleante verde y oro. Durante el penoso ascenso por la ladera cubierta de hierba muy alta, los cazadores me explicaron cuál sería su plan de campaña. Al parecer teníamos que rodear una de las suaves estribaciones de la cordillera y entre ésta y la próxima se extendía un largo valle que se introducía hasta el corazón de las montañas y estaba rodeado por abruptos despeñaderos en cuya base se encontraban las rocas habitadas por los damanes.

Trepamos por el gran recodo de la montaña y de pronto el valle se abrió ante nosotros, tranquilo y remoto y lleno de una luz deslumbrante que iluminaba los desnudos peñascos de ambos lados, dos largos y arrugados telones de roca teñidos de rosa y gris, bañados por los dorados rayos del sol y salpicados de suaves sombras azules. Amontonados en la base de estos despeñaderos estaban los restos de muchos corrimientos de tierra pasados, una mezcla de riscos de todas formas y tamaños, algunos diseminados por la curva sinuosa del valle y otros apiñados como altas y vacilantes chimeneas. Sobre estas rocas y alrededor de ellas crecía una verde alfombra de maleza corta, hierba alta, árboles encorvados, de aspecto malévolos, orquídeas pequeñas, esbeltos lirios y una espesa telaraña de convólvulos con flores amarillas, rosadas y de color crema. Esparcidas por las escarpadas laderas había una serie de cuevas, oscuras y misteriosas, algunas de cuyas entradas eran simples hendiduras en la roca mientras otras tenían el tamaño de un portal catedralicio. Por el centro del valle fluía un delgado y bullicioso torrente que jugaba sorteando las rocas

y saltaba con impaciencia en vistosas cascadas de un nivel a otro mientras bajaba la pendiente.

Nos detuvimos a descansar y fumar en la cabecera del valle y yo examiné las rocas con los gemelos en busca de algún signo de vida. Sin embargo, el valle parecía desierto y desprovisto de toda vida animal; los únicos sonidos eran el presuntuoso y bastante ridículo chapoteo del diminuto torrente y el murmullo sibilante y secreto del viento y la hierba moviéndose al unísono. Muy arriba, en el cielo, apareció un pequeño halcón que se destacó contra el delicado azul, se detuvo un instante y desapareció de la vista tras el dentado borde del despeñadero. Jacob contemplaba el valle con una expresión agria y taciturna en su redondo rostro.

—¿Qué pasar, Jacob? —pregunté, haciéndome el inocente—. ¿Tú ver algún buey?

—No, *sah* —contestó, desviando hacia sus pies una mirada colérica.

—¿No gustarte este lugar?

—No, *sah*, no gustarme.

—¿Por qué?

—Ser un lugar malo, *sah*.

—¿Por qué ser un lugar malo?

—A veces, en esta clase de lugar caerle a uno un maleficio, *masa*.

Miré a los sabuesos de Bafut, que estaban acostados sobre la hierba.

—¿Haber maleficios en este lugar? —les pregunté.

—No, *sah*, ninguno en absoluto —fue la respuesta unánime.

—¿Lo ves? —dije a Jacob—. Aquí no haber ningún maleficio, así que tú no deber temer nada, ¿entiendes?

—Sí, *sah* —respondió Jacob con una total falta de convicción.

—Y si coger este buey para mí, yo darte una buena propina —continué.

Jacob se animó visiblemente.

—¿*Masa* darnos la misma propina que a los cazadores? —preguntó, esperanzado.

—En efecto.

Suspiró y se rascó el estómago con expresión pensativa.

—¿Aún pensar que haber maleficio aquí?

—¡No! —dijo, encogiéndose de hombros—. A veces yo equivocarme.

—¡Ah, Jacob! Si *masa* darte una propina, tú matar a tu propia madre —exclamó uno de los sabuesos de Bafut, riendo entre dientes, porque la afición de Jacob por el dinero era bien conocida en Bafut.

—Vaya —replicó Jacob, enfadado—, ¡como si a ti no gustar el dinero! ¿Por qué venir a la selva con *masa* si no gustar el dinero, eh?

—Ser mi trabajo —contestó el cazador y añadió a guisa de explicación—: Yo ser un sabueso.

Antes de que Jacob pudiera pensar en una réplica adecuada, uno de los cazadores levantó la mano.

—¡Escuchar, *masa*! —urgió, muy excitado.

Todos guardamos silencio y entonces un extraño grito llegó hasta nosotros desde más arriba del valle; empezó como una serie de cortos y trémulos silbidos, emitidos a intervalos, y acabó en un ulular repentino y prolongado que resonó de modo fantasmagórico entre las paredes rocosas del valle.

—Esto ser el *N'eer, masa* —susurraron los sabuesos—. Gritar desde ese gran peñasco.

Enfoqué los gemelos hacia la enorme roca que me indicaban, pero unos segundos antes vi al damán, sentado en cuclillas al borde de la roca y contemplando el valle con una altanera expresión en el rostro. Tenía el tamaño aproximado de un conejo grande, pero patas cortas y gruesas y una cara afilada y leonina. Sus orejas eran pequeñas y bien formadas y parecía no tener cola. Mientras lo miraba, echó a correr por el estrecho borde hasta el punto más alto de la roca, se detuvo un momento para juzgar la distancia y saltó ágilmente al otro lado de la garganta, desapareciendo en seguida tras un revoltijo de colvólvulos que debían de tapar alguna clase de agujeros. Bajé los prismáticos y miré a los sabuesos de Bafut.

—¿Y bien? —inquirí—. ¿Qué hacer para coger este buey?

Mantuvieron un rápido intercambio de ideas en su lengua y luego uno de ellos se volvió hacia mí.



—*Masa* —dijo, arrugando la cara y rascándose la cabeza—, este buey ser demasiado listo. No poder cazarlo con red y correr más que el hombre.

—Entonces, amigo mío, ¿qué hacer para atraparlo?

—Ir a buscar agujero en la roca, *sah*, y hacer fuego con mucho humo; después colocar red ante el agujero y cuando el buey correr, nosotros cogerlo.

—Muy bien —aprobé—. En marcha, ya poder empezar.

Caminamos valle arriba precedidos por Jacob, que nos guiaba con un aire de ceñuda determinación. Nos abrimos paso por entre la espesa maraña de maleza hasta que llegamos al primer montón de peñascos, donde nos desplegamos como sabuesos y empezamos la batida, gateando y a rastras, escudriñando cada hendidura para ver si estaba habitada.

Por extraño que parezca, fue Jacob el primero en tener suerte; alzó un rostro sudoroso y radiante por encima de la maleza y me llamó.

—*Masa*, encontrar agujero. El buey estar dentro —anunció, muy excitado.

Nos apiñamos en tomo al agujero y escuchamos. Y en efecto, oímos que algo se movía en el interior: unas patas escarbaban la tierra. Rápidamente hicimos un fuego con hierbas secas frente a la entrada del agujero y, una vez hubo prendido lo suficiente, lo cubrimos con hojas verdes, lo cual produjo una densa humareda. Colgamos una red sobre el agujero y entonces condujimos el humo hacia el interior de la roca con ayuda de grandes manojos de hojas. Atizado por nuestros arduos esfuerzos, el humo aumentó y se metió por el oscuro túnel, en seguida todo empezó a ocurrir con rapidez abrumadora. Dos cachorros de damán, del tamaño de un conejillo de Indias, cayeron en la red con tanta fuerza, que la desprendieron y rodaron hacia los arbustos envueltos en ella. Al instante los siguió la madre, un animal corpulento preso de la más violenta ira. Salió del agujero como un rayo y saltó sobre la persona más próxima, en este caso uno de los sabuesos; el ataque fue tan repentino, que el hombre no tuvo tiempo de esquivarlo y el animal le clavó los dientes en el tobillo y lo hizo como un perro dogo, profiriendo a través de la nariz un fuerte y aterrador: «¡Juiiiii!» El sabueso cayó de espaldas sobre una gran mata de convólulos, pateando con violencia y emitiendo agudos gritos de dolor.

Los otros sabuesos estaban ocupados desenredando a los cachorros de la red, tarea que requería toda su atención. Los servidores habían huido a la vista de la furibunda madre, así que Jacob y yo tuvimos que proceder al rescate del sabueso, que se retorció sobre la maleza y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones. Sin embargo, antes de que yo pudiera hacer algo sensato, Jacob puso manos a la obra. Por una vez, su cerebro se ajustó a la rapidez de los acontecimientos. Me temo que su acción no fue suscitada por ningún sentimiento de piedad ante el dolor de su hermano de raza, sino impulsada por el pensamiento de que si no hacía algo inmediatamente, el damán hembra podía escapar, en cuyo caso no recibiría dinero por la presa. Dio un salto con una velocidad extraordinaria para una persona normalmente tan soñolienta, empuñando una de las bolsas de tela de mayor tamaño. Antes de que yo pudiera detenerle, ya había asido la pierna del infortunado sabueso y la había metido en la bolsa junto con el damán. Entonces la cerró bien y se volvió hacia mí con una sonrisa satisfecha.

—¡*Masa*! —exclamó, elevando la voz por encima de los indignados gritos de su compatriota—. ¡Yo atraparlo!

Su triunfo, sin embargo, fue breve porque el sabueso había llegado al límite de su resistencia y, tras levantarse del suelo, golpeó con fuerza a Jacob en su lanuda cabeza. Éste lanzó un grito de dolor y cayó rodando por la pendiente, mientras el sabueso se ponía en pie y realizaba esfuerzos desesperados para sacar el pie de la bolsa que contenía el damán. Lamento confesar que no pude hacer nada más sensato que sentarme en una roca y reír hasta que las lágrimas me rodaron por las mejillas. Jacob se levantó a su vez, profiriendo furiosas amenazas, y vio al sabueso tratando de deshacerse de la bolsa.

—¡Ehhh! —chilló, acercándose de un salto—. ¿No ver, estúpido, que el buey escapar?

Se abrazó al sabueso y ambos cayeron sobre la maleza. A estas alturas los otros sabuesos ya habían logrado meter en sendas bolsas a los cachorros de damán, así que acudieron en auxilio de su compañero; apartaron a Jacob y ayudaron al cazador a sacar el pie de la bolsa. Por suerte, el damán había soltado a su presa cuando se encontró en la penumbra, obviamente demasiado asustado para volver a morderla, pero aun así la experiencia debió de ser muy desagradable.

Todavía estremecido por la risa, que hacía lo posible por ocultar, consolé al sabueso herido y di a Jacob una buena reprimenda, informándole de que por su estupidez sólo obtendría la mitad del precio de la captura y la otra mitad sería para el cazador cuyo pie él había estado tan ansioso por sacrificar. Esta decisión fue saludada por todo el mundo con movimientos de cabeza y gruñidos de satisfacción, incluido, por extraño que parezca, el propio Jacob. He comprobado que la mayoría de africanos tienen un sentido de la justicia muy desarrollado y admiten de corazón un veredicto justo aun en el caso de que sea contra ellos.

Una vez restablecido el orden y administrados los primeros auxilios al herido, continuamos subiendo por el valle. Después de ahumar varios agujeros y cuevas sin ningún resultado, por fin acorralamos y capturamos, sin derramamiento de sangre por ninguno de los dos bandos, a un gran damán macho. Habiendo conseguido así cuatro de estos animales, consideré que la suerte ya me había favorecido bastante y que sería una buena idea regresar a casa. Salimos del valle siguiendo las estribaciones de la montaña y luego bajamos por las suaves laderas de hierba dorada en dirección a Bafut. Cuando llegamos a un terreno más o menos llano, hicimos un alto para fumar y descansar y mientras estaba en cuclillas sobre la cálida hierba, mirando hacia las montañas que habíamos dejado atrás, el distante fragor del trueno atrajo mi atención. Sin que nos diéramos cuenta, un nubarrón oscuro y denso, que tenía la forma de un gran gato persa, había cubierto el cielo, extendiéndose sobre las cumbres de las montañas. Bajo su sombra, éstas cambiaron del verde y el dorado a un violeta oscuro y amenazador cruzado por marcadas franjas negras sobre los valles. El nubarrón parecía moverse, dibujando círculos y enroscándose dentro de sí mismo, y daba también la impresión de forrar y moldear las cimas de las montañas como un gato en el brazo de una silla gigantesca. De vez en cuando se abría una rendija en la nebulosa

y entonces lo atravesaba una Hecha de rayos solares que iluminaba una parte de montaña con una luz dorada y pura que transformaba la hierba de las laderas violáceas en manchas de un color verde jade. El nubarrón se oscureció con asombrosa rapidez y pareció hincharse como si se preparase para dar un salto. De pronto empezaron a caer rayos como dentados carámbanos de plata y las montañas se estremecieron por las vibraciones del trueno que retumbó a los pocos instantes.

—*Masa*, si no andar de prisa —dijo uno de los sabuesos—, esa tormenta llegar y alcanzarnos.

Continuamos nuestro camino a paso más rápido, pero no fuimos lo bastante veloces, pues el nubarrón descargó sobre las cumbres de las montañas y se desparramó por el cielo en un salto a cámara lenta. Un viento frío y agitado empezó a soplar con fuerza y, pisándole los talones, llegó la lluvia en forma de cortina plateada casi sólida que nos empapó en unos segundos. La roja tierra se volvió oscura y resbaladiza y el silbido de la lluvia entre la hierba hizo casi imposible cualquier conversación. Cuando llegamos a las afueras de Bafut, nuestros dientes castañeteaban a causa del frío y nuestra ropa empapada se adhería al cuerpo en gélido contacto. Según alcanzábamos el último tramo del camino, la lluvia se redujo a una fina llovizna y pronto cesó por completo, mientras una niebla blanca se elevaba de la tierra mojada y se abría en torno a nuestras piernas como la resaca de una enorme ola.



CAPÍTULO 4

EL REY Y LA CONGA

Por fin llegó el gran día de la ceremonia de la recolección de hierba. Antes de amanecer, cuando las estrellas apenas habían empezado a palidecer y a extinguirse, antes incluso de que el más joven y entusiasta gallo del pueblo hubiera probado su voz, me despertó el suave latido de tambores pequeños, las risas y la charla de voces agudas y el leve sonido de pies desnudos sobre el polvoriento camino que pasaba frente a la casa. Acostado, escuché estos ruidos hasta que el cielo enmarcado por la ventana adquirió el matiz verde del incipiente día, entonces salí a la galería para observar los acontecimientos.

A la tenue luz de la aurora, las montañas apiñadas en torno a Bafut eran de color malva y gris, con rayas y dibujos violetas y negros en los valles, donde todavía era de noche. El cielo era esplendoroso, negro en el oeste, donde temblaban las últimas estrellas, verde jade sobre mi cabeza y azul pálido en los bordes de las colinas orientales. Me apoyé en la pared de la galería, tapizada por una gran maraña de buganvillas, como una capa de flores rojas echada descuidadamente sobre la casa, y miré hacia el largo tramo de escalones, el camino y, más allá, el patio del fon. Por el camino se acercaba desde ambas direcciones un gran tropel de gente, riendo, hablando y tocando tambores pequeños cuando se lo dictaba su estado de ánimo. Sobre los hombros llevaban largos palos de madera de los que pendían, sujetos con tallos, fardos cónicos de hierba seca. Los niños corrían al lado cargados con pequeñas gavillas atadas con ramas finas. Pasaban de largo el arco de entrada al patio del fon y depositaban la hierba en montones bajo los árboles que bordeaban el camino. Luego franqueaban el arco y entraban en el patio, donde se quedaban formando bulliciosos grupos; de vez en cuando una flauta y un tambor entonaban una breve melodía y entonces algunos miembros de la multitud se ponían a bailar, arrastrando los pies, entre los palmoteos y gritos de alegría de los espectadores. Eran una muchedumbre

feliz, excitada y exuberante.

Cuando hube terminado de desayunar, los montones de gavillas alcanzaban una altura increíble y amenazaban con derrumbarse cada vez que se añadía una nueva; el patio rebosaba de una multitud negra que se desparramaba bajo el arco y a lo largo y ancho del camino. El aire se llenaba de ruido cuando los primeros en llegar saludaban a los rezagados, reprendiéndolos por su tardanza. Los niños se perseguían entre sí, entrando y saliendo del patio, riendo a carcajadas, y hordas de perros flacos y sucios corrían tras ellos, juguetones, ladrando de entusiasmo. Bajé los setenta y cinco peldaños hasta el camino para unirme al jolgorio y me complació y halagó comprobar que no parecía molestarles mi presencia entre ellos, sino que por el contrario me saludaron con rápidas sonrisas de bienvenida que no tardaban en ser francas sonrisas de oreja a oreja cuando yo les saludaba en inglés africano. Al final me situé en un lugar adecuado junto al camino, a la sombra de un enorme hibisco cargado de flores escarlatas y animado por el zumbido de los insectos. Pronto me rodeó un absorto círculo de niños y adolescentes que me observaban en silencio mientras yo fumaba y contemplaba el alegre gentío que transitaba por delante de nosotros. A su debido tiempo fui devuelto a la realidad por un Ben jadeante que me avisó con acento de reproche que la hora de la comida había pasado hacía tiempo y los bocados exquisitos preparados por el cocinero se habrían estropeado sin remedio. De mala gana, dejé mi círculo de discípulos (todos los cuales se levantaron cortésmente y me estrecharon la mano) y seguí al rezongante Ben hasta la casa.

Después de comer fui de nuevo a mi lugar de observación bajo el hibisco y continué mi estudio antropológico del pueblo de Bafut en su constante desfile ante mis ojos. Al parecer, durante la mañana había presenciado la llegada de la plebe o clase trabajadora, que en general vestía un sarong de colores vivos retorcido en torno a las caderas; las mujeres lucían lo mismo, aunque algunas de las más ancianas sólo llevaban una sucia correa en torno a los riñones, prenda que, según me dieron a entender, constituía el modo de vestir ancestral; el alegre sarong era una idea moderna. La mayor parte de las ancianas fumaban en pipa, no como las cortas y chatas de las tribus de las tierras bajas, sino otras largas y esbeltas, como anticuadas pipas de arcilla, ennegrecidas por el uso. Así vestían las clases inferiores de Bafut. Por la tarde empezaron a llegar los miembros del consejo, los caciques y otros hombres importantes a quienes era imposible confundir con la plebe, porque todos lucían largas y holgadas túnicas de espléndidos colores, que crujían y brillaban al menor movimiento, y sobre la cabeza llevaban los pequeños casquetes planos que ya había visto antes, todos bordados con un dibujo intrincado y polícromo. Algunos hombres empuñaban bastones largos y finos de una madera marrón, adornados con una talla de sorprendente delicadeza. Eran todos de mediana edad o viejos y muy conscientes de su alto rango; cada uno de ellos me saludó con gran solemnidad, estrechándome la mano y diciendo «Bienvenido» varias veces y con grave acento. Estos aristócratas eran muy numerosos y prestaban a la ceremonia un maravilloso

colorido. Cuando volví a la casa para tomar el té, me detuve al final de los escalones y miré hacia el gran patio: era un sólido bloque de humanidad, tan apiñado que no podía verse la tierra roja, excepto en los lugares donde varios alegres bailarines formaban un círculo para su danza. Las túnicas multicolores de los ancianos salpicaban la muchedumbre como flores esparcidas por un arriate de tierra negra.

Hacia el atardecer me introduje en el centro del grupo más apretado para tomar fotografías antes de que disminuyera la luz y entonces una figura resplandeciente hizo su aparición a mi lado. Su túnica refulgía de granates, oros y verdes y en una mano sostenía un largo látigo de cuero. Era el mensajero del fon, según me informó, y añadió que si estaba dispuesto me acompañaría hasta donde se encontraba el fon para la ceremonia de la hierba. Cargando apresuradamente mi cámara con otro carrete, le seguí entre la multitud, observando con admiración cómo se abría paso por el sencillo pero efectivo método de hacer restallar el látigo contra los traseros desnudos que se presentaban con gran profusión a uno y otro lado. Ante mi sorpresa, la concurrencia no pareció extrañarse de este tratamiento y se limitó a gritar y lanzar exclamaciones de temor simulado mientras se apartaba de nosotros, riendo con auténtico júbilo. El mensajero me condujo al otro extremo del enorme patio, me precedió por el arco y por un angosto pasillo y después por otro arco que nos llevó a una colmena de minúsculos patios y corredores. Era complicado como un laberinto, pero el mensajero conocía bien el camino y recorrió pasajes, dobló recodos, atravesó patios y subió cortos tramos de escalera hasta que al final cruzamos un arco de ladrillos medio desmoronado y entramos en un patio ovalado de unos mil metros cuadrados de extensión, rodeado por un alto muro de ladrillos. En un extremo se erguía un gran mango, alrededor de cuyo suave tronco se había levantado una plataforma circular; sobre ella, en un sillón de madera ricamente tallada, estaba sentado el fon de Bafut.



Su indumentaria era tan polícroma que en el primer momento no le reconocí. La túnica, de un bello tono azul celeste, estaba magníficamente bordada en rojo, amarillo y blanco. Iba tocado con un sombrero de fieltro rojo en forma de cono, adornado con gran cantidad de pelos de cola de elefante. Desde lejos daba la impresión de llevar en la cabeza un almiar cónico. En una mano sostenía un espantamoscas con puño de madera de talla muy delicada, mientras la escobilla estaba hecha con la cola larga, blanca y negra de un mono colobo, que es espesa y sedosa. Este conjunto, muy llamativo, resultaba un poco deslucido por los pies del fon, que descansaban sobre un enorme colmillo de elefante —manchado de amarillo y negro por la antigüedad—, embutidos en un par de zapatos moteados muy puntiagudos de los que sobresalían unos calcetines de color verde jade.

Después de estrecharme la mano y preguntar gravemente por mi salud, mandó traer un sillón para que me sentara a su lado. Rodeaban el patio varios consejeros, caciques y las esposas de éstos, medio desnudas, todos ellos en cuclillas y bebiendo en petacas de cuerno de vaca tallado. Las túnicas polícromas de los hombres formaban un espléndido tapiz contra el muro de piedra rojiza. A la izquierda del trono del fon se levantaba una gran pila de calabazas negras, cuyo cuello estaba tapado por manojos de hojas verdes y que contenían vino de mimbo o de palma, la bebida más común en el Camerún. Una de las esposas del fon me proveyó de un vaso y entonces levantó una calabaza, sacó el tapón de hojas y vertió una gota de mimbo en la mano alargada del fon, quien la lamió y saboreó con expresión pensativa, luego la escupió y meneó la cabeza. Se repitió la operación con vino de otra calabaza y después con el de otras dos sin que variara el resultado. Por fin encontraron una calabaza cuyo mimbo fue considerado por el fon lo bastante bueno para compartir conmigo, y la muchacha me llenó el vaso. El mimbo tiene aspecto de leche aguada y un gusto suave, un poco ácido, parecido al de la limonada, que engaña mucho. El de mejor calidad es de sabor tan inocuo, que uno se siente tentado a beber más y más hasta que descubre que no es tan inofensivo como parecía. Saboreé mi vaso de vino, produjo un chasquido con los labios y felicité al fon por la cosecha. Advertí que todos los consejeros y caciques bebían en petacas hechas con cuerno de vaca, mientras el fon usaba un cuerno de búfalo bellamente tallado y pulido. Permanecimos sentados hasta que empezó a oscurecer, hablando y vaciando poco a poco las calabazas de mimbo.

Por fin el fon decidió que había llegado el gran momento de alimentar a las *masas*. Nos levantamos y bajamos al patio entre la doble fila de súbditos inclinados; los hombres aplaudían rítmicamente, mientras las mujeres mantenían las manos sobre los labios y emitían unos alaridos que yo, en mi ignorancia, había considerado prerrogativa de los pieles rojas. Pasamos por puertas, pasillos y pequeños patios, seguidos por el séquito, que seguía aplaudiendo y gritando. Cuando franqueamos el arco del patio principal, la multitud saludó con un estruendo ensordecedor, batiendo palmas y tocando tambores. Entre tan tumultuosa recepción, el fon y yo avanzamos a lo largo del muro hasta el trono colocado sobre una piel de leopardo. Ocupamos

nuestros asientos, el fon agitó la mano y la fiesta empezó.

Franqueaba el arco una procesión al parecer interminable de hombres jóvenes, desnudos a no ser por el pequeño taparrabos, que llevaban sobre sus relucientes y musculosos hombros los diversos manjares para el pueblo. Había calabazas de vino de palma y cerveza de trigo, enormes manojos de plátanos y bananas, tanto verdes como amarillos, carne en forma de gigantescas ratas de caña, mangostas, murciélagos y antílopes, monos y grandes pedazos de pitón, todo ello cuidadosamente ahumado y ensartado en palos de bambú. También había pescado seco, camarones secos y cangrejos frescos, pimientos verdes y escarlatas, mangos, papayas, pifias, cocos, mandiocas y boniatos. Mientras se distribuía esta enorme cantidad de comida, el fon saludó a todos los jefes, consejeros y caciques, cada uno de los cuales se acercaba a él, hacía una profunda reverencia y batía palmas tres veces. El fon correspondía con un leve y majestuoso movimiento de cabeza y el hombre se retiraba caminando hacia atrás. Si alguien quería dirigirse al fon, tenía que hacerlo a través de las manos ahuecadas.

A estas alturas yo había bebido una gran cantidad de mimbo y me sentía más benigno que de costumbre; por lo visto, al fon le había causado el mismo efecto. Ladró una orden repentina y, ante mi horror, apareció una mesa con dos vasos y una botella de ginebra francesa cuya marca yo desconocía y no tenía el menor deseo de conocer. El fon sirvió en un vaso unos nueve centímetros de esta ginebra y me lo alargó; yo sonreí e intenté dar la impresión de que el alcohol puro y en grandes cantidades era justo lo que necesitaba. La olí nerviosamente y descubrí que no se diferenciaba mucho de una de las mejores marcas de parafina. Después de decidir que no era capaz de afrontar semejante cantidad sin diluirla, pedí un poco de agua. El fon dio otra estentórea orden y una de sus esposas vino corriendo con una botella de angostura en la mano.

—¡Angostura! —anunció con orgullo el fon, mezclando unas dos cucharaditas en mi ginebra—. ¿Gustar ginebra con gusto amargo?

—Si —respondí con forzada sonrisa—, gustarme mucho. El primer sorbo casi me abrasó la garganta: era el alcohol puro más espantoso que he probado en mi vida. Incluso el fon, a quien no parecían preocuparle mucho estas cosas, parpadeó un poco tras el primer sorbo. Tosió con fuerza y se volvió hacia mí, secándose las lágrimas de los ojos.

—Muy fuerte —observó.

Al cabo de un rato, cuando hubieron llevado todos los manjares, que dispusieron en enormes montones delante de nosotros, el fon conminó al silencio y pronunció un breve discurso a los bafutianos allí reunidos, diciéndoles quién era yo, por qué estaba en su país y qué quería, concluyendo después con la explicación de que debían procurarme muchos animales. El gentío escuchó la alocución en completo silencio y, una vez terminada, estalló en un coro de «¡Ahhs!» y un bullicioso palmoteo. El fon, muy complacido consigo mismo y dejándose llevar por el entusiasmo, bebió un gran

sorbo de ginebra. El resultado fueron cinco ansiosos minutos para todo el mundo mientras tosía y se retorcía en el trono con el rostro empapado de lágrimas. Cuando por fin se recobró, permaneció mirando con fijeza la ginebra de su vaso con ojos enrojecidos y coléricos. Volvió a tomar un pequeño sorbo y se lo pasó por la boca, meditabundo, hasta que se agachó para confesarme:

—Esta ginebra ser demasiado fuerte —susurró con voz ronca—. Nosotros darla a estos hombrecitos y después irnos a mi casa a beber, ¿eh?

Convine en que la idea de distribuir la ginebra entre los caciques y consejeros — los «hombrecitos», como los llamaba el fon— era excelente.

Él miró, cauteloso, a su alrededor para cerciorarse de que nadie nos oía; como sólo nos rodeaba una multitud de unas cinco mil personas, creyó poder confiarme un secreto con absoluta seguridad. Se inclinó y volvió a bajar la voz para musitar:

—Pronto irnos a mi casa a beber White Horse.

Se apoyó en el respaldo para ver el efecto que sus palabras producía en mí. Puse los ojos en blanco e intenté parecer loco de alegría ante la perspectiva de semejante invitación mientras me preguntaba qué efecto causaría el whisky mezclado con mimbo y ginebra. El fon, no obstante, se dio por satisfecho y poco después llamó a los hombrecitos, uno por uno, y vertió el resto de la ginebra en sus frascos de cuerno de vaca, todavía medio llenos de mimbo. Nunca he renunciado de tan buen grado a una bebida. Me asombró que hubiera estómagos capaces de soportar con entereza, e incluso con placer, un cóctel compuesto de aquella ginebra y mimbo. Sentía náuseas sólo de pensarlo.

Después de distribuir el alcohol con dudosa magnanimidad entre los miembros de su séquito, el fon se puso en pie en medio de palmoteos, sones de tambor y alaridos, y me precedió de nuevo por el intrincado laberinto de pasillos y patios hasta que llegamos a su propia aldea, casi oculta entre las numerosas chozas de hierba de sus esposas, como una caja de cerillas en una colmena. Entramos y me encontré en una habitación grande y baja amueblada con sillones y una gran mesa; cubrían el suelo de madera unas hermosas pieles de leopardo y esteras multicolores, trenzadas localmente con hierba. El fon, una vez cumplido su deber para con su pueblo, se relajó en una poltrona y apareció el White Horse. Durante el descorche de la todavía vírginal botella, mi anfitrión chasqueó los labios y me dio a entender que ahora que habían tocado a su fin los tediosos asuntos de estado, podíamos empezar a beber en serio. Lo hicimos sin interrupción a lo largo de las dos horas siguientes y discutimos largo y tendido y con los más complicados detalles sobre temas tan fascinantes como el mejor tipo de escopeta para la caza del elefante, la composición del White Horse, la razón de que yo no asistiera a las cenas del palacio de Buckingham, la Unión Soviética, etcétera. A partir de aquí, ni las preguntas del fon ni mis respuestas se distinguieron por la habilidad y la delicada construcción que nos habría gustado, así que el fon, bajo la errónea impresión de que la música suave podía mitigar los estragos de la bebida, llamó a su banda, que se situó en el patio y tocó y bailó durante

muchas horas, mientras el fon insistía en abrir otra botella de White Horse para celebrar la llegada de los músicos. Al cabo de un rato la banda formó un semicírculo y una mujer bailó una danza oscilante, arrastrando los pies, y entonó una canción con voz aguda y doliente. No entendí las palabras, pero la canción tenía una extraña tristeza y tanto el fon como yo nos sentimos muy afectados por ella, hasta el punto de que él, secándose los ojos, informó de repente a la banda de que debían tocar otra cosa. Discutieron largamente entre sí y al final tocaron las primeras notas del ritmo de conga más perfecto que imaginarse pueda. Era tan rápido y alegre que nos animó al instante y muy pronto me sorprendí siguiéndolo con los pies, mientras el fon dirigía la banda con un vaso de White Horse en la mano. Acalorado por la hospitalidad del fon y transportado por la cadencia, se me ocurrió una idea.

—La otra noche tú enseñarme una danza nativa, ¿verdad? —le pregunté.

—Así ser —asintió, reprimiendo el hipo.

—Muy bien. ¿Gustarte si yo esta noche enseñarte a ti una danza europea?

—¡Ah, amigo mío! —exclamó, radiante, echándome los brazos al cuello—. Sí, sí, espléndido, tú enseñarme. Irnos ahora mismo a casa de baile.

Nos levantamos con movimientos vacilantes y nos dirigimos a la sala de baile, pero cuando llegamos vi que el esfuerzo de andar cincuenta metros había rendido a mi compañero, que se desplomó jadeando en su ornamentado trono.

—Tú ir primero a enseñar a los hombrecitos —dijo, indicando con exagerados ademanes al grupo de jefes y consejeros—. Después ir yo.

Contemplé al confuso y desconcertado grupo de consejeros a quienes se suponía que debía enseñar y decidí que las partes más intrincadas de la conga —la giga en que pensaba iniciarles— estaban fuera de su alcance. De hecho, empecé a sentirme incapaz de enseñarles algo, así que resolví contentarme con instruirles en la última parte del baile, aquella en que todo el mundo se pone en fila india y recorre los salones asido a la cintura de la persona que le precede. La sala estaba silenciosa cuando invité por señas a los veintidós miembros del consejo a seguirme hasta el centro de la habitación; en la quietud reinante, sus túnicas crujieron mientras se me aproximaban. Los enseñé a cogerse por la cintura, hice una señal a la banda, que acometió el ritmo de la conga con gran entusiasmo, y empezamos a saltar. Había recomendado encarecidamente a mis alumnos que siguieran todos mis movimientos y ellos obedecieron. Sin embargo, no tardé en descubrir que las bodegas del fon habían borrado todo lo que sabía sobre la conga y sólo recordaba que en un momento determinado tenía que dar un puntapié. Y así danzamos, mientras la banda tocaba con gran frenesí, en tomo a la sala de baile; uno, dos, tres, puntapié; uno, dos, tres, puntapié. Mis alumnos no tuvieron ninguna dificultad para seguir este sencillo movimiento y rodeamos el espacioso salón una y otra vez con gran estilo, con todas las túnicas crujendo al unísono. Yo contaba los pasos y gritaba «puntapié» en el momento apropiado, a fin de que les fuera más fácil seguir el compás; al parecer, tomaron mis gritos por una parte de la danza, como una especie de cántico religioso

inseparable de ella, porque todos empezaron a gritar a coro. El efecto en nuestra muy considerable audiencia fue descomunal: chillando de alegría, otros miembros del séquito del fon, unas cuarenta de sus esposas y varios de sus hijos mayores corrieron a unirse a la columna de consejeros danzarines y cada nuevo participante no sólo se sumaba al baile, sino también al cántico.

—¡Uno, dos, tres, puntapié! —gritaban los consejeros.

—¡Uno, dos, tres, YARR! —gritaban las esposas.

—¡Oh, do, tre, YARR! —chillaban los niños.

El fon no quiso perderse este baile. Se levantó del trono con gran esfuerzo y, apoyado en dos servidores, se puso en la cola; sus puntapiés no coincidían exactamente con el movimiento rítmico del resto de nosotros, pero no por ello se divirtió menos. Los guíé alrededor de la sala de baile hasta marearme y sentir que toda la estructura vibraba bajo los puntapiés y los gritos. Entonces, pensando que era necesario un poco de aire fresco, los conduje hacia la puerta y al exterior. Formando una línea sinuosa e interminable, subimos y bajamos escaleras, entramos y salimos de patios, atravesamos extrañas chozas, de hecho, atravesamos todo lo que ofrecía paso libre. La banda, para no ser menos, nos siguió a toda prisa, corriendo y sudando con profusión, pero sin perder el ritmo ni un solo momento. Por fin, más por suerte que por un sentido de orientación, volví a conducir a mis seguidores a la sala de baile, donde nos desplomamos en un montón jadeante y estremecido por las risas. El fon, que se había caído dos o tres veces durante el recorrido, fue acompañado de nuevo hasta su trono, radiante y sin aliento.

—Bonito baile —proclamó—, ¡bonito, bonito!

—¿Gustarte? —pregunté, respirando con fuerza.

—Gustarme demasiado —respondió, contundente—. Tú tener mucha energía; nunca haber visto baile europeo como éste.

No me sorprendió; pocos europeos pasan su tiempo libre en África Occidental enseñando a bailar la conga a caciques nativos y sus cortesanos. No me cabe duda de que, si me hubieran visto durante aquel baile, me habrían acusado de haber deteriorado más el prestigio del hombre blanco en media hora que cualquier otro en toda la historia de la Costa Occidental. Sin embargo, mi conga parecía haber incrementado mi prestigio ante el fon y su corte.



—¡Uno, dos, tres, puntapié! —murmuró el fon—. Una canción muy bonita.

—Ser una canción muy especial —observé.

—¿Ah, sí? —dijo él, asintiendo con la cabeza—. Ser muy bonita.

Permaneció un rato sentado en su trono en actitud reflexiva; la banda volvió a tocar y los bailarines a danzar y yo recobré el aliento y ya empezaba a sentirme bastante orgulloso de mí mismo cuando mi compañero se despertó de repente y dio una orden. Una muchacha de unos quince años se separó de los bailarines y se acercó a la tarima donde nos encontrábamos. Era rechoncha y su piel untada de aceite relucía; como sólo llevaba un taparrabos diminuto, pocos de sus encantos quedaban a cargo de la imaginación. Se acercó con timidez, sonriente, y el fon alargó la mano y la agarró por la muñeca. Entonces, con un rápido tirón y un giro del brazo, la catapultó hasta mi falda, donde se sentó convulsionada por una serie de risitas.

—Esta mujer ser para ti —anunció el fon, con un ademán imperioso de su enorme mano—. Bonita. Ser hija mía. Tú casarte con ella.

Decir que me sobresalté no es decir nada; más bien me horroricé. Mi anfitrión se hallaba en aquel estado feliz que precede a la beligerancia y yo sabía que debía formular mi negativa con mucho tacto si no quería estropear la buena impresión de la velada. Miré a mi alrededor, desconcertado, y me fijé por primera vez en que muchos miembros del auditorio llevaban lanzas. La banda había dejado de tocar y todos me miraban con expectación, mientras mi anfitrión tenía los ojos vidriosos fijos en mí. Me era imposible saber si me ofrecía a la muchacha como esposa o si este término se usaba como un eufemismo para sugerir algo menos delicado. Sea como fuere, tenía que rehusar: dejando aparte todo lo demás, la chica no era mi tipo. Me lamí los labios, carraspeé e hice lo que pude. Primero agradecí cortésmente al fon la bondadosa oferta de su bien untada hija, cuyos setenta y pico de kilos eran de momento una pesada carga para mis rodillas. Sin embargo, sabía que él estaba bien versado en las estúpidas costumbres de mis compatriotas y por ello conocía la imposibilidad de que un hombre (por mucho que lo deseara) pudiera tener más de una esposa en Inglaterra. El fon asintió con aires de enterado al oír esto. Por lo tanto, continué, me veía obligado a rechazar su generosísimo ofrecimiento porque ya tenía una esposa en Inglaterra y sería ilegal, además de arriesgado, volver con otra. De no estar ya casado, proseguí con elocuencia, nada me habría gustado más que aceptar su obsequio, casarme con la muchacha e instalarme en Bafut para el resto de mi vida.

Con gran alivio por mi parte, una fuerte ronda de aplausos saludó mi discurso y el fon lloró un poco porque no podía realizarse tan hermoso sueño. Durante la ovación, dejé resbalar de la falda a mi morena amiga, le di una palmada en el trasero y la devolví riendo a la pista de baile. Con la sensación de haber contribuido bastante en una sola noche a la causa de las relaciones diplomáticas, sugerí que diéramos la fiesta por terminada. El fon y su séquito me acompañaron al patio principal, donde el primero insistió en enlazarme por la cintura y bailar la conga Durrell una vez más. El gentío se apartó y nosotros bailamos alrededor de la plaza, dando puntapiés, gritando,

asustando a todos los murciélagos fruteros de los mangos y provocando los ladridos de todos los perros en muchos kilómetros a la redonda. Al llegar a la escalera, nos despedimos llorosamente y me detuve unos momentos para verles cruzar el patio bailando una sinuosa conga. Entonces subí los setenta y cinco escalones, pensando con nostalgia en la cama. Arriba me esperaba un Ben lleno de reprobación, provisto de una linterna.

—*Sah*, llegar unos cazadores —anunció.

—¡Cómo! ¿A esta hora? —pregunté, sorprendido, porque eran más de las tres.

—Sí, *sah*. ¿Querer que yo despedirlos?

—¿Ellos traer buey? —inquirí, esperanzado, con visiones de un ejemplar muy raro.

—No, *sah*. Querer hablar con *masa*.

—Está bien. Traer aquí —dije, desplomándome sobre una silla.

En seguida Ben hizo entrar a cinco confusos cazadores, todos ellos armados con lanzas. Al parecer habían estado en la fiesta aquella noche y oído el discurso del fon; como vivían en una aldea situada a cierta distancia, pensaban que sería mejor verme antes de volver a su casa para saber con exactitud qué clase de animales deseaba. Encomié su celo, distribuí cigarrillos y saqué libros y fotografías. Los examinamos durante mucho rato, mientras les explicaba qué animales me interesaban más y cuánto estaba dispuesto a pagar por ellos. Cuando ya se iban, un cazador se fijó en un dibujo que estaba sobre la cama y que no les había enseñado.

—¿*Masa* querer esta clase de buey? —preguntó, señalando.

Miré hacia el dibujo y luego al hombre; parecía haber hablado muy en serio.

—Sí —contesté con énfasis—. Yo querer esta clase de buey, quererlo demasiado. ¿Por qué? ¿Tú conocerlo?

—Sí, *sah* —respondió el cazador—. Conocerlo bien.

Mostré el dibujo a los demás.

—Mirarlo con atención —dije.

Todos miraron fijamente el trozo de papel.

—Ahora decir la verdad. ¿Conocer este buey? —volví a preguntar, intentando reprimir mi excitación.

—Sí, *sah* —contestaron—. Nosotros conocerlo bien.

Me quedé mirándolos como si fueran seres de otro mundo. Su casual identificación del grabado, tan inesperada, me había dejado atónito, porque el animal que representaba era una especie de la que deseaba apoderarme hacía mucho tiempo, tal vez el anfibio más notable del mundo, conocido por los científicos como *Trichobatrachus robustus* y por los demás mortales como rana peluda.

En este punto parece indicada una pequeña explicación. Durante una visita previa al Camerún me había empeñado en capturar a algunos de estos fantasmagóricos seres sin el menor éxito. Por aquel entonces operaba en los bosques de las tierras bajas y todos los cazadores a quienes enseñé el grabado negaron rotundamente la existencia

de semejante animal. Me dirigieron miradas compasivas cuando insistí, tomándolo como un ejemplo más de la actitud curiosamente desequilibrada del hombre blanco porque, ¿acaso no sabía todo el mundo que las ranas no tenían pelo? Los animales tenían pelo, las aves tenían plumas, pero las ranas sólo tenían piel. Como por lo visto era evidente para ellos que aquel ser no existía, no se molestaron en buscarlo pese a las enormes recompensas que ofrecí por su captura. ¿De qué servía buscar a un monstruo mítico, una rana peluda? Pasé muchas noches agotadoras en el bosque, vadeando ríos en busca del elusivo anfibio, pero sin resultado, y llegué a creer que, a pesar de los libros de texto, los cazadores tenían razón: aquel ser no se encontraba en los bosques de las tierras bajas. Me desilusionó tanto el desprecio y la burla que cualquier mención de la rana peluda provocaba entre las tribus de las tierras bajas, que en mi segundo viaje me abstuve de enseñar el dibujo, creyendo que los cazadores de las tierras altas compartirían la misma opinión de sus parientes de los grandes bosques. De ahí mi excitación y asombro cuando el joven cazador, sin ser interrogado, identificó al fabuloso animal y además quiso saber si me gustaría tener algunos ejemplares.

Interrogué con detalle a los cazadores, temblando como un sabueso que ha encontrado el rastro. Sí, afirmaron por tercera vez, conocían al animal; sí, tenía pelo; sí, era fácil de atrapar. Cuando pregunté dónde se hallaba, hicieron amplios ademanes, indicando que los bosques rebosaban de ellos. Con ojos brillantes, pregunté si sabían en qué lugar determinado se podía encontrar a las ranas. Sí, conocían una «pequeña agua» a unos tres kilómetros de distancia donde solían ser vistas de noche. Esto fue suficiente para mí. Salí corriendo a la galería y proferí un rugido. Los sirvientes salieron a empujones de su choza, con los ojos turbios, medio dormidos, y se congregaron en la galería.

—Este cazador saber dónde encontrar esta rana y yo pagar bien por su captura —expliqué—, así que ir a cogerla en seguida.

—¿Ahora, *sah*? —inquirió Ben, horrorizado.

—Sí, ahora, ahora; sólo tener que coger bolsas y linternas.

De prisa, de prisa.

—¿En plena noche? —preguntó Ben con voz débil, porque le gustaba mucho dormir.

—Sí, ahora mismo. No te quedes ahí bostezando, *ve a buscar linternas y bolsas*.

El personal, reacio, ojeroso y bostezando, obedeció y se dispersó arrastrando los pies. Jacob, el cocinero, se quedó un momento para explicarme que él era cocinero y no cazador y que no veía por qué tenía que cambiar de vocación a las cuatro de la madrugada.

—Amigo mío —dije con firmeza—, si no tener bolsa y linterna dentro de cinco minutos, mañana no ser ni cazador ni cocinero, ¿entendido?

Se apresuró a seguir a los demás en busca de su equipo de cazador. En media hora volví a reunir a mi soñolienta cuadrilla y partimos por el camino húmedo de rocío a la

búsqueda de las ranas peludas.



CAPÍTULO 5

A LA CAZA DE LAS RANAS PELUDAS

A la tenue luz de las estrellas emprendimos la marcha por el polvoriento sendero, cuyos bordes de hierba resplandecían, empapados de rocío. No había luna, lo cual era una gran suerte: cuando se caza de noche con linterna, la luna estorba en vez de ayudar porque proyecta sombras extrañas entre las que la presa puede desaparecer, aparte de que debilita el rayo de la linterna.

El pequeño grupo de cazadores iba delante, muy desvelados y entusiastas, mientras mi bien remunerado personal los seguía arrastrando los pies por el polvo y bostezando a pleno pulmón. Sólo Jacob —quien había decidido que, puesto que la caza era inevitable, lo mejor sería poner a mal tiempo buena cara— caminaba a mi lado. De vez en cuando miraba por encima del hombro con una risita despreciativa al oír a sus espaldas un bostezo más ruidoso de lo normal.

—Esa gente no tener nunca energía —comentó con desdén.

—Seguramente olvidar que yo pagar cinco chelines por la captura de esta rana —expliqué en voz alta y con mucha claridad.

Mi voz se propagó bien por el tranquilo aire de la noche e inmediatamente cesaron los bostezos, los pasos dejaron de arrastrarse y la columna de la retaguardia se despertó del todo. Cinco chelines eran una gran suma por una rana.

—Yo no olvidar —dijo Jacob, dirigiéndome una sonrisa astuta.

—Estar convencido de ello —repliqué con severidad—. Tú ser el Shylock menos escrupuloso de toda el África Occidental.

—Sí, *sah* —convino Jacob sin inmutarse.

Era imposible desconcertar al muchacho: si no comprendía lo que se le decía, optaba por estar de acuerdo con todo para no equivocarse.

Caminamos unos dos kilómetros por el mismo sendero y entonces los cazadores tomaron una senda estrecha entre la alta hierba, resbaladiza por el rocío, que conducía

zigzagueando a la ladera de una colina. A nuestro alrededor, en la húmeda selva de hierba, croaban ranas diminutas y cantaban los grillos como un millón de metrónomos liliputienses; una vez revoloteó desde el borde de la senda una mariposa nocturna, grande y pálida, y mientras ganaba altura, elevándose en espiral, un chotacabras salió de las sombras, rápido y silencioso como una flecha, y oí el clic de su pico al mismo tiempo que la mariposa desaparecía. El ave dio media vuelta y voló colina abajo tan quedamente como había hecho aparición. Cuando alcanzamos la cumbre de la colina, los cazadores me informaron de que el pequeño riachuelo a que se habían referido fluía por el valle que teníamos ante la vista. Se trataba de una hendidura profunda, estrecha y sombría entre las dos colinas, suaves como nalgas, y la línea sinuosa del río estaba marcada por un fleco oscuro de pequeños árboles y arbustos. Mientras descendíamos hacia la penumbra del valle llegó hasta nosotros el sonido del agua, que gorgoteaba y rompía contra las rocas de su cauce, y la superficie del sendero se convirtió en arcilla pegajosa que producía ruidos de succión en torno a nuestros pies, que resbalaban y se deslizaban por la pendiente.

El río bajaba por el valle, formando espuma en cada desnivel ancho y poco hondo, sembrado de piedras; en el borde de cada escalón había una diminuta cascada, tal vez de dos metros de altura, una columna de agua que se precipitaba hacia una laguna circular rodeada de rocas, donde se arremolinaba en un nido de burbujas plateadas antes de proseguir su curso entre las rocas del cauce hacia la siguiente cascada. La alta hierba se curvaba al borde del río en despeinadas guedejas de pelo dorado y entre las piedras relucientes crecían delicados helechos y minúsculas plantas incrustadas en un espeso musgo que se extendía por doquier como una capa de terciopelo verde. En las márgenes, andando de puntillas, correteaba un gran número de cangrejos pequeños, rosados y color de chocolate que, cuando nuestras linternas los enfocaban, levantaban las pinzas en son de amenaza y retrocedían con precaución infinita hacia los agujeros practicados por ellos mismos en la arcilla roja. Docenas de minúsculas mariposas blancas alzaban el vuelo entre la hierba cuando nosotros la pisábamos y cruzaban el río como una nube de copos de nieve. Nos pusimos en cuclillas al borde del agua para fumar y discutir nuestro plan de campaña. Los cazadores explicaron que el mejor sitio para buscar ranas eran los remansos que seguían a las cascadas, pero que también se encontraban bajo las piedras planas de las partes menos profundas. Decidí que lo mejor sería separarnos y formar una hilera de una margen a otra que fuera subiendo por el río, levantando todas las piedras movibles y escudriñando cada rincón y cada grieta que pudiera alojar a una rana peluda. Y así lo hicimos durante una hora, ascendiendo poco a poco hacia el manantial del río, salpicando a nuestro paso el agua helada y poco profunda, resbalando al pisar las rocas húmedas, enfocando las linternas hacia cualquier posible escondite y levantando con infinito cuidado las piedras sueltas.

Abundaban los cangrejos, que se escabullían entre las rocas, emitiendo chasquidos, y las ranas en forma de bala y un vivo color verde que saltaban al agua

con ruidosos chapuzones, asustándonos; una oscilante cortina de polillas minúsculas revoloteaba por doquier y pequeños murciélagos entraban y salían de los rayos luminosos de nuestras linternas, pero no se veía ninguna rana peluda. En general, caminábamos en silencio; nos acompañaban las cien diferentes voces del río mientras fluía por su cauce, el zumbido de los grillos en la larga hierba, el grito ocasional de un pájaro sobresaltado por la luz de las linternas y gorgoteos de succión, seguidos de un chapoteo, cuando uno de nosotros daba la vuelta a una piedra en un lugar profundo. Una vez, cuando trepábamos por un pequeño risco sobre el que bajaba una cascada como una palpitante cortina de encaje, nos asustó un fuerte grito y el choque de algo contra el agua. Al dirigir nuestra batería de luces hacia el borde de la cascada, vimos a Jacob, que había sido el último en escalar el risco y había pisado una serpiente de agua que estaba enroscada en un hueco. Aterrado, intentó saltar, pero sin mucho éxito, porque se hallaba precariamente situado sobre el risco a un metro y medio del suelo. Cayó en el remanso de la cascada y emergió indemne pero empapado y con los dientes castañeteando de frío por la inmersión en las gélidas aguas.

Por el este, el cielo evolucionaba lentamente del negro al verde pálido al acercarse el amanecer y aún no habíamos encontrado a nuestro esquivo anfibio. Los cazadores, que estaban muy deprimidos por nuestro fracaso, explicaron que era inútil continuar la búsqueda cuando se hiciera de día, porque entonces la rana no saldría de su escondite. Esto significaba que sólo nos quedaban dos horas para encontrar su pista y capturarla y, aunque continuamos subiendo río arriba, yo estaba convencido de que la suerte no nos favorecería y no lograríamos nuestro propósito. Al final, mojados, fríos y sin ánimos, llegamos a un valle ancho y llano, cubierto de riscos que el agua sorteaba como una serpiente. En ciertos puntos se formaban entre las rocas charcos tranquilos y profundos y, como el lecho era llano, el movimiento de las aguas fluía con lentitud y regularidad y el río había doblado su anchura. Las rocas, esparcidas de modo irregular, todas ladeadas en ángulos peculiares, como lápidas sepulcrales gigantes y arcaicas, se veían negras bajo el cielo estrellado. Cada una de ellas estaba tapizada de musgo y de las grandes plantas de las begonias silvestres.

Habíamos recorrido más o menos la mitad de este valle cuando decidí detenerme para fumar un cigarrillo. Me acerqué a un pequeño remanso parecido a un espejo negro, rodeado de peñascos, elegí una piedra seca y lisa donde sentarme, apagué la linterna y me senté a saborear mi cigarrillo. Los rayos de las linternas de mis acompañantes centelleaban entre las rocas mientras continuaban subiendo por el valle y el chapoteo de sus pies en el agua no tardó en perderse entre numerosos sonidos nocturnos que me rodeaban. Cuando terminé de fumar, hice saltar la colilla en el aire y la vi describir un arco, como una luciérnaga, y caer en la charca, donde se extinguió con un silbido. Casi inmediatamente, algo saltó al agua con un fuerte chapoteo y en la superficie negra y lisa aparecieron mil rizos plateados. Encendí con rapidez mi linterna y enfoqué el agua, pero no vi nada. Entonces dirigí el rayo hacia las rocas

cubiertas de musgo que formaban el borde de la charca y allí, a menos de un metro de donde yo me encontraba, sentada en el mismo borde de una roca, estaba una gran rana reluciente de color de chocolate, con las gruesas ancas y el costado recubiertos de una espesa maraña que parecía pelo.



Permanecí quieto sin atreverme a respirar, porque la rana estaba encaramada en el borde extremo de la roca que dominaba el remanso; alerta y suspicaz, tenía las patas en posición de salto. Si la asustaba, saltaría directamente de la roca a las aguas oscuras y entonces no existiría la menor esperanza de atraparla. Durante casi cinco minutos permanecí inmóvil como las piedras que me rodeaban y poco a poco, a medida que se acostumbraba a la luz, la rana peluda se fue relajando. En un momento dado cambió ligeramente de posición y entornó los ojos húmedos; entonces me sobrecogió el pánico, porque pensé que iba a saltar, pero volvió a quedarse quieta y yo exhalé un suspiro de alivio. Mientras la observaba, forjé un plan: primero, tenía que cambiar la linterna de la mano derecha a la izquierda sin alarmarla y luego debía inclinarme hacia adelante hasta que mi mano estuviera lo bastante cerca de su rechoncho cuerpo para arriesgarme a cogerla. El traslado de la linterna me causó una gran angustia, porque ella contempló la maniobra con ojos fijos y suspicaces; una vez realizado el cambio, permanecí inmóvil unos minutos para que volviera a tranquilizarse y luego, con enorme precaución, moví lentamente la mano ahuecada en su dirección. Me moví milímetro a milímetro hasta que tuve la mano justo encima de su cuerpo y entonces respiré hondo y la descargué sobre la rana. Cuando bajé la mano, ella saltó, pero no fue lo bastante rápida y mis dedos la cogieron por una resbaladiza pata trasera. Sin embargo, no iba a dejarse atrapar sin lucha y, mientras profería un penetrante grito, agitó frenéticamente la otra pata trasera, rascando el dorso de mi mano con sus uñas. Sentí como si me arañasen con varias agujas y en mi piel aparecieron unos profundos surcos que se enrojecieron al afluir la sangre. Me sorprendió tanto este ataque inesperado de un animal que había considerado completamente inofensivo, que debí aflojar un poco la presión. La rana se agitó y retorció con más fuerza que antes, su pata húmeda resbaló entre mis dedos, oí un chapoteo cuando cayó al agua y vi formarse los rizos. Mi rana peluda se había escapado.

Tenía el corazón en un puño, si es posible describirlo así. Una larga colección de frases expresivas y extravagantes acumuladas en el curso de los años parecía insulsa e insuficiente para describir aquella catástrofe. Intenté soltar una o dos, pero eran una débil indicación de mis sentimientos. Al cabo de tanto tiempo había llegado a estar frente a frente con una rana peluda, después de oír siempre que no existía; tras muchas horas de inútil búsqueda había tenido al animal a mi alcance y, por culpa de mi estupidez, lo había dejado escapar. Trepé a un alto risco para ver dónde se hallaban mis cazadores; vi centellear sus linternas a pocos kilómetros valle abajo y proferí el grito prolongado que usaban ellos para comunicarse entre sí. Cuando me contestaron, les conminé con voz estentórea a volver cuanto antes porque había encontrado el buey que estábamos buscando. Entonces bajé de la roca y examiné cuidadosamente la charca, que debía medir unos tres metros de longitud por dos de anchura en el punto más dilatado. Se alimentaba y vaciaba mediante dos canales muy angostos entre las rocas y decidí que si los bloqueábamos y la rana continuaba en la

laguna, existía una buena posibilidad de volver a capturarla. Cuando llegaron mis jadeantes cazadores, y les expliqué lo ocurrido, hicieron chasquear los dedos y gruñeron de rabia al oír que la rana se había escapado. Sin embargo, pusimos en seguida manos a la obra y no tardamos en bloquear los canales de entrada y salida de la charca con montones de piedras planas. Entonces dos de los cazadores se situaron sobre las rocas y dirigieron nuestra batería de linternas hacia el agua para poder trabajar con luz. Primero medí la profundidad del agua con el largo mango del cazamariposas y comprobé que era de unos sesenta centímetros; el fondo consistía en grava gruesa y piedras pequeñas, un terreno que ofrecía múltiples escondites para la rana. Jacob, yo mismo y dos cazadores nos desnudamos completamente y nos deslizamos en el agua helada; Jacob y yo en un extremo de la laguna y los dos cazadores en el otro. Con gran lentitud avanzamos hacia el centro, doblados por la cintura para tocar y remover con los dedos de manos y pies todas las piedras del fondo. Al poco rato, cuando llegamos al centro de la charca, uno de los cazadores profirió un chillido de alegría y agarró como pudo algo que se movía en el agua, casi perdiendo el equilibrio y cayendo de bruces.

—¿Qué pasar?, ¿qué pasar? —preguntamos todos, muy excitados.

—La rana —farfulló el cazador—, pero huir corriendo.

—¿Tú no poder agarrarla? —inquirió Jacob, furioso, entre el castañeteo de sus dientes.

—Correr en dirección a *masa* —dijo el cazador, señalándome.

Aún no había terminado de hablar cuando sentí que algo se movía junto a mis pies descalzos, así que me agaché y busqué frenéticamente bajo el agua. En el mismo momento, Jacob emitió un grito estridente y se zambulló en el agua, mientras uno de los cazadores intentaba atrapar como podía algo que nadaba entre sus piernas. Toqué con la mano un cuerpo liso y rechoncho que escarbaba en la arena cerca de mis pies y lo agarré; al mismo tiempo Jacob emergió del agua, escupiéndome, jadeando y agitando un brazo en señal de triunfo mientras apretaba en la mano una voluminosa rana. Vino hacia mí, salpicándome todo de agua, para enseñarme su captura y cuando me alcanzó, yo ya me enderezaba con mi propia presa en las manos. Eché una rápida ojeada entre mis dedos y vislumbré las gruesas ancas de la rana cubiertas por una espesa capa de una sustancia parecida al pelo; era una rana peluda. Entonces miré la captura de Jacob y vi que también había atrapado una. Después de felicitarnos mutuamente, metimos con mucho cuidado nuestras ranas en una honda bolsa de tela suave y atamos bien el cordón. Unos instantes después, el cazador que buscaba con frenesí entre sus piernas se enderezó con un grito de alborozo, agitando por la pata otra rana peluda.

Animados y entusiasmados por nuestro éxito, volvimos a zambullirnos en la charca y la escudriñamos concienzudamente, pero no encontramos más ranas. Entonces, el borde del horizonte oriental ya se teñía de azul pálido, moteado de oro, y en el cielo sobre nuestras cabezas palidecían y se extinguían las últimas estrellas mientras franjas de verde jade aparecían sobre el azul. Era evidente que ya se había

hecho demasiado tarde para continuar la caza, pero me sentía satisfecho de los resultados. Mientras los africanos se ponían en cuclillas sobre las rocas, riendo y charlando, para fumar los cigarrillos que yo había distribuido, me sequé apenas con el pañuelo y me vestí con mis prendas, empapadas por el rocío. La cabeza me dolía con ensañamiento, en parte, supongo, por la excitación de la captura, pero sobre todo por culpa de la fiesta del fon. No obstante, en la euforia del triunfo no me importaba la fría humedad de mis ropas ni el dolor de cabeza. Sumergí en el agua la bolsa que contenía las ranas peludas hasta que estuvo bien mojada y fresca; entonces la envolví en hierba húmeda y la coloqué en el fondo del cesto.



Cuando llegamos a la cumbre de la colina, el sol apareció sobre las montañas distantes e inundó el mundo con una luz dorada y frágil. La larga hierba se inclinaba bajo el peso de la humedad; mil arañas minúsculas habían tejido sus redes entre los tallos y estas redes habían recogido durante la noche innumerables gotas de rocío que brillaban al sol como copos blancos y azules. Docenas de grandes langostas saltaban entre nuestros pies y corrían por la hierba con un chirrido y un centelleo de alas purpúreas y varios abejorros de un azul eléctrico, peludos como osos, formaban un coro de murmullos sobre un grupo de pálidas orquídeas amarillas que crecían al amparo de una gran roca. El aire era limpio y fresco y olía al perfume de las flores, la hierba, la tierra y el rocío. Los cazadores, felices porque las actividades nocturnas habían sido coronadas por el éxito, entonaron una canción mientras bajaban en fila india por el sendero, una cadenciosa melodía bafutiana que interpretaban con gran inspiración; los sirvientes se sumaron al coro y Jacob marcó el ritmo golpeando con los dedos una lata del equipo de recolección, a guisa de acompañamiento. Así regresamos a Bafut, cantando a pleno pulmón, mientras Jacob improvisaba ritmos cada vez más complicados en su tambor casero.



Mi primer trabajo, cuando por fin llegamos a casa, fue preparar una caja de hojalata bastante profunda para alojar a las ranas; la llené de agua fresca y coloqué unas cuantas piedras en el fondo para que sirvieran de escondite. Asigné dos ranas a esta caja, y metí la tercera en un gran tarro de mermelada que puse sobre la mesa mientras desayunaba para poder contemplar mi captura con ojos admirativos entre bocado y bocado.

Mi rana peluda era, en comparación con otras ranas, muy grande: con las patas dobladas habría llenado un platillo sin que sobrara mucho espacio. Tema la cabeza ancha y bastante plana, ojos muy saltones y la boca de una amplitud extraordinaria. El color de la parte superior del cuerpo era el del chocolate oscuro, moteado en algunos puntos de marrón más oscuro, casi negro; el vientre era blanco, un poco rosado en la parte inferior y en el interior de las ancas. Los ojos, muy grandes y negros como el azabache, tenían una filigrana de marcas doradas. Lo más asombroso del animal —el pelo— se limitaba a los costados y los muslos, donde crecía tupido y negro hasta medir casi un centímetro. En realidad, este adorno no es pelo, sino que consiste en finos y alargados filamentos cutáneos que examinados de cerca parecen los tentáculos de una anémona marina. Sin embargo, hasta que se estudia muy a fondo este ser, la ilusión de que sus cuartos traseros están cubiertos de una tupida capa de pelo es completa. En el agua, este pelo se eriza y flota como las algas y es así como mejor se ve, pues cuando la rana está fuera del agua, el pelo parece una maraña

gelatinosa.

Ha habido una gran controversia, desde que la rana fue descubierta por primera vez, sobre la utilidad concreta de esta singular e hirsuta decoración, pero ahora se cree que los filamentos actúan como una ayuda para la respiración. Hasta cierto punto, todas las ranas respiran por la piel, es decir, la piel absorbe oxígeno de la humedad del cuerpo. Por lo tanto, la rana tiene, por así decirlo, dos aparatos respiratorios: la piel y los pulmones. De este modo, respirando a través de la piel, la rana puede permanecer sumergida en el agua durante períodos considerables. En el caso de la rana peluda, el gran número de filamentos le presta un área cutánea muy incrementada, lo cual representa una gran ayuda para su respiración. Al principio hubo considerables dudas en cuanto a la función exacta de los pelos de la rana peluda debido a que sólo los tiene el macho; la hembra presenta la piel lisa de cualquier rana comente. Esto hacía suponer que los pelos eran puramente ornamentales y no útiles, porque parecía ridículo que el macho necesitara el pelo para respirar como es debido, mientras la hembra llevaba una existencia bien aireada sin esta clase de ayuda. No obstante, tan insólita discrepancia tuvo pronto una explicación: se descubrió que el macho pasaba su vida sumergido en el agua, mientras la hembra llevaba una vida puramente terrestre durante la mayor parte del año y sólo se metía en el agua en la época de celo. Así quedó explicado el enigma: la hembra vivía casi siempre en tierra y usaba los pulmones para respirar, mientras que el marido acuático encontraba de gran utilidad los pelos porque vivía la mayor parte del tiempo bajo el agua.

Aparte de esta particularidad, lo más curioso de esta rana es que posee, en los carnosos dedos de cada pata trasera, un surtido de uñas blancas, largas y semitransparentes; estas uñas son retráctiles como las del gato y cuando no se usan desaparecen dentro de los dedos. Que son afiladas y útiles lo probaban los arañazos de mi mano. Yo diría que la utilidad de estas armas es doble: primero, son un medio de defensa, y segundo, una herramienta útil que permite al anfibio sujetarse a las resbaladizas rocas de las rápidas corrientes donde habita. Al ser atrapadas, las ranas agitaban frenéticamente las patas traseras y las uñas salían de sus fundas, al tiempo que proferían curiosos gruñidos estridentes, una mezcla del gruñido satisfecho del cerdo y los gritos de un ratón torturado, un sonido de asombrosa sonoridad y muy apto para sobresaltar cuando uno no se lo espera.

Mis ranas peludas se instalaron muy bien en su gran caja de hojalata y, tras numerosas cacerías nocturnas, aumenté su número hasta siete, todas machos con los más enmarañados lomos. Durante muchas semanas removí cielo y tierra para encontrarles algunas hembras, pero todo fue en vano. Entonces, un día apareció en la galería una simpática anciana de unos noventa y cinco años, cargada con dos calabazas: una contenía una pareja de musarañas y la otra una gran rana peluda hembra. Fue la única hembra de la especie que conseguí obtener, por lo que le prodigamos el correspondiente cuidado y atención especial. Su aspecto semejaba al del macho, con la diferencia de que la piel era más seca y rugosa, y el color, de un

brillante rojo de ladrillo con manchas de chocolate. Se acomodó, muy feliz, junto a sus siete pretendientes e incluso adoptó sus costumbres. Durante el día todas yacían en el agua, sumergidas casi totalmente, dispuestas a zambullirse al fondo de la caja si alguien se acercaba; en cambio, por la noche eran más valientes y solían saltar a las rocas de que las había proveído y donde se sentaban resollándose entre sí con expresiones ausentes. Durante todo el tiempo que las tuve conmigo en África y el largo viaje por mar hasta Inglaterra, las ranas se negaron tercamente a comer todos los tentadores bocados que les puse delante. Sin embargo, como estaban gordas en exceso, este largo ayuno no me preocupó demasiado, ya que la mayoría de reptiles pueden pasar períodos muy prolongados sin alimento alguno y sin que ello signifique un perjuicio para su salud.

Cuando llegó el momento de abandonar Bafut y viajar al campamento base y de allí a la costa, coloqué a las ranas en una caja de madera poco profunda, cubierta de hojas frescas de banana. La caja tenía que ser poco honda porque de lo contrario las ranas, al asustarse, saltarían y se golpearían su delicada nariz contra la tapa de madera, lo cual no podían hacer en una jaula baja. Me causaron muchas molestias en el viaje desde Bafut y muchos momentos de ansiedad; en las tierras altas el clima es fresco y agradable, pero a medida que se desciende a los bosques de las tierras bajas, uno se siente inmerso en un baño turco y este cambio no gustó nada a las ranas. Cuando abrí la caja durante una de nuestras paradas, me horroricé al encontrar a todas mis ranas peludas en el fondo, exánimes y al parecer sin vida. Bajé corriendo a un barranco próximo y sumergí la caja en un río. El agua fresca revivió poco a poco a cuatro, pero tres habían alcanzado un punto irreversible y no tardaron en morir, así que me quedé con tres machos y la hembra. Durante el resto del viaje tuve que detener el camión cada cinco o seis kilómetros a fin de sumergir la caja de las ranas en un arroyo para reanimar a sus inquilinos y sólo de este modo conseguí que llegaran vivas al campamento base. Allí, sin embargo, descubrí otro problema: no habían podido saltar ni estropearse la nariz, pero habían intentado escarbar en las esquinas de la caja, pelándose toda la piel de la nariz y el labio superior. Esto era muy grave, porque una vez dañada la delicada piel de la nariz de la rana, aparece en seguida una peligrosa llaga que se extiende como una úlcera maligna, la cual puede llegar a devorar todo el labio y la nariz. Tuve que crear a toda prisa una nueva caja para ellas, también poco honda, pero completamente forrada por dentro, parte superior, fondo y lados, con una tela suave rellena de algodón. La jaula parecía una pequeña celda acolchada y en ella las ranas prosiguieron muy bien el viaje, porque tanto si saltaban como si escarbaban, no podían hacerse daño contra la blanda superficie. Manteniéndolas más secas que de costumbre, logré curar sus narices peladas, pero siempre conservaron unas pálidas cicatrices blancas sobre la piel.

Cuando por fin dejamos el campamento base y viajamos a la costa para coger el barco, el trayecto fue una pesadilla. Hacía un calor increíble y la caja de las ranas peludas se secaba con gran rapidez. Intenté llevarla dentro de un recipiente lleno de

agua, pero los caminos eran tan malos que a los pocos metros el agua ya se había derramado casi toda. La única alternativa era detener el camión junto a un arroyo cada media hora y mojar bien la caja. A pesar de ello, uno de los machos sucumbió, de modo que sólo llegaron al barco tres ranas peludas. La fresca brisa marina las revivió y parecían estar sanas, aunque muy delgadas a causa de su huelga de hambre, que continuó hasta que llegamos a Inglaterra y algún tiempo después de su instalación en el pabellón de reptiles del zoológico londinense. Tal como yo había hecho, el cuidador trató de tentarlas con toda clase de exquisitos bocados, pero ellas continuaron negándose a comer. De pronto un día, más o menos como un último recurso, les puso en la jaula varios ratoncitos blancos recién nacidos y, ante su sorpresa, las ranas cayeron sobre ellos y los devoraron como si los ratones fueran su comida favorita. A partir de entonces vivieron con esta dieta de mamífero, rechazando todos los alimentos propios de las ranas, como langostas y gusanos de harina. Parece sumamente improbable que en estado salvaje vivan exclusivamente de ratones recién nacidos, así que debe de ser que los ratones les recordaban el alimento que estaban acostumbradas a ingerir, aunque sigue siendo un misterio en qué consistía.



CAPÍTULO 6

SERPIENTES Y CHELINES

El discurso del fon en la ceremonia de recolección de la hierba produjo los resultados más asombrosos e inmediatos. Por la tarde del día siguiente, intenté paliar los efectos de la fiesta acostándome un par de horas para recuperar el sueño perdido y cuando me desperté, decidí que un poco de té me ayudaría a recobrar mi amabilidad acostumbrada, por lo que dejé la cama casi tambaleándome y me dirigí a la puerta con la intención de gritar mis instrucciones a la cocina desde la galería. Abrí la puerta y me quedé petrificado, preguntándome si se trataría de un sueño, al ver la galería literalmente cubierta por una fantástica colección de sacos, cestos de hoja de palma y calabazas, todos los cuales temblaban y se estremecían levemente, mientras atadas a los extremos de cuatro o cinco largas cañas de bambú apoyadas en la pared se retorcían furiosas sendas serpientes. La galería se parecía más a un mercado nativo que a cualquier otra cosa. Sentado en cuclillas en el primer escalón, Jacob me miraba con el ceño fruncido y expresión de censura.

—¿*Masa* despertarse? —dijo con voz triste—. ¿Por qué *masa* despertarse?

—¿Qué ser todo esto? —pregunté, indicando con un amplio ademán la colección de cestos y sacos.

—Bueyes —respondió sucintamente Jacob.

Examiné las ataduras de las serpientes para cerciorarme de que no se soltarían.

—¿Qué hombres traer todos estos bueyes? —inquirí, bastante aturdido por la profusión de contribuciones.

—Esos hombres traerlos —contestó Jacob con igual laconismo, señalando hacia el fondo de la escalera.

Me acerqué a él y vi que los setenta y cinco escalones que conducían a la villa y gran parte del camino estaban atestados de una gran variedad de bafutianos de ambos sexos y todas las edades. Debían de ser unos ciento cincuenta y todos me miraban, inmóviles y extrañamente silenciosos. En general, un pequeño grupo de cuatro o cinco africanos puede hacer más ruido que cualquier otra raza de la tierra y sin embargo aquel gran gentío parecía compuesto de sordomudos, tal era el silencio que reinaba entre ellos. Semejante quietud se me antojó muy enigmática.

—¿Qué ocurrirles? —pregunté a Jacob.

—¿*Sah*?

—¿Por qué no hacer ruido, eh?

—¡Ah! —exclamó Jacob, comprendiendo al fin—. Yo decirles que *masa* dormir.

Éste fue el primero de muchos ejemplos de la cortesía y los buenos modales del pueblo bafutiano que me sorprenderían durante mi estancia allí. Descubrí que habían permanecido casi dos horas bajo el candente sol, reprimiendo su natural exuberancia para no perturbar mi sueño.

—¿Por qué no despertarme antes? —pregunté a Jacob—.

¿No saber que ser malo hacer esperar a estos animales, eh?

—Sí, *sah*. Yo sentirlo, *sah*.

—Muy bien. Vamos a ver qué traerme.

Cogí el primer cesto y miré su interior: contenía cinco ratones de pelaje color jengibre pálido, vientres blancos y largas colas. Tendí el cesto a Jacob, el cual lo llevó a la escalera y lo sostuvo en el aire.

—¿Quién traer este buey? —gritó.

—Yo traerlo —dijo una mujer con voz estridente.

Se abrió paso hasta la galería, regateó conmigo sin aliento durante cinco minutos y después volvió a bajar por la escalera, estrujando el dinero en el puño apretado.

El siguiente cesto contenía dos deliciosas lechuzas. Tenían manchitas grises y negras y en torno a los ojos un trozo del más níveo blanco ribeteado de negro, que les daba aspecto de llevar grandes gafas con montura de asta. Cuando me vieron, cerraron los picos con un clic y bajaron sus largas pestañas sobre los fieros ojos dorados, y al tratar yo de cogerlas, se acostaron de espaldas, presentando sus grandes garras y profiriendo sonoros gritos. Eran muy jóvenes y en algunos lugares aún las cubría el algodonoso plumaje de la infancia, dando la impresión de que habían sido sorprendidas por una tormenta de nieve. Nunca puedo resistirme a las lechuzas, pero aquellas dos eran francamente adorables. Pertenecían a la especie cariblanca y eran algo nuevo en mi colección, así que tenía un motivo excelente para comprarlas.



El próximo ejemplar era una ardilla que creó un alboroto considerable. Se hallaba metida en una bolsa de hoja de palma y en cuanto la abrí, salió disparada como un resorte, me mordió la mano y escapó hacia el otro extremo de la galería. Jacob la persiguió y al verle acercarse, la ardilla corrió hacia un lado y después escaleras abajo, sorteando hábilmente a las docenas de piernas negras que le interceptaban el paso. El pánico que creó fue tremendo: los que estaban en el primer escalón dieron un salto para evitarla, perdieron el equilibrio y cayeron sobre los del peldaño siguiente. Éstos cayeron a su vez sobre los que tenían detrás, que fueron derribados como la hierba bajo la hoz. En cuestión de segundos la escalera quedó cubierta por una *masa* ondulante de cuerpos, brazos y piernas que sobresalían en los ángulos más inverosímiles. Llegué a convencerme de que la infortunada ardilla moriría aplastada bajo la avalancha humana, pero ante mi sorpresa apareció al final de la escalera al parecer indemne, agitó la cola un par de veces y huyó por el camino a un veloz trote, dejando tras de sí una escena que parecía la versión negra de la matanza en la escalinata de Odessa. En la parte superior de la escalera, yo era presa de una furia impotente mientras luchaba por introducirme entre la *masa* de africanos, porque la ardilla era un ejemplar raro y estaba decidido a no dejarla escapar. Cuando había llegado a media escalera, alguien me agarró por el tobillo y caí de repente sobre un voluminoso cuerpo que, a juzgar por los trozos que podía ver, era el de una hembra. Miré, desesperado, hacia el camino mientras procuraba ponerme otra vez en pie y vi con alegría que avanzaban por él unos veinte muchachos que, al ver a la ardilla, se pararon en seco, lo cual hizo que el animal se inmovilizara y los olfateara con suspicacia.

—¡Eh, vosotros, los del camino! —grité—. ¡Coger ese buey!

Los muchachos soltaron sus fardos y se aproximaron con decisión a la ardilla, que les echó una mirada, dio media vuelta y huyó. Ellos se lanzaron en su persecución, cada uno resuelto a capturar al roedor. La ardilla corría mucho, pero no podía competir con las largas piernas de sus perseguidores. La alcanzaron todos a la vez, con rostros tensos y llenos de determinación. Entonces, ante mi horrorizada mirada, se lanzaron en bloque sobre mi precioso ejemplar y por segunda vez la ardilla desapareció bajo un enorme montón de gesticulantes africanos. Pensé que ahora la pobre bestia moriría aplastada sin remedio, pero por lo visto era indestructible. Cuando el revoltijo del camino se separó un poco, uno de los muchachos se enderezó

sosteniendo a la ardilla, jadeando pero chillando como un energúmeno, por el cogote.

—¡*Masa!* —llamó, mirándome con expresión radiante—. ¡Yo cogerla!

Le lancé una bolsa para que metiera en ella al animal, que pasaron después por la escalera hasta que llegó a mis manos.

Puse a la ardilla en una jaula con toda celeridad a fin de poder examinarla y asegurarme de que no había sufrido ningún daño, pero parecía estar muy bien, aunque de muy mal humor. Era una ardilla de orejas negras, quizá una de las más hermosas del Camerún. Las partes superiores tenían un color verde aceituna y el vientre, un amarillo anaranjado. En los costados había una línea de puntos blancos del hombro a las ancas y un ribete de piel negra marcaba el borde de cada oreja, dándole el aspecto de no habérselas lavado por detrás. Pero la parte más hermosa de su peluda anatomía era la cola, larga y extraordinariamente espesa: las partes superiores eran de un marrón verdoso leonado, mientras que las inferiores destacaban por el anaranjado más vivo que pueda imaginarse. Ya dentro de la jaula, meneó varias veces la deslumbrante cola en mi dirección y luego se sentó para dedicarse a la solemne tarea de devorar un mango que yo había puesto a su alcance. La observé afectuosamente, pensando en su rápida huida y en mi satisfacción por haberla recuperado. Si hubiera sabido cuántas molestias iba a causarme en el futuro, quizá habría acogido su captura con mucho menos entusiasmo.

Volví a centrar mi atención en los diversos recipientes que llenaban la galería y levanté al azar una gran calabaza. Como de costumbre, tapaba la boca un apretado manojo de hojas verdes; lo quité y miré hacia dentro, pero la calabaza tenía tanta capacidad y estaba tan oscura, que no pude ver lo que contenía. La llevé a la escalera y la alcé en el aire.

—¿Dónde está el hombre que traer esta calabaza? —pregunté.

—¡Ser yo, *sah*, traer yo!—gritó uno desde la mitad de la escalera.

Siempre me asombraba que los africanos supieran distinguir sus propias calabazas entre centenares de otras. Exceptuando la diferencia de tamaño, yo las veía todas iguales, y en cambio los africanos sabían a primera vista cuál era la suya y cuál pertenecía a otro cazador.

—¿Qué hay dentro? —pregunté, balanceando con negligencia la calabaza por su cuerda.

—Una serpiente, *sah* —respondió el hombre y yo repuse sin pérdida de tiempo la tapadera de hojas verdes.

—¿Qué clase de serpiente, amigo mío?

—La *Gera, sah*.

Consulté mi lista de nombres locales y vi que esto significaba una víbora de hoja verde. Se trataba de una especie muy hermosa y corriente en Bafut y ya poseía varias de ellas. Medían unos cuarenta y cinco centímetros y eran de un color verde hierba de extraordinario brillo, con vientre amarillo y anchas franjas blancas en diagonal a los lados. Me llevé la calabaza para volcar a la recién llegada en la caja poco honda,

tapada con una gasa, en la que guardaba las víboras. Ahora bien, pasar una serpiente de una calabaza a una jaula es una de las operaciones más sencillas siempre que se observen una o dos reglas fundamentales. Primero hay que asegurarse de que cualquier otra inquilina de la jaula está alejada de la puerta. Así lo hice. Y segundo, saber cuántas serpientes hay en la calabaza antes de empezar a volcarla. Y esto no lo hice.

Abrí la puerta de la jaula, destapé la calabaza y la agité con suavidad. A veces es preciso agitar mucho para que salga la serpiente porque suele enroscarse dentro y apretarse contra los lados, dificultando así la tarea de desprenderla. Jacob se hallaba detrás de mí, respirando con fuerza contra mi nuca, y a sus espaldas había un sólido muro de africanos, mirando con la boca abierta. Agité la calabaza con suavidad y no ocurrió nada. La agité un poco más, con el mismo resultado. Jamás había visto a una víbora adherirse con tal tenacidad al interior de un receptáculo. Con cierta irritación, sacudí la calabaza vigorosamente y al instante se rompió en dos. Un intrincado nudo de víboras de hoja verde, compuesto de una media docena de serpientes grandes, robustas y enfadadas, cayó dentro de la jaula con un golpe seco que sólo puede describirse como repugnante.

Estaban trenzadas entre sí, formando una bola tan grande y compacta que en lugar de caer por la puerta de la jaula quedaron encalladas en ella, lo cual no me permitía cerrarla. Entonces, con una gracia que no tuve tiempo de admirar, se desenroscaron y deslizaron directamente hacia el borde de la puerta y hasta el suelo, donde se separaron en abanico con una precisión casi militar y se aproximaron a nosotros. Jacob y los africanos que se apiñaban detrás de él desaparecieron con la sorprendente rapidez de un número de magia. No podía culparles, porque ninguno de ellos llevaba zapatos. Sin embargo, yo tampoco iba equipado para flirtear con una tribu de víboras, pues sólo vestía unos pantalones cortos y calzaba un par de sandalias. Además, mi único armamento consistía en las dos mitades de la calabaza rota, que no son de mucha utilidad a la hora de vérselas con una serpiente. Dejando a los reptiles en plena posesión de la galena, corrí a mi dormitorio, donde encontré un palo; armado de esta guisa, salí de nuevo a la galería con pasos cautelosos. Las serpientes se habían esparcido mucho, de ahí que fueran muy fáciles de acorralar, sujetar con el palo y levantarlas del suelo. Las eché en la jaula una por una y después cerré la puerta y corrí el cerrojo con un suspiro de alivio. Los africanos reaparecieron con la misma celeridad con que se habían desvanecido, charlando, riendo y chasqueando los dedos mientras se describían mutuamente el gran peligro que habían corrido. Yo clavé una mirada severa en mi proveedor de serpientes.

—¡Tú! —le interpele—. ¿Por qué no decirme que haber muchas serpientes en esa calabaza, eh?

—¡Cómo! —exclamó sorprendido—. Yo decir *masa* que haber serpiente dentro.

—Serpiente, sí. *Una* serpiente. No decirme que haber seis dentro de la calabaza.

—Yo decir *masa* que haber serpiente dentro —repitió con indignación.

—Yo preguntarte qué buey traer —expliqué, paciente— y tú decir «serpiente», pero no que haber seis. ¿Cómo saber yo cuántas serpientes tú traer, eh? ¿Crear acaso que yo ser mago y saber cuántas serpientes tú cazar?

—Ser estúpido —terció Jacob—. Serpiente poder morder a *masa* y *masa* morir. ¿Qué hacer tú entonces, eh?

Me volví hacia Jacob.

—Me he fijado que te has distinguido por tu ausencia, mi noble y heroico amigo.

—¡Sí, *sah!* —exclamó Jacob, radiante.

Ya había caído la noche cuando pagué al último cazador y me quedé solo con un surtido tan variado de animales vivos que enjaularlos a todos me mantuvo ocupado hasta las tres de la madrugada y entonces me encontré con cinco grandes ratas para las que no tenía ninguna caja. Me vi obligado a soltarlas en mi dormitorio, donde pasaron toda la noche intentando roer la pata de la mesa.

A la mañana siguiente, en cuanto me hube levantado, limpié y alimenté a mi abundante colección y pensé que probablemente no me traerían nada más aquel día. Pero me equivoqué. Por lo visto, los bafutianos se habían consagrado con toda su buena fe a la tarea de proporcionarme ejemplares y a las diez el camino y los setenta y cinco escalones volvían a estar llenos de negros y yo, desesperado, tuve que empezar a regatear de nuevo por sus capturas. A la hora de almorzar ya resultaba evidente que el suministro de animales excedía con mucho mis existencias de madera y cajas para fabricarles jaulas, así que no tuve más remedio que emplear a un equipo de niños para que recorrieran Bafut y compraran todas las cajas y listones de madera que pudieran encontrar. Los precios que debí pagar por las cajas fueron exorbitantes, porque cualquier recipiente, ya fuera una botella, una lata abollada o una caja, valía su peso en oro para el africano.

A las cuatro de la tarde, tanto yo como mis ayudantes estábamos exhaustos y nos había mordido tantas veces y en tantos lugares una tal variedad de animalitos que cualquier mordedura adicional pasaba casi desapercibida. Toda la villa rebosaba de animales que chillaban, gorjeaban, pateaban y saltaban dentro de sus calabazas, sacos y cestos mientras nosotros trabajábamos con frenesí para construirles jaulas. Fue una de aquellas jornadas que uno prefiere no recordar. A medianoche nos sentíamos tan agotados, que apenas podíamos mantenemos despiertos y aún nos faltaban unas diez jaulas; un tazón de té, rociado generosamente con whisky, nos infundió un falso entusiasmo por nuestra tarea que nos ayudó a continuar, y hacia las dos y media pusimos el último clavo y metimos al último animal en su nuevo alojamiento. Mientras me arrastraba hasta la cama, sabía que me esperaba la horrible perspectiva de levantarme a las seis de la mañana si quería tener limpios y alimentados a todos mis especímenes antes de que llegara la remesa siguiente.

El nuevo día fue, si cabe, peor que la víspera, porque los bafutianos empezaron a llegar antes de que hubiese acabado de atender a mi colección. No hay nada más exasperante que esforzarse por limpiar y alimentar a varias docenas de animales

cuando veinte o treinta más han llegado en recipientes antihigiénicos y mal ventilados y exigen a gritos que se les atienda. Mientras miraba por el rabillo del ojo el montón de calabazas y cestos que no cesaba de crecer en la galería, el número de jaulas que aún debía arreglar y limpiar parecía multiplicarse, hasta que sentí lo que debió de sentir Heracles cuando dio la primera ojeada a los establos de Augias.

Cuando hube terminado el trabajo pronuncié un discurso desde el final de la escalera antes de comprar nuevos ejemplares a los bafutianos congregados en el patio. Observé que durante los dos últimos días me habían traído una enorme cantidad de bueyes de todos los tamaños, formas y descripciones. Esto probaba que los bafutianos eran con mucho los mejores cazadores que había conocido en mi vida y les estaba muy agradecido. Sin embargo, proseguí, debían comprender que había un límite para la cantidad de bueyes que yo podía comprar y alojar en un solo día, por lo que les agradecería mucho que dejaran de cazar por espacio de tres días a fin de darme tiempo para terminar las jaulas y hacer acopio de comida. Añadí que no tenía sentido comprarles bueyes si después se morían por falta de un alojamiento adecuado; sería sencillamente un despilfarro. El africano es ante todo un hombre de negocios y esta observación suscitó un asentimiento unánime y un coro de «¡Arrrrr!». Después de hacerles comprender así la situación y, esperaba, de concederme a mí mismo una tregua de tres días, compré los animales que me habían traído y me dediqué una vez más a la tarea de construir jaulas.

A las cuatro de la tarde el trabajo ya estaba bajo control y me senté a tomar una taza de té. Al asomarme poco después a la baranda de la galería, vi abrirse de repente la puerta arqueada de la pared de ladrillos y aparecer en el umbral al fon en persona, que atravesó el patio a grandes zancadas, haciendo ondear y crujir su túnica. Tenía el ceño fruncido y hablaba en voz baja con expresión preocupada. Como era evidente que se dirigía a visitarme, bajé la escalera para salir a su encuentro.

—*Iseeya*, amigo mío —saludé cortésmente.

—¡Amigo mío! —exclamó a su vez, envolviendo mi mano en la suya y escudriñando mi rostro—. Alguien decirme que tú no volver a comprar bueyes. ¿Ser cierto?

—No, no ser cierto —contesté.

—¡Ah! ¡Bien, bien! —exclamó con alivio—. Yo temer que ya tener bastantes bueyes y tú irte de este lugar.

—No, no ser esto —expliqué—. El pueblo de Bafut ser demasiado buen cazador y traerme tantos bueyes que yo no tener jaulas para ellos. Por esto decirles que no cazar durante tres días, para yo tener tiempo de hacer más jaulas.

—¡Ah! [Comprender ahora! —dijo el fon, dedicándome una afectuosa sonrisa—. Yo temer que tú dejamos.

—No, yo no abandonar Bafut.

El fon miró a su alrededor con aires de conspirador y entonces, rodeándome cariñosamente los hombros con un brazo, me llevó hacia el camino.

—Amigo mío —dijo en un ronco susurro—, yo encontrarte un buey. Un buey magnífico, imposible de conseguir.

—¿Qué clase de buey? —pregunté con curiosidad.

—Un buey —concretó el fon— que a ti gustarte *demasiado*. Ir los dos a cazarlo ahora, ¿eh?

—¿Aún no cazarlo nunca?

—No, amigo mío, pero yo saber dónde esconderse.

—Está bien. Conque ir a cazarlo ahora, ¿eh?

Me condujo con impaciencia a través del gran patio y por un laberinto de estrechos pasillos hasta que llegamos a una pequeña choza.

—Esperar un momento aquí, amigo mío, yo volver en seguida —dijo, desapareciendo en la penumbra de la choza.

Esperé fuera, preguntándome adonde habría ido y qué clase de buey habría descubierto. Su actitud misteriosa convertía el asunto en algo muy intrigante.

Cuando reapareció al cabo de un rato, tardé un momento en reconocerle. Se había despojado de la túnica, el casquete y las sandalias y ahora iba desnudo, con un minúsculo y níveo taparrabos. En una mano sostenía una lanza, larga y esbelta. Su cuerpo delgado y musculoso brillaba de aceite y llevaba los pies descalzos. Se me acercó, haciendo girar la lanza con pericia profesional y radiante al contemplar mi sorpresa.

—Tú conseguir nuevo cazador —dijo, riendo—. Ahora llamarme sabueso de Bafut, ¿eh?

—Creer que este cazador ser el mejor de todos —lo adulé, sonriéndole.

—Yo saber cazar muy bien —convino, asintiendo con la cabeza—. A veces mi pueblo pensar que yo ser demasiado viejo para ir a selva. Amigo mío, cuando un hombre tener ojos, nariz y sangre de cazador, *nunca* ser demasiado viejo para ir a selva, ¿verdad que no?

—Tú decir verdad, amigo mío.

Me condujo por el camino durante casi un kilómetro y de pronto torció hacia unos campos de maíz. Caminaba a grandes pasos, dando vueltas a la lanza y tarareando por lo bajo, volviéndose hacia mí de vez en cuando con una sonrisa traviesa que iluminaba sus facciones. Al cabo de un rato dejamos los campos, pasamos por un bosquecillo de palmas mimbo, oscuro, misterioso y lleno del susurro de las frondas, y empezamos a ascender por la dorada ladera de la colina. Una vez en la cumbre, el fon se detuvo, clavó la lanza en el suelo, cruzó los brazos y contempló la vista. Yo me había detenido en la ladera para coger varios caracoles de delicados matices; cuando llegué a la cima, el fon parecía haberse sumido en un trance. Luego suspiró profundamente y, volviéndose hacia mí, sonrió y abrió los brazos.

—Hermoso paisaje —observó—. Hermoso, mi país.

Asentí con la cabeza y permanecimos en silencio unos minutos, admirando la vista. A nuestros pies se extendía un mosaico de campos pequeños, verdes, plateados

y marrones, interrumpidos por sotos de mimbo y alguna que otra franja de tierra roja que había sido labrada hacía poco. Esta pequeña área cultivada era como un pañuelo de colores tendido sobre la tierra y olvidado allí, rodeado por doquier de un gran océano de montañas con cumbres doradas y valles manchados de sombra por el sol poniente. El fon miró lentamente a su alrededor con una expresión entre afectuosa y puerilmente satisfecha. Suspiró de nuevo, esta vez con complacencia.

—¡Hermoso! —murmuró.

Entonces arrancó la lanza de la tierra y me precedió hasta el próximo valle, tarareando una melodía.

El valle era llano y poco profundo, poblado por un bosque de árboles enanos, algunos de sólo tres metros de altura. Muchos desaparecían totalmente bajo una inmensa capa de convólulos, torres chatas de temblorosas hojas y flores color de marfil. El valle había absorbido la luz solar y el aire cálido era fragante y dulzón por el perfume de flores y hojas. Un zumbido soñoliento y constante salía de los millares de abejas que revoloteaban en torno a las flores; un pájaro diminuto y anónimo llenó el valle con su melodioso gorjeo hasta que cesó de improviso, mientras el zumbido de las abejas se apagaba en tomo a los árboles en el suave túnel de las flores de convólulo. El fon observó un momento los árboles y luego avanzó por la hierba sin hacer ruido para encontrar una atalaya mejor donde la vista del bosque no estuviera tan obstaculizada por los convólulos.

—Bueno, allí nosotros ver al buey —susurró, señalando los árboles—. Ahora sentamos y esperar un poco.

Se puso en cuclillas y esperó en una relajada inmovilidad; yo me senté a su lado y encontré mi atención dividida en partes iguales entre su contemplación y la de los árboles. Como éstos continuaban carentes de vida, me concentré en mi compañero. Con la lanza muy derecha en sus grandes manos, tenía en el rostro una expresión ávida y esperanzada, como la de un niño ante el telón de un teatro de marionetas. Cuando había aparecido en el umbral de aquella pequeña choza de Bafut, me dio la impresión de haberse despojado no sólo de sus ropajes y abalorios de estadista, sino también del porte majestuoso que parecía tan inherente a su carácter. Allí, agazapado en aquel valle tranquilo y cálido, empuñando su lanza, semejaba un cazador más con la vista fija en los árboles, a la espera de la presa cuya llegada consideraba segura. Sin embargo, me di cuenta mientras le miraba de que no era un cazador más; había en él algo diferente que no sabía definir. De pronto se me ocurrió qué era: un cazador del montón se habría mantenido acurrucado allí, paciente, un poco aburrido, porque había hecho lo mismo muchas veces. En cambio el fon esperaba con los ojos brillantes y una media sonrisa en los labios anchos y comprendí que estaba disfrutando a fondo. Me pregunté en cuántas ocasiones se habría cansado en su vida de sus ceremoniosos consejeros y devotísimos súbditos y encontrado sus ropas calientes y molestas y sus zapatos puntiagudos apretados e incómodos. Tal vez le vencía a veces el impulso de sentir la suave tierra rojiza bajo los pies desnudos y el

aire sobre su cuerpo libre de vestiduras y se iba a hurtadillas a su choza para vestir el taparrabos de un cazador y caminar por las colinas empuñando su lanza, tarareando y deteniéndose en las cumbres para admirar las bellezas del país que estaba bajo su gobierno. Recordé las palabras que me había dicho hacía un rato: «Cuando un hombre tener ojos, nariz y sangre de cazador, nunca es demasiado viejo para ir a la selva.» Decidí que sin duda el fon pertenecía a esta clase de hombres, pero entonces mis meditaciones sobre su carácter fueron interrumpidas, porque de repente se incorporó y me agarró del brazo, señalando los árboles con un largo dedo.

—Ya llega —murmuró, con el rostro arrugado por mil sonrisas.

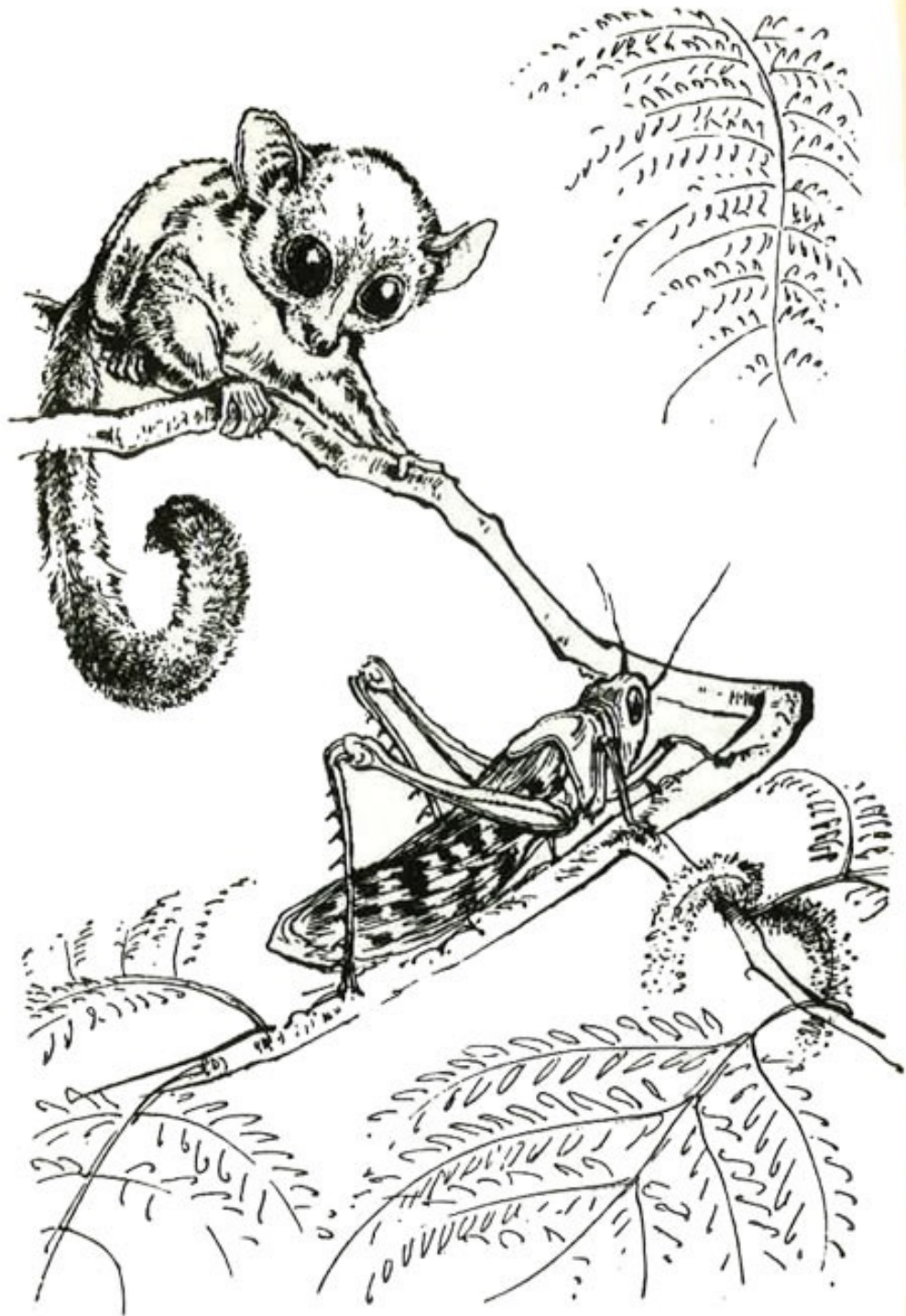
Seguí la dirección de su dedo y durante un momento sólo pude ver una confusa telaraña de ramas. Luego se movió algo y vi el animal que habíamos esperado.

Llegó por la espesura del ramaje con toda la gracia suave y etérea del vilano del cardo. Cuando se aproximó, descubrí que su aspecto coincidía exactamente con mi idea de un duende: estaba recubierto de un pelo gris verdoso y tenía una cola larga, esbelta y peluda. Las manos, rosadas, eran grandes para su tamaño y los dedos, larguísimos y afilados. Las orejas eran grandes y de piel tan fina que parecían casi transparentes; estas orejas daban la impresión de tener vida propia porque se retorcían y volvían de manera independiente, a veces arrugándose y doblándose contra la cabeza como si fueran un abanico y otras enderezándose como anémicos aros de Etiopía. La cara del pequeño animal estaba dominada por un par de inmensos ojos negros que habrían apabullado a cualquier lechuza respetable. Además, el animalito era capaz de torcer la cabeza y mirar hacia atrás del mismo modo que una lechuza. Corrió hasta el extremo de una rama delgada que apenas cedió bajo su peso y permaneció inmóvil, agarrado a la corteza con sus dedos largos y finos, mirando a su alrededor con los enormes ojos y emitiendo un bajo y confuso chirrido. Sabía que se trataba de un gálgalo, pero por su aspecto parecía surgido de un cuento de hadas.

Durante un minuto permaneció sentado en la rama, gorjeando vagamente en voz baja, y de pronto sucedió algo asombroso. Los árboles se poblaron de gálgalos, gálgalos de todos los tamaños y edades que oscilaban entre los que apenas medían más que una nuez y adultos que podían caber con comodidad dentro de un vaso corriente. Saltaban de rama en rama, agarrando las hojas y ramitas pequeñas con sus manos grandes y delgadas, gorjeando entre ellos y mirando a su alrededor con la inocencia atónita de un ejército de querubines. Las crías, que parecían compuestas casi únicamente de ojos, se mantenían muy cerca de sus progenitores y de vez en cuando se enderezaban sobre las patas traseras y alzaban las minúsculas manos rosadas, con los dedos muy abiertos, como horrorizados de la maldad que veían en el mundo de hojas que los rodeaba.

Mientras yo los contemplaba, una de estas crías descubrió que se hallaba sentada en la misma rama que una grande y succulenta langosta. Atardecía, el insecto estaba soñoliento y tardó en intuir el peligro. Antes de que pudiera hacer nada, la cría de gálgalo había bajado rápidamente por la rama y sujetado con firmeza a la langosta.

Ésta se despertó del todo y decidió que debía actuar. Era un insecto de gran tamaño, en realidad, casi tan grande como la cría de gálago; además, poseía un par de patas traseras largas y musculosas, con las que empezó a patear vigorosamente. Era fascinante contemplar aquel combate: el gálago apretaba con desesperado esfuerzo a la langosta entre sus largos dedos e intentaba morderla. Cada vez que iba a hacerlo, la langosta agitaba con frenesí las patas traseras y hacía perder el equilibrio a su adversario, que se caía de la rama y quedaba colgado de ella por las patas. Cuando esto se hubo repetido varias veces, decidí que el gálago debía tener suelas adhesivas. Y aun colgado cabeza abajo y sufriendo en el estómago los puntapiés de la voluminosa langosta, conservaba su expresión de asombrada inocencia.



El fin de la lucha fue inesperado: cuando colgaban cabeza abajo, la langosta dio un puntapié de inusitada violencia y las patas del gálgalo se desprendieron de la rama, por lo que ambos cayeron abrazados por entre las hojas. Mientras daban tumbos en dirección a la tierra, el gálgalo soltó una mano de la cintura de la langosta y se agarró a una rama con la fácil agilidad de un acróbata consumado. Se izó hasta la rama y decapitó de un mordisco a la langosta antes de que el insecto se recobrar lo suficiente para continuar la lucha. Sosteniendo con una mano el cuerpo sin cabeza, pero todavía en movimiento, el gálgalo masticó la cabeza del insecto con evidente fruición y, sentado, con el cuerpo retorcido en la mano, lo contempló ladeando la cabeza y profiriendo gritos de excitación y placer. Cuando el cadáver dejó de moverse y las grandes patas traseras quedaron inmovilizadas por la muerte, el gálgalo las arrancó, una tras otra, y se las comió. Era ridículo su parecido con un viejo y diminuto *gourmet* empuñando el muslo de un pollo gigante.

El valle se sumió pronto en la sombra y se hizo difícil ver a los gálgalos entre las hojas, aunque podíamos oír sus suaves chirridos. Nos levantamos con los músculos entorpecidos y regresamos por la ladera de la colina. En la cima, el fon se detuvo a mirar el bosque del fondo y sonrió, complacido.

—¡Vaya buey! —exclamó, riendo—. Gustarme demasiado. Todo el rato hacerme reír con sus gracias.

—Ser un bonito buey —asentí—. ¿Cómo llamarlo vosotros?

—En Bafut lo llamamos *Chelín* —respondió el fon.

—¿Tú creer que algún día mis cazadores coger alguno?

—Mañana tú tener alguno —prometió el fon, pero no quiso decirme cómo lo capturaría ni quién.

Llegamos a Bafut al anochecer y cuando el fon volvió a ir decentemente vestido, vino a mi casa a tomar un trago. Al desearle buenas noches, le recordé la promesa de procurarme algunos gálgalos.

—Sí, amigo mío, yo no olvidar —contestó—. Yo conseguirte algunos *Chelines*.

Pasaron cuatro días y empecé a pensar que o bien lo había olvidado o los animalitos resultaban más difíciles de atrapar de lo que el fon imaginara. Entonces, al quinto día por la mañana, cuando me llevaron el té, vi sobre la bandeja un pequeño cesto de rafia de colores vivos. Levanté la tapadera y miré, soñoliento, hacia el interior, y cuatro pares de ojos enormes, húmedos e inocentes me miraron con expresiones dulces e inquisitivas.

Era un cesto de *Chelines* de parte del fon.



CAPÍTULO 7

EL «QUE-FONG-GOO»

Las praderas estaban pobladas por una rica variedad de reptiles y la mayoría parecían fáciles de cazar. En los bosques de las tierras bajas se veía raramente algún reptil, ni siquiera cuando se buscaban. *Había* serpientes, por supuesto, pero creo que estaban muy dispersas y es probable que la mayor parte de las especies fuesen arborícolas, lo cual dificultaba su localización y captura. En las montañas, en cambio, la hierba estaba animada por ranas y pequeños roedores y en los trozos de bosque montañoso pululaban las aves, así que era un paraíso para las serpientes. Había grandes cobras negras, manabas verdes, esbeltas serpientes arborícolas de ojos enormes e inocentes, la polícroma víbora del Gabón, que tiene un cuerno curvo, parecido al del rinoceronte, sobre la nariz, y muchas otras. Además de las serpientes, abundaban los sapos y ranas; el tamaño de estas últimas oscilaba entre el de la rana peluda y el de las diminutas ranas de árbol, pequeñas como una bellota, algunas moteadas y rayadas con tan deslumbrante surtido de colores que se parecían más a deliciosos dulces que a un anfibio. Los sapos eran en general bastante ordinarios, pero lo compensaban decorándose con extraños grupos de verrugas y protuberancias en sus cuerpos y una asombrosa variedad de colorido en los ojos.

Sin embargo, los reptiles más comunes eran los lagartos, que podían encontrarse por doquier; entre la larga hierba del borde del camino se deslizaban gruesos estincos sobre sus patas chatas, de color beige, plateado y negro, y por las paredes de las chozas, en el camino y en las rocas saltaban y asentían con la cabeza los agamas, adornados con todos los colores del arco iris. Bajo la corteza de los árboles o bajo las piedras se encontraban pequeños geos de grandes ojos dorados y cuerpos marcados con limpias y decorativas franjas en chocolate y crema, y en el interior de las casas los geos domésticos, traslúcidos y fantasmales como perlas rosas, desfilaban por el

techo durante la noche.

La población local me llevó en una u otra ocasión todos estos reptiles. A veces era una serpiente atada de cualquier modo al extremo de un palo o una calabaza llena de ranas que no paraban de tragar saliva. Otras, la captura estaba cuidadosamente envuelta en el sombrero o la camisa del cazador o colgaba de una cuerda fina. Usando estos métodos precarios y peligrosos me traían animales como cobras, mambas y víboras del Gabón y aunque los cazadores conocían su carácter letal, los trataban con un descuido que me llenaba de asombro. En general, el africano no bromea con las serpientes y prefiere considerar venenosas todas las especies, sólo para ir sobre seguro, por lo que resultaba sorprendente, por no decir otra cosa, ver a los bafutianos manejarlas con tal falta de precauciones. Todavía me sorprendió más cuando descubrí que el reptil más temido por todos ellos era completamente inofensivo.

Un día me hallaba cazando con los sabuesos de Bafut y durante nuestra caminata llegamos a un extenso valle de hierba situado a un kilómetro de la aldea. Los sabuesos se habían diseminado para tender las redes y, mientras los esperaba, me senté en la hierba para fumar un cigarrillo. De pronto un ligero movimiento atrajo mi atención hacia la izquierda y al bajar la vista vi a un reptil cuyo aspecto me arrancó una exclamación; hasta entonces había tenido la impresión de que el lagarto más polícromo de las praderas era el agama, pero en comparación con el que estaba a mi alcance entre la hierba, el agama era tan soso e incoloro como un puñado de masilla. Sin atreverme a mover un solo dedo, por si el maravilloso animal se escurría entre la hierba, permanecí muy quieto hasta que él decidió considerarme inofensivo y lenta y lánguidamente se arrastró hasta el sol, donde se quedó contemplándome con sus ojos veteados de oro. Vi que se trataba de un estinco vulgar, pero uno de los mayores y más polícromos que había visto nunca. Permaneció muy quieto, disfrutando del sol matutino, así que tuve mucho tiempo para examinarlo.

Medía, incluyendo la cola, unos treinta centímetros de longitud y unos cinco de anchura en su parte más voluminosa. Tenía la cabeza corta y ancha, y patas pequeñas pero fuertes. Su colorido y dibujo eran tan deslumbrantes e intrincados que es casi imposible describirlos. Para empezar, las escamas eran grandes y algo levantadas, por lo que todo el cuerpo daba la impresión de haber sido construido de mosaico con mucha inteligencia. La garganta mostraba franjas longitudinales en blanco y negro, la coronilla era de un color rojizo, tirando a herrumbroso, mientras las mejillas, el labio superior y la barbilla eran de un rojo vivo. El color dominante del cuerpo era un negro brillante, contra el que los demás tonos destacaban con gran fuerza. Desde el ángulo de la mandíbula hasta las patas delanteras tenía rayas de un rojo cereza, separadas entre sí por rayas más estrechas compuestas de escamas blancas y negras. La cola y la parte exterior de las patas estaba moteada de blanco, siendo las manchitas muy finas y pequeñas en las patas y tan tupidas en la cola que en algunos puntos formaban franjas verticales. En el lomo las rayas eran blancas y de un amarillo

canario y, por si esto fuera poco, las rayas amarillas eran interrumpidas a intervalos regulares por una serie de escamas rosadas. Todo el reptil era lustroso y brillante, como si acabaran de barnizarlo y el barniz aún no estuviera seco.

Mientras el estinco y yo nos observábamos mutuamente, yo me ocupaba de elaborar un plan para su captura. El cazamariposas se hallaba a unos seis metros de distancia, pero igual habría podido estar en Inglaterra por la utilidad que iba a prestarme, ya que el estinco no me permitiría ir a buscarlo. A sus espaldas se extendía una jungla ilimitada de hierba alta y en cuanto echara a correr hacia ella, desaparecería para siempre. En aquel momento, para mi consternación, oí volver a los sabuesos. Sabía que debía actuar rápidamente, ya que su proximidad asustaría al reptil. Me levanté con gran lentitud y el estinco alzó la cabeza, alarmado; cuando el primer sabueso se aproximó a grandes pasos por la hierba, me abalancé con desesperación sobre el estinco, que estaba en una ligera desventaja respecto a mí, porque después de verme inmóvil durante un cuarto de hora, no esperaba que me lanzase por el aire como un halcón. Pero mi ventaja fue sólo pasajera, ya que se recobró con celeridad de su sorpresa y, cuando yo aterricé sobre la hierba con un golpe seco, él se escabulló a un lado en agilísimo regateo. Rodé por el suelo y alargué la mano en dirección a la forma huidiza y justo entonces el sabueso llegó al claro y vio mi movimiento. En lugar de acudir en mi ayuda, como yo esperaba, profirió un prolongado grito, saltó sobre mí y procedió a arrastrarme lejos de mi presa. El estinco se deslizó entre la densa selva de hierba y desapareció; yo me desasí de la firme mano del sabueso y me encaré con él hecho una furia.

—¡Bosquimano! —le increpé—. ¿Por qué hacer esta tontería?

—*Masa* —dijo el sabueso, agitado, haciendo chasquear los dedos—, ese buey ser malo, muy malo. Si morder a *masa*, *masa* morir en el acto.

Hice un esfuerzo para controlar mi irritación. Sabía desde hacía mucho tiempo que, pese a todos los argumentos, los africanos se aferraban tenazmente a la creencia de que algunas inofensivas especies de reptil escupían un veneno mortal, por lo que resistí la tentación de decir al sabueso que era un perfecto idiota y opté por otra táctica.

—¿Cómo llamáis a ese buey? —pregunté.

—Lamarlo *Que-fong-goo, sah*.

—Vosotros decir que ser demasiado venenoso, ¿eh?

—No haber tiempo para nada, *masa*. Ser un buey muy malo.

—Escucha, estúpido, tú olvidar que los europeos tener medicina para esa clase de buey, ¿eh? Tú olvidar que si este buey morderme, yo no morir, ¿eh?

—Sí, *masa*, yo olvidar esto.

—Y venir corriendo como una mujer, pegar alaridos y sujetarme hasta que el buey escapar porque tú olvidar esto, ¿eh?

—Sentirlo mucho, *sah*.

Golpeé su lanoso cráneo con un dedo.

—La próxima vez, amigo mío —dije severamente—, tú pensar con el cerebro antes de hacer una cosa así, ¿entendido?

—Entendido, *sah*.

Cuando los otros sabuesos llegaron a la escena, les describimos el incidente y todos profirieron exclamaciones e hicieron chasquear los dedos.

—¡Ua! —gritó uno con admiración—. *Masa* no tener miedo.

Intentar cazar un *Que-fong-goo*.

—Y Uano cazar a *masa* —dijo otro, y todos rieron a mandíbula batiente.

—Ay, Uano, tú tener suerte hoy. Un día *masa* matarte por hacer una cosa tan estúpida —añadió otro y el grupo estalló en más carcajadas sonoras al pensar en la temeridad del sabueso que me había impedido atrapar un espécimen.

Cuando se repusieron de la hilaridad de la situación, los interrogué a fondo sobre el reptil. Para mi alivio, me aseguraron que era bastante común en las praderas y que gozaría de muchas oportunidades de obtener más especímenes. Sin embargo, todos coincidieron en las propiedades letales del estinco. Era tan venenoso, dijeron, que sólo al tocar su cuerpo el hombre cae inmediatamente al suelo, retorciéndose de dolor, y muere a los pocos minutos. Entonces me preguntaron sobre la medicina que contrarrestaba los efectos de tan mortífero animal, pero yo me mostré debidamente enigmático. Dije que si me encontraban un *Que-fong-goo*, yo lo cogería y les demostraría que no caía muerto retorciéndome de dolor. Animados e intrigados por la idea de tan macabro experimento (porque ninguno de ellos creía realmente en la medicina), me prometieron hacerlo. Uno de los sabuesos dijo que conocía un lugar en donde podían encontrarse muchos de aquellos reptiles e insistió en que no estaba muy lejos, así que empaquetamos el equipo y nos pusimos en marcha, los cazadores hablando entre sí con animación, seguramente haciendo apuestas sobre si yo sobreviviría o no a un enfrentamiento con el *Que-fong-goo*.

El sabueso nos guió hasta una ladera que se hallaba a unos dos kilómetros de distancia. Las intensas lluvias de la montaña habían arrastrado casi toda la tierra roja de la pendiente, dejando grandes zonas de roca gris y pelada. Algunas hendiduras ocasionales en la lámina rocosa habían permitido la formación de una bolsa de tierra y allí crecían aquellas plantas que podían extraer alimento de un área de tierra tan reducida. Las láminas de roca estaban bordeadas de hierba dorada y muy alta y de una curiosa planta semejante al cardo, coronada por una excrecencia de tono amarillo pálido. La roca expuesta al sol quemaba al tacto; las delgadas suelas de goma de mis zapatos se pegaban a la superficie, dándome la impresión de que caminaba sobre papel adhesivo. Empecé a preguntarme si aquella candente roca no sería demasiado incluso para los reptiles más amantes del sol. De repente, una brillante franja de colores salió como un relámpago de un manojo de hierba corta, atravesó la ardiente roca y desapareció en el santuario de los cardos y la hierba alta.

—¡Un *Que-fong-goo*! —exclamaron los sabuesos de Bafut, parándose en seco y cerrando más el puño en torno a sus lanzas.

Pensando que para mí serían más un estorbo que una ayuda en cualquier intento de cazar al reptil, les dije que permanecieran donde estaban y me adelanté en solitario. Armado con un cazamariposas, me aproximé cautelosamente a los grupos de maleza que crecían en los intersticios de la roca y escarbé en ellos con el mango de la red para cerciorarme de que no acechaba desde allí ningún *Que-fong-goo*. Era asombroso lo que podía contener incluso un pequeño puñado de hierba y molesté a innumerables langostas grandes, nubes de polillas y mosquitos, una *masa* de brillantes mariposas, algunos escarabajos y varias libélulas. Empecé a comprender los atractivos que podía ofrecer a los lagartos aquel lugar desnudo y abrasado.

Al cabo de un rato tuve suerte: al insertar y remover suavemente con el mango del cazamariposas un manojo de hierba, desperté a un *Que-fong-goo*, que salió de su escondite y se deslizó por la rugosa superficie de la roca como una piedra sobre hielo. Lo perseguí, pero descubrí casi inmediatamente que la idea que tenía el estinco de un terreno apropiado para la carrera a gran velocidad no era la mía. Metí el dedo gordo en un intersticio y caí de bruces; cuando me hube levantado y recuperado el cazamariposas, mi presa ya había desaparecido. Estaba empapado de sudor y el calor que despedían las láminas de roca era tan intenso que cualquier esfuerzo hacía latir la sangre en mi cabeza como si fuera un tambor. Los sabuesos permanecían al borde de la hierba alta en un grupo silencioso y fascinado, observando mis movimientos. Me sequé la cara, agarré el cazamariposas con mi sudada mano y me dirigí tercamente al manojo de hierba más cercano. Esta vez fui más precavido; introduje el mango entre la hierba y lo moví de un lado a otro con suavidad y lentitud; entonces lo retiré y esperé a ver qué ocurría. Me recompensó la vista del *Que-fong-goo*, que sacó la cabeza, muy cauteloso, para conocer la causa del alboroto. Rápidamente, pateé el montón de hierba que había a sus espaldas y bajé la red antes de que echara a correr. Un instante después la levanté con gesto triunfal: el *Que-fong-goo* se debatía furioso entre los pliegues del cazamariposas. Metí la mano y agarré el reptil por la cintura y él reaccionó clavando las mandíbulas en mi pulgar. Aunque lo hizo con fuerza, tenía los dientes diminutos, así que el mordisco fue inocuo e indoloro. A fin de mantenerlo ocupado, le dejé morder mi pulgar mientras lo sacaba de la red y alzaba en el aire su bello y deslumbrante cuerpo, agitándolo como una bandera.

—¡Mirar! —grité a los sabuesos, que me observaban con la boca abierta—. ¡Yo coger el *Que-fong-goo*!

Como los sabuesos llevaban las bolsas de tela suave que yo utilizaba para transportar reptiles, dejé el cazamariposas sobre la roca y caminé hacia ellos con el estinco en la mano.

Los sabuesos de Bafut soltaron las lanzas como un solo hombre y huyeron por la alta hierba como una manada de temerosos antílopes.

—¿De qué tener miedo, eh? —les grité—. Yo cogerlo bien fuerte, no soltarlo.

—*Masa*, nosotros tener demasiado miedo —contestaron a coro, guardando una prudente distancia.

—Traerme una bolsa para meter este buey —ordené severamente, secándome el sudor de la cara.

—*Masa*, nosotros tener miedo... ser un buey malo —repitieron una vez más.

Era evidente que debería pensar un argumento de peso si no quería tener que perseguir a mi tropa de cazadores por toda la pradera para obtener una bolsa en la que meter al estinco. Me senté al borde de la hierba y los miré con ojos coléricos.

—Si alguien no traerme bolsa para guardar este buey *inmediatamente* —proclamé en voz alta y airada—, mañana yo buscar otros cazadores. Y si el fon preguntarme por qué yo hacerlo, decirle que necesito cazadores sin miedo, no mujeres.

Mientras se hacía el silencio entre la alta hierba, los sabuesos de Bafut deliberaron sobre qué era mejor: enfrentarse con el *Que-fong-goo* en aquel mismo momento o con el fon en Bafut. Al cabo de un momento ganó el *Que-fong-goo* y se me acercaron lentamente y de mala gana. Uno de ellos me tiró una bolsa desde una distancia prudencial, pero consideré que antes de meter en ella mi presa no estaría de más hacer una pequeña demostración.

—Mirar —dije mientras levantaba el retorcido lagarto para que todos lo vieran—. Ahora observar bien y ver que este buey no tener poder para envenenarme.

Sosteniendo el estinco en una mano, acerqué a su nariz el índice de la otra; el reptil abrió en seguida la boca con una mueca horrible y, ante los gritos horrorizados de los sabuesos, introduje el dedo hasta el fondo del paladar y dejé que lo mordiera. Los sabuesos de Bafut se quedaron petrificados, mirando con expresiones de incrédula estupefacción cómo el reptil me roía el dedo; con los ojos muy abiertos y casi sin respirar, se inclinaron un poco hacia adelante para comprobar si el mordisco del animal causaba algún efecto. A los pocos segundos, el *Que-fong-goo* se cansó de morder infructuosamente y me soltó el dedo. Lo dejé caer dentro de la bolsa y até el extremo de ésta antes de volverme hacia los cazadores.

—¿Haber visto? —pregunté—. Este buey morderme, ¿verdad?

—Sí, *sah* —susurraron, atónitos, los sabuesos.

—Muy bien. ¿Darme veneno, eh? ¿Vosotros creer que ahora yo morir, eh?

—No, *sah*. Si el buey morder *masa* y *masa* no morir en el acto, *masa* no morir.

—No, gracias a mi medicina especial —mentí, encogiéndome de hombros con la debida modestia.

—¡Ah! Ser verdad, *masa* tener medicina buena —dijo un sabueso.

Mi intención no habla sido demostrar la superioridad del hombre blanco sobre el negro; la verdadera razón de esta pequeña charada era mi ardiente deseo de conseguir una gran cantidad de *Que-fong-goos* y sabía que no podría obtenerlos sin la ayuda y cooperación de los sabuesos. A fin de recabarla, tenía que eliminar su miedo y el único modo de hacerlo era enseñarles que mi mítica medicina podía dejar sin efecto la mortal mordedura del *Que-fong-goo*. Pensé que en una fecha próxima los proveería de cierta cantidad de líquido inocuo, que pasaría por ser la medicina en cuestión y, armados con aquel elixir, se pondrían en marcha y volverían con sacos repletos de

rutilantes *Que-fong-goos*.

Volví muy ufano a Bafut, exhibiendo mi precioso estinco y sintiéndome muy satisfecho de mí mismo por haber ideado un plan tan astuto para obtener más ejemplares del hermoso reptil. Los sabuesos me seguían en silencio, mirándome todavía con expresiones respetuosas. Cada vez que nos cruzábamos con alguien por el camino le hacían un rápido resumen de mis poderes y yo oía exclamaciones de horror y sorpresa suscitadas por el relato, un poco embellecido sin duda en cada repetición. Cuando llegamos a la villa y hube guardado a mi estinco en una gran caja, convoqué a los sabuesos y pronuncié un pequeño discurso. Señalé que, tal como habían visto con sus propios ojos, mi medicina era una protección suficiente contra las mordeduras de los *Que-fong-goos*. Todos asintieron con grandes inclinaciones de cabeza. Por lo tanto, continué, como quería muchos especímenes de aquel reptil, me proponía suministrar al día siguiente a cada uno cierta cantidad de la poción mágica, con lo cual podrían salir a cazar *Que-fong-goos* para mí sin ningún temor. Entonces les sonreí complacido, esperando oír sus gritos de alegría, pero no sólo permanecieron mudos, sino que adoptaron expresiones sombrías y empezaron a mover los pies en el polvo.

—Bueno —dije, tras una larga pausa—, ¿acaso no estar de acuerdo?

—No, *masa* —rezongaron.

—¿Por qué no estar de acuerdo? ¿No deciros que yo dar esta medicina especial, eh? ¿Por qué tener miedo?

Se rascaron la cabeza, arrastraron los pies, intercambiaron miradas temerosas y por fin uno de ellos se animó a hablar.

—*Masa* —empezó, después de carraspear varias veces—, tu medicina ser muy buena. Nosotros saberlo. Haber visto al buey morder a *masa* y *masa* no morir.

—¿Entonces...?

—Esta medicina, *masa*, ser mágica para hombre blanco, pero no tener magia para negros. Ser medicina buena para *masa*, pero no ser buena para nosotros.

Durante media hora discutí, supliqué, halagué. Ellos fueron corteses, pero no dieron su brazo a torcer; la medicina era buena para blancos, pero no sería efectiva con los negros. Así lo creían y no cambiarían de opinión. Recurrí a todos los argumentos imaginables para convencerlos de lo contrario, pero fue inútil. Al final, muy irritado por el fracaso de mi pequeña argucia, despedí a los sabuesos y me fui a cenar a grandes zancadas.

Más tarde compareció el fon, acompañado por cinco consejeros y una botella de ginebra. Pasamos una media hora sentados en la galería bañada por la luz de la luna, hablando de diversos temas con vaguedad y parsimonia hasta que el fon acercó su silla a la mía y se inclinó, dedicándome su ancha y atractiva sonrisa, que iluminó toda su cara.

—Alguien decirme que tú atrapar un *Que-fong-goo*. ¿Es verdad?

—Sí, lo es —asentí—. Un buen ejemplar de buey.

—Ese hombre decirme que tú cogerlo con la mano —prosiguió el fon—. Este hombre mentir, ¿eh? El *Que-fong-goo* ser un buey malo; no deber cogerse con la mano, ¿eh? Poder matar al instante, ¿verdad?

—No —respondí con firmeza—, ese hombre no mentir. Yo coger el buey con las manos.

Los consejeros acogieron esta información con un suspiro y un silbido y el fon se apoyó en el respaldo y me miró con los ojos muy abiertos.

—Y cuando tú cogerlo, ¿qué hacer él? —preguntó por fin.

—Morderme un dedo.

—¡Ohhhhhh! —exclamaron el fon y los consejeros al unísono.

—Morderme aquí —expliqué, alargando la mano, y el fon retrocedió como si le apuntara con una pistola.

Tanto él como los consejeros me examinaron el dedo desde una distancia prudencial, murmurando animadamente entre sí.

—¿Por qué tú no morir? —inquirió de pronto el fon.

—¿Morir? —pregunté a mi vez, frunciendo el ceño—. ¿Por qué tener que morir?

—Este buey ser malo —explicó el fon, lleno de excitación—. Morder demasiado. Si hombre negro cogerlo, morir en el acto. ¿Por qué tú no morir, amigo mío?

—Oh, yo tener una medicina especial para este buey —contesté con displicencia.

Mi auditorio prorrumpió en un coro de «¡Ahhhhhs!».

—¿Ser medicina europea? —preguntó el fon.

—Sí. ¿Querer que yo enseñártela?

—¡Sí, sí, espléndido! —exclamó ansiosamente.

Se quedaron silenciosos y expectantes mientras yo iba a buscar mi pequeño botiquín, del que extraje un paquete de ácido bórico en polvo. Esparcí un poco sobre la palma de mi mano y todos se inclinaron para verlo. Llené un vaso de agua, eché dentro el polvo, lo agité y me froté las manos con la mezcla.

—¡Ya está! —dije, extendiendo las manos como un conjurado—. Ahora el *Que-fong-goo* no poder matarme.

Fui hacia la caja del estinco, la abrí y me volví sosteniendo al animal en la mano. Se oyó un crujido de túnicas mientras los consejeros huían al otro extremo de la galería en una desordenada estampida. El fon siguió clavado a su silla, con una expresión de asco y temor en el rostro cuando vio que me acercaba. Me detuve delante de él y le enseñé el reptil, que estaba muy ocupado tratando de amputarme el dedo.

—Mira... ¿lo ves? Este buey no matarme.

El fon dejó escapar un prolongado «¡Aieeeeeee!» de estupefacción mientras observaba al lagarto. Cuando pudo apartar la vista de él, me miró.

—Esta medicina —dijo con voz ronca— ¿ser buena para hombre negro?

—Ser muy buena para los hombres negros.

—¿Éstos no morir?

—En absoluto, amigo mío.

El fon se recostó en la silla y me miró con gran asombro.

—¡Vaya! —exclamó al fin—. Esto ser muy bueno.

—¿Tú querer probar la medicina? —pregunté, sin darle importancia.

—Hum... hum... sí, sí, muy bien —contestó, nervioso.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, devolví el estinco a su caja y preparé más polvos de ácido bórico con agua. Enseñé al fon cómo debía frotar con la mezcla sus enormes manos y él les dio un concienzudo *masaje* durante largo rato. Entonces fui a buscar la caja, saqué el estinco y se lo alargué.

Fue un momento tenso; el círculo de consejeros observaba, conteniendo el aliento y con los rostros crispados, mientras el fon se humedecía los labios, estiraba la mano hacia el lagarto, la retiraba con nerviosismo y volvía a estirla. Hubo un momento de ansiedad cuando la mano se detuvo sobre el polícromo reptil; entonces respiró hondo y agarró firmemente al animal por la cintura.

—¡Ahhhhh! —silbaron los miembros del consejo.

—¡Hurra! Yo cogerlo —exclamó el fon, apretando con tal fuerza al infortunado es tinco que temí por su vida.

—Agarrar con más suavidad —le rogué—; poder matarlo si coger tan fuerte.

Pero el fon, paralizado por una mezcla de horror y admiración ante su propia audacia, sólo era capaz de seguir contemplando al estinco que tenía en la mano y murmurar: «Yo cogerlo... yo cogerlo...», hasta que me vi obligado a hacerle soltar al desgraciado animal y devolverlo a su caja.

El fon se examinó las manos y después me miró con una expresión de infantil alegría en el rostro. Los consejeros no paraban de murmurar entre sí. El fon agitó las manos en mi dirección y se puso a reír. Empezó a soltar una carcajada tras otra, golpeándose los muslos, doblándose por la cintura, tosiendo y atragantándose mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Era tan contagioso que yo también me eché a reír y los consejeros no tardaron en imitarnos. Permanecimos un buen rato pateando el suelo con los pies, riendo como si no fuéramos a parar nunca más, hasta que varios de los consejeros cayeron de la silla, con la respiración entrecortada, y el fon se recostó en el respaldo, estremecido por violentos ataques de risa.

—¿Por qué tú reír? —pude articular al fin.

—Ser muy gracioso —contestó él con otra carcajada—. Durante mucho tiempo, desde que ser pequeño, yo temer a este buey. ¡Ua, temerlo demasiado! Ahora tú darme medicina y ya no tener miedo de él.

Se apoyó en el respaldo y lloró de risa al pensarlo.

—*Que-fong-goo*, tu tiempo ya pasar; yo no volver a tener miedo de ti —farfulló.

Más tarde, todavía con la cara dolorida por la risa, apuramos nuestras bebidas y el fon regresó a su villa, llevando con mucho cuidado un pequeño paquete de ácido bórico en polvo. Yo le había advertido que, si bien la medicina podía emplearse con éxito contra *Que-fong-goos*, agamas y gecos, no podía, en ninguna circunstancia, ser

utilizada para protegerse de las mordeduras de serpiente. Tal como había esperado, la historia de que el fon había cogido un *Que-fong-goo* después de inmunizarse con mi medicina y había sobrevivido a la experiencia, fue de boca en boca al día siguiente. Por la tarde aparecieron los sabuesos de Bafut, muy sonrientes para desarmarme.

—¿Qué querer? —pregunté con frialdad.

—*Masa* —dijeron—, tú darnos la medicina que dar al fon y nosotros ir a cazar *Que-fong-goos* para *masa*.

Aquella noche recibí dos cajas llenas de estincos de las praderas y los sabuesos de Bafut bebieron cerveza de trigo, rodeados por una reverente multitud de bafutianos a la que contaron la historia de la caza del día, seguramente con los consabidos aditamentos. Mientras los escuchaba, escribía en la galería una nota a la tienda más próxima para que me enviaran otro paquete de polvos de ácido bórico, pues presentía que podía serme útil.



CAPÍTULO 8

LA FALSA TIFLOPE

A las pocas semanas, el número de personas que me traían animales se redujo a un goteo diario y regular, lo cual se debía a que a aquellas alturas yo ya había obtenido una cantidad suficiente de las especies más comunes de animales y me negaba a comprar más. La galería a la que daba mi dormitorio estaba llena a rebosar de una extraña colección de jaulas que contenían el surtido más fantástico de mamíferos, pájaros y reptiles, y tanto las mañanas como buena parte de las tardes tenía que consagrarlas a su cuidado. Mis jornadas eran agotadoras, pero nunca aburridas; aparte de limpiar y alimentar a la colección, me procuraba una diversión infinita observar las costumbres de mis ejemplares, sus reacciones en cautividad y a cómo se acostumbraban a mi compañía. Y además, estaba la vida de Bafut. Al trabajar en la galería, disfrutaba de una atalaya que dominaba una vista excelente del camino y del patio y las casas del fon. Espiando a través del despeinado fleco de buganvillas, podía contemplar los movimientos de las numerosas esposas del fon, así como de sus retoños y consejeros, y las constantes idas y venidas por el camino de la población de Bafut. Desde la galería observé innumerables escenas y, si alargaba la mano para coger los prismáticos, podía acercarme tanto a los actores que distinguía hasta el menor cambio de expresión en sus rostros.

Una tarde vi bajar por el camino a una muchacha esbelta y bien parecida; paseaba arrastrando los pies, como si esperase que alguien la alcanzara. Ya me disponía a saludarla al verla pasar ante la casa, cuando vi correr tras ella a un fornido muchacho con el rostro contraído por una mueca feroz. La llamó con voz autoritaria y la muchacha se detuvo y en seguida se volvió con el bello rostro ceñudo e insolente, lo cual pareció irritar bastante al muchacho, que se encaró con ella y empezó a hablar en voz alta y airada, gesticulando violentamente mientras sus ojos y dientes lanzaban destellos en el oscuro semblante. La muchacha permaneció inmóvil, con una sonrisa

leve y burlona en los labios. Entonces entró en escena un tercer actor: una vieja, que llegó andando muy de prisa por el camino, gritando con todas sus fuerzas y agitando un largo bambú. El muchacho hizo caso omiso de la recién llegada y continuó su discusión unilateral con la chica. La anciana bailó en torno a ambos, blandiendo el bambú, chillando con voz estridente y haciendo saltar arriba y abajo sus colgantes pechos. Cuanto más chillaba, más fuertes eran los gritos del muchacho y más ceñuda la expresión de la chica.

De repente la vieja dio media vuelta sobre mía sola pierna, como un derviche, y golpeó al muchacho en los hombros con el bambú. La única reacción de éste fue alargar un brazo largo y musculoso, arrebatar el palo a la vieja y lanzarlo al aire, enviándolo contra una pared de ladrillo rojo del enorme patio. La anciana se quedó estupefacta unos momentos y luego bailó por detrás del muchacho y le propinó unos fuertes puntapiés en el trasero. Él hizo caso omiso y continuó gritando a la muchacha con ademanes cada vez más violentos. Y de pronto la muchacha le espetó una frase enfurruñada y escupió con gran puntería hacia sus pies.

Hasta entonces el muchacho había adoptado una actitud no beligerante y, en mi opinión, salido muy mal parado; las mujeres se aprovechaban injustamente de su ventaja. Pero el hecho de que le escupieran a los pies por lo visto fue la gota que colmó el vaso; se quedó un momento con la boca abierta ante un ataque tan traicionero y de repente saltó con un rugido de ira, agarró a la muchacha por el cuello con una mano, la abofeteó con la otra y por último la empujó, haciéndola caer al suelo. Pasmada ante tal acción, la anciana cayó de espaldas en la cuneta y fue presa del mayor ataque de histerismo que he presenciado en mi vida. Rodando de un lado a otro y dándose palmadas en la boca, profirió los más escalofriantes y prolongados alaridos, que interrumpía de vez en cuando para gritar. La muchacha yacía sobre el polvo rojizo, llorando amargamente; el chico no se preocupó de la anciana, pero en cambio se puso en cuclillas junto a la muchacha y pareció hablarle en son de súplica. Al cabo de un rato la chica le miró con una sonrisa temblorosa y entonces él se puso en pie de un salto, la agarró por la muñeca y se alejaron por el camino, dejando a la anciana todavía rodando y chillando en la cuneta.

Yo, francamente, estaba perplejo por todo aquel asunto. ¿Qué había ocurrido? ¿Sería la muchacha esposa del chico y éste habría descubierto una infidelidad suya? Pero, ¿cuál era entonces la razón de la presencia de la anciana? ¿Tal vez la chica había robado algo que pertenecía al hombre? ¿O, más probable, la muchacha y la vieja habían practicado un acto de magia a su costa y él se había enterado? «Magia — pensé—, ésa debe de ser la explicación.» La muchacha, cansada de su joven marido, había intentado envenenarlo mezclando patillas de leopardo picadas con su comida, unas patillas de leopardo obtenidas por mediación de la vieja, que era, sin duda, una bruja local conocida por todos. Pero el marido había concebido sospechas y la chica había acudido a la vieja en busca de protección. El marido la había seguido y la bruja (que se sentía en cierto modo responsable de sus clientes) los había seguido para

intentar arreglar las cosas. Acababa de dar a esta teoría una forma que habría sido aceptable para el *Wide World Magazine* cuando me asomé al patio y vi a Jacob espiando a través del seto a la anciana, que todavía se revolcaba en la cuneta y emitía sonidos que recordaban al Clapham Junction.

—Jacob —le llamé—, ¿qué significar todo este ruido?

Jacob me miró y rió entre dientes.

—Esta vieja, *sah*, ser mamá de esa pequeña mujer. Esa pequeña mujer ser esposa de ese hombre. Ese hombre estar todo el día en la selva y cuando venir, encontrar que su esposa no hacerle comida. Gritar mucho, enfadarse demasiado y pegar a su esposa. La esposa correr, el hombre correr y la vieja correr para pegar al hombre.

Sentí una gran desilusión; tuve la sensación de que África, el oscuro y misterioso continente, me había defraudado. En lugar de mi jugosa intriga, mis brujas y mis mágicas pociones llenas de patillas de leopardo, había presenciado una vulgar y corriente pelea conyugal con los habituales ingredientes de una esposa cogida en falta, un marido hambriento, una cena sin preparar y una suegra entrometida. Volví a dedicar mi atención a los animales, sintiéndome decididamente defraudado. Creo que era la suegra la que más me molestaba.

Poco después se produjo otro incidente en la galería y alrededor de ella en el cual yo interpreté el papel principal, pero hasta mucho más tarde no fui capaz de apreciar su aspecto humorístico. Era un hermoso atardecer y en el oeste se amontonaban unas nubes estrechas y abultadas que permitían presagiar una magnífica puesta de sol.

Acababa de apurar una bien ganada taza de té y, sentado en el primer escalón a la luz del crepúsculo, intentaba enseñar a una cría de ardilla bastante tonta a succionar leche de un trocito de algodón enroscado en torno al extremo de una cerilla. Descansando un momento de tan exasperante trabajo, miré hacia el camino y vi a una mujer vieja y gorda acercarse por él andando como un pato. Llevaba el más breve de los taparrabos y fumaba una pipa negra, larga y estrecha. Sobre el pelo corto y gris sostenía una calabaza minúscula. Cuando llegó al pie de la escalera, golpeó la pipa para apagarla y la colgó cuidadosamente de un cordón que pendía de su amplia cintura antes de empezar a subir a la galería.

—*Iseeya, mammy* —saludé en voz alta.

Se detuvo y me sonrió.

—*Iseeya, masa* —contestó y siguió elevando su cuerpo de escalón en escalón, jadeando y resollando por el esfuerzo.

Cuando llegó hasta mi, colocó la calabaza a mis pies y se apoyó en la pared con todo su peso, respirando de manera entrecortada.

—¿Estar cansada, *mammy*? —pregunté.

—¡Ua! *Masa*, yo ser demasiado gorda —explicó.

—¡Gorda! —exclamé, en tono de broma—. Tú no ser gorda, *mammy*. No ser más gorda que yo.

Rió con ganas y su cuerpo gigantesco se estremeció.

—No, *masa*, no burlarte de mí.

—Claro que no, *mammy*. Yo decir verdad, tú ser mujer pequeña.

Se recostó de nuevo en la pared, convulsionada por la risa al pensar en sí misma como una mujer pequeña, agitando el estómago y los pechos. Luego, cuando se hubo repuesto de la broma, indicó la calabaza.

—Yo traerte buey, *masa*.

—Veamos, ¿qué clase de buey?

—Una serpiente, *masa*.

Destapé la calabaza y eché una ojeada a su interior. Enroscada en el fondo había una serpiente delgada, de color marrón y unos veinte centímetros de longitud. La reconocí: era una tiflope, especie de serpiente ciega que se pasa la vida excavando bajo tierra. De aspecto se parece al luciérnaga inglés y es totalmente inofensiva. Ya tenía una caja llena de estos reptiles, pero me gustaba tanto mi rechoncha amiga que no quería defraudarla rechazando la serpiente.

—¿Cuánto querer por este buey, *mammy*? —pregunté.

—Eh, mejor *masa* pagarme lo que él querer.

—¿La serpiente no estar herida?

—No, *masa*, no tener ninguna herida.

Puse la calabaza boca abajo y la serpiente cayó sobre el liso cemento. La mujer corrió al otro extremo de la galería con una rapidez sorprendente en una persona de su volumen.

—Poder morder a *masa* —me advirtió.

Jacob, que había aparecido para ver qué sucedía, miró desdeñosamente a la mujer al oír esta observación.

—¿Tú no saber que *masa* no tener miedo de esta cosa? —inquirió—. *Masa* conocer una magia especial para esta clase de serpiente venenosa.

—¿Ah, sí? —se asombró la mujer.

Me agaché y cogí la tiflope con el fin de examinarla bien por si había sufrido algún daño. Agarré con suavidad su cuerpo con el pulgar y el índice y ella se enroscó en este último dedo. Mientras la miraba, me fijé en algo curioso: poseía un par de ojos grandes y centelleantes, de lo cual carecían por completo todas las tiflopes. Tontamente, un poco sobresaltado por mi descubrimiento, seguí con el reptil en la mano y hablé a Jacob.

—Jacob, mira, esta serpiente tener ojos —observé.

No había terminado la frase cuando me di cuenta de que sostenía en la mano, sin ninguna precaución, no una tiflope inofensiva sino una serpiente sin identificar de potencial desconocido. Antes de que pudiera abrir los dedos y soltarla, la serpiente se retorció con agilidad y me clavó un diente en la yema del pulgar.

No recuerdo haber tenido un susto mayor en mi vida. La mordedura en sí no fue nada: como el pinchazo de un alfiler, seguido de una sensación cálida, muy similar a la picadura de una avispa. Solté la serpiente con celeridad y me estrujé el pulgar a

conciencia para que saliera sangre de la herida, y mientras apretaba recordé tres cosas. Primera, que no había en el Camerún antídoto para la mordedura de serpiente; segunda, que el médico más cercano se hallaba a unos cincuenta kilómetros de distancia y, tercera, que carecía de medios para llegar hasta él. Estos pensamientos no me hicieron sentir más feliz y succioné vigorosamente la herida, sin dejar de comprimir con fuerza la base del pulgar. Miré a mi alrededor y vi que Jacob había desaparecido; ya me disponía a emitir un grito de rabia, cuando volvió a toda prisa a la galería llevando una hoja de afeitar en una mano y un par de corbatas en la otra. Dirigido por mis frenéticas instrucciones, ató las corbatas en torno a mi muñeca y antebrazo todo lo fuertemente que pudo y luego, con un gesto cortés, me tendió la hoja.

Nunca me había imaginado la determinación que requiere producirse un corte con una hoja de afeitar ni tampoco lo afilada que ésta puede llegar a ser. Tras un momento de horrible vacilación, me hice un corte en la mano y en seguida vi que me había infligido una herida profunda e innecesaria a doce milímetros de la mordedura, en un lugar donde no podía ser de ninguna utilidad.

Volví a intentarlo, con más o menos el mismo resultado, y tuve el sombrío pensamiento de que si no moría de la mordedura, era probable que acabara desangrado por culpa de mis propios primeros auxilios. Recordé con furor todos aquellos libros que dan consejos sobre cómo tratar una mordedura de serpiente. Todos sin excepción recomiendan practicar una incisión sobre la mordedura lo bastante profunda para llegar hasta la punción del diente. Es fácil escribir estas cosas, pero el asunto cambia mucho cuando para ponerlas en práctica hay que abrir el propio pulgar. Sólo había un camino a seguir si no quería continuar despedazándome el dedo con la esperanza de acertar en la mordedura tarde o temprano. Coloqué cuidadosamente la hoja sobre la yema del pulgar y, apretando los dientes, la hundí con todas mis fuerzas. Esta vez tuve éxito y la sangre manó a chorros en todas direcciones. Recordé que el siguiente paso consistía en usar permanganato de potasio, así que sembré de cristales la herida abierta y me envolví el dedo con un pañuelo limpio. A estas alturas la mano, la muñeca y las glándulas del sobaco estaban considerablemente hinchadas y sentía pinchazos de dolor en el pulgar, aunque ignoraba si esto último se debía a la mordedura o a mi cirugía.

—¿*Masa* ir al doctor? —preguntó Jacob, mirando mi mano con fijeza.

—¿Cómo ir al doctor? —inquirí con irritación—. No tener coche en este lugar. ¿Acaso tú creer que yo poder ir andando?

—*Masa* pedir camión al fon —sugirió Jacob.

—¿Camión? —repetí, animándome—. ¿El fon tener un camión?

—Sí, *sah*.

—Tú ir a pedírselo... ahora mismo.

Jacob galopó escalera abajo y cruzó el patio mientras yo recorría la galería de un extremo a otro. De improviso recordé que en mi dormitorio tenía una botella grande e

intacta de coñac francés y corrí en su busca. Ya había conseguido descorcharla cuando me acordé de que todos los libros sobre mordeduras de serpiente eran categóricos en lo concerniente al alcohol. En ninguna circunstancia, afirmaban todos, debe ingerir alcohol la persona que ha sido mordida por una serpiente; al parecer, acelera la función cardíaca y causa una serie de otros efectos extraños. Me detuve unos momentos con la botella en la mano y al final decidí que si tenía que morir, más valía morir contento, así que levanté la botella y bebí. Reanimado y tonificado, salí de nuevo a la galería llevando conmigo la botella.

Un gran gentío, encabezado por Jacob y el fon, cruzaba el patio a toda prisa. Se dirigieron a una choza grande y el fon abrió la puerta de par en par mientras los demás desaparecían en el interior para reaparecer casi inmediatamente empujando un camión antiquísimo y desvencijado que llevaron a empellones hasta el camino después de franquear el arco. Allí el fon los dejó y subió apresuradamente la escalera, seguido de Jacob.

—Amigo mío —dijo sin aliento—, ¡esto ser mal asunto!

—En efecto —asentí.

—Tu criado decirme que tú no tener medicina europea para esta clase de mordedura. ¿Ser así?

—Sí, ser así. A veces el doctor tener medicina, no saberlo seguro.

—Por Dios que él darte medicina —dijo piadosamente el fon.

—¿Tú beber conmigo? —pregunté, blandiendo la botella de coñac.

—Sí, sí —aceptó el fon, animándose—, nosotros beber.

Beber ser buena medicina para estas cosas.

Jacob trajo vasos y yo serví una generosa ración para nosotros dos. Entonces fuimos hacia la escalera para observar los progresos en la preparación de la ambulancia.

El camión había reposado en el interior de la choza durante tanto tiempo, que sus entrañas parecían haberse agarrotado.

Bajo las suaves atenciones del conductor, el motor tosió vigorosamente varias veces y de pronto enmudeció. El gentío que rodeaba al vehículo se apelotonó, sin dejar de gritar instrucciones, mientras el conductor se asomaba a la ventanilla y los llenaba de insultos. Esto continuó durante bastante rato, hasta que el chófer saltó de la cabina y trató de hacer arrancar el motor con la manivela, lo cual fue todavía más infructuoso. Cuando se cansó, pasó la manivela a un consejero y se sentó a descansar en el estribo. El consejero se arremangó la túnica y porfió con la manivela, pero fue incapaz de insuflar vida al motor.

El gentío, que ahora debía constar de unas cincuenta personas, pedía a coro que le permitiesen intentarlo, por lo que el consejero les confió el trabajo y se unió al conductor en el estribo. Entre la gente se suscitó una inoportuna pelea sobre quién lo intentaría primero y todos empezaron a gritar a la vez, empujándose y arrebatándose mutuamente la manivela. El tumulto llamó la atención del fon, que apuró su vaso y se

acercó a grandes zancadas a la baranda de la galería, frunciendo el ceño. Se asomó y miró hacia el camino con ojos brillantes de ira.

—¡Ua! —vociferó de repente—. ¡Poner en marcha ese motor!

El gentío guardó silencio y todos se volvieron hacia la galería, mientras el conductor y el miembro del consejo se levantaban de un salto del estribo y corrían a la parte delantera del coche con una asombrosa exhibición de entusiasmo, empañado en seguida por el hecho de que, cuando llegaron allí, la manivela había desaparecido. Volvió a organizarse un tumulto porque todos se acusaban entre sí de haberla perdido. Al final la encontraron y los dos, conductor y consejero, realizaron más vanas tentativas de poner el motor en marcha.



A estas alturas yo me encontraba bastante mal y no me sentía nada valiente. La mano y el antebrazo estaban muy hinchados; la inflamación había aumentado, así como el dolor. También sentía punzadas de dolor en los hombros y tenía la impresión de que mi mano sostenía carbones encendidos.

Tardaría alrededor de una hora en llegar a casa del médico, pensé, y si el camión no arrancaba pronto, no sería necesario ir. El conductor, después de haber estado a punto de descoyuntarse los huesos accionando la manivela, tuvo de improviso una idea brillante. Empujarían el camión. Explicó su idea a la multitud y fue respondido con exclamaciones de aprobación y alborozo. El chófer se sentó ante el volante y el gentío se apiñó detrás del vehículo y empezó a empujar. Gruñendo rítmicamente, empujaron lentamente el camión por el camino, doblaron el recodo y desaparecieron de nuestra vista.

—Pronto arrancar —sonrió el fon para darme ánimos, sirviéndome más coñac— y entonces tú llegar a casa del doctor en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tú creer que ponerse en marcha? —pregunté con escepticismo.

—Sí, sí, amigo mío —afirmó, un poco ofendido, él fon—. El camión ser mío, muy buen camión. Arrancar en seguida, tú estar tranquilo.

Al poco rato volvimos a oír los gruñidos y, al asomarnos a la barandilla, vimos

aparecer el camión en el recodo, empujado todavía por lo que parecía ser toda la población de Bafut. Se arrastró hacia nosotros como un caracol y entonces justo cuando alcanzó el pie de la escalera, el motor emitió un par de hipidos preliminares y cobró vida. El gentío vociferó, alborozado, y empezó a saltar por el camino.

—Ya arrancar —explicó el fon con orgullo por si a mí me había pasado por alto la causa de la alegría general.

El conductor maniobró para entrar en el patio por la puerta arqueada, dio la vuelta al vehículo y volvió al camino, tocando con impaciencia la bocina y casi atropellando a sus anteriores ayudantes. El fon y yo vaciamos nuestros vasos y bajamos los setenta y cinco escalones. Al pie de la escalera me estrechó contra su pecho y examinó mi rostro con expresión ansiosa. Era evidente que deseaba decir algo que me animara y sostuviera durante el viaje. Pensó a fondo durante un momento.

—Amigo mío —dijo por fin—, si tú morir, yo sentirlo demasiado.

Sin atreverme a confiar en mi voz, le apreté la mano de un modo que me pareció adecuado para las circunstancias, subí al camión y emprendimos el viaje, dando tumbos y tambaleándonos por el camino, mientras el fon y sus súbditos quedaban envueltos en una nube de polvo rojizo.

Tres cuartos de hora después nos detuvimos con un impresionante chirrido de frenos ante la casa del médico. Éste estaba fuera, contemplando sombríamente un arriate. Me miró con sorpresa al verme aparecer y se acercó a saludarme con la mirada fija en mi cara.

—¿Qué le ha mordido? —inquirió.

—¿Cómo sabe que es una mordedura? —pregunté a mi vez, bastante sobresaltado por tan rápido diagnóstico.

—Sus pupilas están muy distendidas —explicó el médico con satisfacción profesional—. ¿Qué ha sido?

—Una serpiente, no sé de qué clase, pero duele como mil demonios. Supongo que no sirve de mucho que haya venido a verme. No hay antídoto, ¿verdad?

—¡Bueno! —exclamó en tono complacido—. ¿No es extraño? En mi último permiso conseguí algo de suero; pensé que podía ser útil. Lo tengo en la nevera desde hace seis meses.

—Vaya, gracias sean dadas al cielo por ello.

—Entre en la casa, querido muchacho. Me interesa mucho saber si es efectivo.

—A mí también —admití.

Entramos y yo me senté en un sillón mientras el médico y su esposa preparaban el alcohol metílico, las agujas hipodérmicas y demás accesorios necesarios para la operación. Entonces el médico me puso tres inyecciones en el pulgar, lo más cerca posible de la mordedura, y dos más en el brazo que me dolieron mucho más que la mordedura original.

—¿Se siente un poco débil? —preguntó el médico con voz alegre, tomándome el pulso.



—Me siento fatal —contesté con amargura.

—Lo que necesita es un buen whisky sin diluir.

—Creía que el alcohol no estaba indicado.

—Oh, sí. No le hará daño alguno —respondió, sirviéndome un vaso lleno. No recuerdo otro trago que me haya sabido mejor—. Y ahora —continuó el médico—, pasará la noche en la habitación de los invitados. Quiero que se acueste dentro de cinco minutos. Puede darse un baño, si lo desea.

—¿No puedo regresar a Bafut? —pregunté—. Tengo a todos mis animales allí y no hay nadie verdaderamente competente para cuidarlos.

—No está en condiciones de volver a Bafut ni de cuidar a ningún animal —dijo con firmeza—. Ahora, nada de discusiones y a la cama. Ya volverá por la mañana, si le encuentro mejor.

Para mi sorpresa, dormí de un tirón y cuando me desperté al día siguiente me sentía perfectamente bien, aunque el brazo continuaba hinchado y me dolía un poco. Desayuné en la cama y después entró el médico a visitarme.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Muy bien, tan bien que estoy empezando a pensar que la serpiente debía de ser inofensiva.

—No, era venenosa. Usted dijo que sólo le clavó un diente y es probable que la soltara con tanta rapidez que no le dio tiempo a inyectarle todo el veneno. En caso contrario, la historia habría sido otra.

—¿Puedo volver a Bafut?

—Sí, claro, si se siente con ánimo para ello, pero no creo que este brazo le sirva de mucho durante uno o dos días. De todos modos, si le molesta, venga a verme.

Preocupado por mi preciosa colección, abandonada en Bafut sin limpieza ni comida, atosigué al infortunado conductor, logrando hacer el regreso en un tiempo récord. Cuando nos detuvimos en el camino, ante la villa, vi una figura sentada en el primer escalón. Era mi rechoncha amiga de la víspera.

—*Iseeya, mammy* —la saludé al apearme del vehículo.

—*Iseeya, masa* —contestó, levantando su corpachón y andando hacia mí como un pato.

—Bueno ¿qué querer tú ahora? —pregunté, porque estaba impaciente por atender

a mis animales.

—¿*Masa* olvidarlo? —inquirió, sorprendida.

—¿Olvidar, qué, *mammy*?

—¡Eh, *masa*! —exclamó en tono de acusación—. *Masa* no pagarme la bonita serpiente que yo traerle.



CAPÍTULO 9

EL FON Y EL GATO DORADO

Mi estancia en Bafut estaba tocando a su fin. Había coleccionado una gran cantidad de vida animal y ya era hora de llevarla al campamento base, donde se liaría el cambio de jaulas y los preparativos para el viaje por mar. De mala gana informé a todos los cazadores de que me marchaba la semana próxima, a fin de que no trajeran más ejemplares después de mi partida. Encargué el camión y envié una nota a Smith, anunciándole la fecha de mi llegada. Cuando supo la noticia, el fon vino con gran apresuramiento, abrazado a una botella de ginebra, e hizo lo posible para convencerme de que me quedara. Sin embargo, como le expliqué, no podía quedarme más por mucho que lo deseara; nuestros billetes de vuelta estaban reservados, lo cual significaba que toda la colección debía estar preparada para viajar en la fecha prevista. Si se producía un retraso, perderíamos el buque y tal vez no encontraríamos sitio en otro hasta dentro de dos meses, demora que alteraría todo el presupuesto del viaje.

—¡Ah, amigo mío! Yo lamentar demasiado tu marcha —dijo el fon, sirviéndome ginebra con el alegre abandono de una fuente.

—Yo también lamentarlo demasiado —contesté, fiel a la verdad—, pero no poder quedarme más tiempo en Bafut.

—Tú recordar Bafut —aseguró, señalándome con un dedo—, tú recordar muy bien Bafut. Aquí conseguir muchos bueyes bonitos, ¿verdad?

—Verdad —asentí, indicando los grandes montones de jaulas—. Conseguir demasiados bueyes en Bafut.

El fon asintió benignamente y luego se inclinó hacia adelante y me cogió la mano.

—Cuando tú ir a tu país, decir a tu pueblo que el fon de Bafut ser tu amigo, ¿eh? Y que él conseguirte todos estos bonitos bueyes, ¿eh?

—Yo decirlo a todos —prometí— y también decir que el fon ser un buen cazador, mejor que todos los cazadores del Camerún.

—¡Espléndido, espléndido! —exclamó el fon, encantado.

—Sólo haber un buey que yo no conseguir aquí —dije—; lamentarlo demasiado.

—¿Cuál ser, amigo mío? —preguntó, lleno de ansiedad.

—Aquel gato grande de selva que tener pelo dorado y marcas en la barriga. Yo enseñarte fotografía, ¿recordarlo?

—¡Ah, aquel buey! —exclamó—. Tú decir verdad. Aún no conseguirlo aquí.

Se sumió en un silencio apesadumbrado y miró ceñudo la botella de ginebra. Me pregunté si no habría sido una falta de tacto recordarle esta laguna en mi colección. El animal al que me había referido era el gato dorado, uno de los miembros más pequeños, pero también más hermosos de la familia felina que habitaba en aquella parte de África. Sabía que era razonablemente común en los alrededores de Bafut, pero los cazadores lo trataban con más respeto que al serval y al leopardo, cuyo tamaño era mucho mayor. Siempre que les enseñaba fotografías del animal, los cazadores reían entre dientes y sacudían la cabeza, asegurándome que era en extremo difícil cazarlo por ser «demasiado fiero» y «muy inteligente». En vano les había ofrecido grandes recompensas, no sólo por su captura, sino también por cualquier noticia de su paradero. Como me faltaba poco menos de una semana para irme, ya me había resignado a no añadir el gato dorado a mi colección.

El fon se recostó en el respaldo con un destello en los ojos y me dedicó una sonrisa contagiosa.

—Yo conseguirte ese buey —declaró, con grandes movimientos de cabeza.

—Pero, amigo mío, yo marcharme de Bafut dentro de cinco días. ¿Cómo poder tú cazar ese buey en cinco días?

—Yo ir a cazarlo —afirmó, concluyente—. Esperar un poco y ver. Yo ir a cazar este buey.

Se negó a decirme con qué métodos pensaba realizar aquel milagro, pero estaba tan seguro de sí mismo que empecé a creer que me conseguiría un ejemplar. Sin embargo, cuando llegó la víspera de mi partida y aún no había señales de ningún gato dorado, abandoné toda esperanza. En su entusiasmo, el fon me había hecho una promesa que no podía cumplir.

Era un día triste y nublado porque en las montañas la estación lluviosa había empezado antes que en las tierras bajas. Las nubes bajas y veloces, grises como la pizarra, la fina llovizna y el estremecimiento ocasional del trueno en las distantes cordilleras no me ayudaban a sentirme menos deprimido ante la idea de abandonar Bafut. Me había encariñado mucho con aquel mundo de praderas silenciosas y con la gente que vivía en él. Había llegado a admirar y sentir simpatía por el fon y me entristecía sinceramente tener que decirle adiós, porque había sido un compañero divertido y encantador.

Hacia las cuatro, la fina llovizna se convirtió en un continuo aguacero que

difuminaba el paisaje, golpeaba y machacaba el tejado de la villa y las frondas de las palmas cercanas y transformaba la tierra roja del gran patio en un mar reflectante de arcilla roja como la sangre, salpicada por las gotas de lluvia. Había terminado de limpiar y alimentar a mi colección y paseaba malhumorado de un extremo a otro de la galería, contemplando cómo la lluvia maltrataba las flores escarlatas de la buganvilla, lanzándolas contra los ladrillos. Mi equipaje estaba hecho y las jaulas preparadas, listas para cargar en el camión. No se me ocurría nada que hacer y no me seducía la idea de aventurarme bajo el helado aguacero.



Eché una mirada al camino y vi aparecer a un hombre que corría, tropezando y resbalando en el lodo, con un gran saco a la espalda. Esperando que me trajera un ejemplar raro para alegrar mi estado de ánimo, le vigilé con impaciencia, pero ante mi desengaño, cambió de dirección al traspasar el arco, cruzó el gran patio, salpicándolo todo de agua y desapareció por la puerta arqueada que conducía a las habitaciones del fon. Poco después, en la pequeña villa del fon estalló una sonora algarabía, pero las voces se extinguieron a los pocos minutos y sólo quedó el sonido de la lluvia. Entré a tomar el té en solitario y terminé de alimentar a todos los animales nocturnos que parecían un poco sorprendidos, porque en general no les daba la cena tan temprano, pero como el fon iría a pasar conmigo la velada, quería tenerlo todo hecho antes de su aparición. Cuando hube acabado mi tarea, la lluvia había vuelto a convertirse en una llovizna fina, semejante a la niebla, y entre las nubes grises y bajas aparecían claros a través de los cuales el cielo brillaba y exhibía un azul puro y diáfano. Al cabo de una hora las nubes ya se habían dispersado completamente, y el cielo era suave y límpido, iluminado por la luz del crepúsculo. Un pequeño tambor empezó a latir cerca de la casa del fon y su sonido fue adquiriendo intensidad. La puerta del patio se abrió y una corta procesión franqueó el umbral, encabezada por el fon, que lucía la más deslumbrante de sus túnicas, blanca y escarlata, y sorteaba con delicados movimientos los charcos de agua rutilante. Le seguía el desconocido que había visto en el camino bajo la lluvia, todavía cargado con el saco. Detrás iban cuatro miembros del consejo y formaba la cola de la procesión un niño vestido de blanco y tocado con un diminuto casquete que golpeaba con aire solemne un pequeño tambor. Era evidente que el fon venía a visitarme por

última vez y quería dar importancia a la ocasión. Bajé la escalera para recibirle y él se detuvo delante de mí, puso las manos sobre mis hombros y me miró con impresionante severidad.

—Amigo mío —anunció lenta y pomposamente—. Yo traer algo para ti.

—¿Qué ser? —pregunté.

Se echó hacia atrás las mangas acampanadas con un ademán majestuoso y señaló al hombre del saco.

—¡Gato salvaje! —exclamó.

Me quedé perplejo unos segundos y de pronto recordé al animal que había prometido conseguir para mí.

—¿Un gato salvaje? ¿Aquel que yo desear demasiado? —pregunté, casi sin atreverme a creerlo.

El fon asintió con la tranquila satisfacción de quien ha hecho bien un trabajo.

—Permitirme mirarlo —pedí ansiosamente—. De prisa, abrir el saco.

El hombre dejó el saco en el suelo, a sus pies, y yo, olvidando los pantalones limpios que me había puesto en honor del fon, me arrodillé en el barro y forcejeé con la cuerda que ataba el extremo del saco. El fon permaneció junto a mí, sonriéndome como un benevolente rey mago. La cuerda estaba mojada y tensa y mientras yo tiraba de ella, del interior del saco salió un grito extraño y feroz, que empezó con un prolongado gemido y al adquirir volumen se convirtió en un alarido estridente de tono tan malévolo que sentí un escalofrío. El cazador, los consejeros y el niño del tambor retrocedieron varios pasos.

—Cuidado, *masa* —me advirtió el cazador—, ser un buey malo y tener demasiada fuerza.

—¿Tú atarle las patas? —pregunté y él asintió.

Deshice el último nudo y entonces abrí lentamente el saco y miré hacia dentro.

Clavándome unos ojos fulgurantes de ira, se hallaba agazapado un animal de tal belleza que me quedé sin aliento. El pelaje era corto, suave y tenía el color entre marrón y dorado de la miel silvestre. Las orejas puntiagudas eran planas y estaban muy pegadas al cráneo y el labio superior, retraído por una serie de finos pliegues, dejaba al descubierto los dientes blancos como la leche y las encías rosadas. Pero fueron los ojos lo que más llamó mi atención: grandes y un poco oblicuos en el rostro dorado, me observaban con una mirada de furia tan glacial que me alegré de que el animal tuviera las patas atadas. Eran verdes, el verde de las hojas bajo el hielo, y centelleaban como la mica al sol del atardecer. Durante un segundo nos examinamos mutuamente y de improviso el gato dorado enseñó aún más las encías, abrió la boca y profirió otro de sus rugidos potentes y espeluznantes. Volví a cerrar el saco a toda prisa, porque ignoraba si las ataduras eran lo bastante fuertes y, a juzgar por sus ojos, no me trataría con cariño si se soltaba.

—¿Gustarte? —preguntó el fon.

—¡Ua! Este buey gustarme *demasiado* —contesté.

Subimos el precioso saco a la galería, donde me apresuré a sacar a un animal de la jaula más grande y resistente que tenía en mi poder. Entonces invertimos suavemente el saco del gato dorado, que cayó rodando en la jaula, y cerramos la puerta con cerrojo. El gato se quedó de costado, silbando y chillando, pero incapaz de moverse porque tenía bien atadas las patas tanto delanteras como traseras con una fuerte cuerda de rafia. Tras sujetar un cuchillo al extremo de un palo, logré cortar las cuerdas y entonces el animal se enderezó con un movimiento ágil, saltó contra los barrotes, sacó entre ellos una gruesa y dorada zarpa y la dirigió contra mi rostro. Retrocedí justo a tiempo.

—¡Ajá! —exclamó el fon, riendo entre dientes—. Este buey enfadarse demasiado.

—Ser capaz de despedazar a un hombre en un momento —dijo el cazador.

—Ser fuerte —convino el fon, asintiendo con la cabeza—, tener mucha fuerza en las patas. Tú vigilar, amigo mío, o él hacerte daño.

Envié a buscar a la cocina un pollo pequeño que colgué, recién matado y aún caliente, cerca de los barrotes de la jaula. Una zarpa dorada volvió a salir entre los barrotes y unas garras blancas se clavaron en el ave y la levantaron contra la jaula. Luego, el gato alargó la pata, cogió el ave por el pescuezo y, con un rápido tirón, la introdujo en la jaula; nubes de plumas empezaron a volar entre los barrotes cuando el gato dorado inició su festín.

—¿Cómo coger este buey? —pregunté al cazador, que sonrió y movió los dedos de los pies, avergonzado.

—¿Tú no oír o es que no tener boca? —apremió el fon—.



¡Hablar de una vez!

—*Masa* —empezó el hombre, rascándose el estómago—, el fon decir que *masa* querer demasiado esta clase de buey y yo ir a la selva durante tres días para buscarlo. Andar, andar, cansarme demasiado y no ver este buey. Ayer noche este gato salvaje entrar de puntillas en mi granja y devorar tres gallinas. Esta mañana yo ver sus

huellas en el barro y seguirlo hasta la selva. Seguirlo demasiado, *masa*, hasta una gran colina y allí, por fin, verlo.

El fon se removió en su asiento y miró fijamente al hombre con ojos brillantes.

—¿Tú decir verdad? —preguntó en tono severo.

—Sí, *masa* —protestó el cazador—, yo decir verdad.

—Bien —aprobó el fon.

—Ver al gato salvaje —prosiguió el hombre— en esta gran colina. Escondese en un lugar donde haber demasiadas rocas, en un agujero que hacer en el suelo. Yo mirar el agujero, pero no poder pasar, ser demasiado estrecho, así que volver a mi casa, coger buenos perros y una red y volver a la colina. Allí poner la red delante del agujero y hacer un pequeño fuego para humearlo.

Guardó silencio y saltó sobre una pierna, chasqueando los dedos.

—¡Ua! ¡Ese buey demasiado fiero! Cuando olfatear el humo, gritar y gritar como un loco. Mis perros tener miedo y todos huir. Yo temer que el gato atraparme y huir también. Durante un rato oír gritar al buey y al final acercarme despacito a mirar. ¡Ua! *Masa*, el buey estar dentro de la red y la red aguantar muy bien. Cuando yo verle dentro, ya no tener miedo, así que atarle bien los pies y traerlo en seguida a *masa*.

El hombre terminó su relato y se quedó mirando con ansiedad, girando la corta lanza con ambas manos.

—Amigo mío —le dije—, creo que tú ser un buen cazador y pagarte buen dinero por este buey.

—Cierto, cierto —asintió el fon, agitando una mano regia—, este hombre hacer buena cacería para ti.

Le pagué una espléndida suma de dinero y le regalé varios paquetes de cigarrillos y él se marchó sonriendo y exclamando: «Gracias, *masa*, gracias», mientras bajaba la escalera y se alejaba por el camino. Entonces me volví hacia el fon, que me miraba con una sonrisa complacida.

—Amigo mío, yo agradecerte demasiado lo que tú hacer por mí —dije.

El fon le quitó importancia con un ademán.

—No, no, amigo mío, esto no ser nada. Ser malo para Bafut que tú abandonarlo sin todos los bueyes que necesitar. Yo lamentar demasiado tu marcha. Pero cuando tú mirar este hermoso buey, tú pensar en Bafut, ¿verdad?

—Verdad —contesté—. Y ahora, amigo mío, ¿querer beber conmigo?

—Espléndido, espléndido —respondió el fon.

Como compensación de las inclemencias de la primera parte del día, la puesta de sol fue una de las más bellas que he visto en mi vida. El sol descendió tras una celosía de nubes pálidas y alargadas y a medida que bajaba, estas nubes cambiaron del blanco a un rosa nacarado y después a un escarlata ribeteado de oro. El cielo estaba teñido de los más pálidos azules y verdes, salpicado de oro aquí y allí, mientras las pálidas y temblorosas estrellas se iluminaban cada vez más a medida que el mundo se oscurecía. Al poco rato apareció la luna, roja como la sangre al principio, luego

amarilla y finalmente plateada, bañando la tierra de plata y proyectando sombras negras como el carbón.

El fon y yo permanecemos bebiendo a la luz de la luna hasta que se hizo tarde. Entonces se volvió hacia mí y señaló su villa.

—Yo creer que a ti gustarte bailar de vez en cuando —dijo—, así que mandar hacer música. Gustarte bailar antes de irte, ¿eh?

—Sí, gustarme —contesté.

El fon se levantó con un esfuerzo y, asomándose peligrosamente a la baranda de la galería, gritó una orden a alguien que esperaba abajo. Unos momentos después apareció un haz de luces en el gran patio y la banda femenina del fon se congregó en el camino y empezó a tocar. Pronto acudió una numerosa concurrencia, incluyendo a la mayoría de consejeros. El fon escuchó un rato la música, agitando la mano y sonriendo, hasta que se levantó y me alargó la mano.

—¡Venir! —invitó—. Nosotros bailar, ¿eh?

—¡Espléndido, espléndido! —le imité, y él graznó de alegría.

Cruzamos la brumosa galería hasta la escalera; el fon me rodeó los hombros con su largo brazo, en parte por afecto y en parte para apoyarse e iniciamos el descenso. A medio camino, mi compañero se detuvo para ejecutar unos pasos de baile, tropezó con su túnica de gala y, de no ser por la firmeza con que se agarró a mi cuello, habría rodado escaleras abajo hasta el camino. Pasamos unos momentos de apuro, tambaleándonos violentamente, antes de recobrar el equilibrio; el grupo de esposas, retoños y consejeros exhaló un penetrante grito de horror y consternación al ver a su señor en semejante peligro y la banda dejó de tocar.

—¡Música, música! —vociferó el fon mientras seguíamos bajando de modo precario la escalera—. ¿Por qué parar, eh?

La banda volvió a tocar, nosotros recuperamos del todo el equilibrio y descendimos sin novedad el resto de los escalones. El fon se hallaba en un óptimo estado de ánimo e insistió en bailar por el patio cogido de mi mano, chapoteando sobre los charcos, mientras la banda nos seguía, tocando un poco a destiempo. Cuando llegamos a la choza de baile, se sentó en su trono a descansar y la corte se entregó a la danza.

Al cabo de un rato, durante una pausa, pregunté al fon si podía llamar a la banda para que yo examinara de cerca sus instrumentos. Todos sus miembros se aproximaron al estrado sobre el que nos encontrábamos y yo probé uno tras otro los instrumentos después de recibir instrucciones acerca de su correcto uso. Ante la sorpresa general, incluida la mía, logré tocar los primeros acordes de *Vienen los Campbell* con la flauta de bambú. El fon estuvo tan contento con esto que me lo hizo repetir varias veces mientras él me acompañaba con un gran tambor y uno de los consejeros con un extraño instrumento, parecido a una bocina de niebla. El efecto no fue muy musical, pero la interpretación rebosó energía y sentimiento. Después tuvimos que repetirlo para que el fon pudiera oír cómo sonaba con todo el

acompañamiento de la banda. De hecho, sonaba bastante bien gracias a que la mayoría de mis notas desentonadas eran apagadas por los tambores.

Cuando hubimos agotado las posibilidades musicales de la melodía, el fon mandó a buscar otra botella y nos sentamos a contemplar a los bailarines. La inactividad no tardó en inquietar a mi compañero, que después de una hora empezó a removerse en el trono y a mirar con enojo a la banda. Llenó nuestros vasos, se apoyó en el respaldo y continuó mirando con ojos que despedían chispas.

—Este baile no gustarme —confesó por fin.

—Ser bonito —dije—, ¿por qué no gustarte?

—Demasiado lento —observó y en seguida añadió, inclinándose hacia mí con una sonrisa cautivadora—: ¿Querer que nosotros bailar tu danza especial?

—¿Danza especial? —repetí, con la mente algo confusa—.

¿Qué danza?

—Uno, dos, tres, puntapié; uno, dos, tres, puntapié —tarareó el fon.

—Ah, ésa. Sí, nosotros bailar, si a ti gustarte.

—A mí gustarme demasiado —declaró con firmeza.

Me precedió hasta la pista de baile y me agarró con fuerza por la cintura mientras todos los demás, charlando y sonriendo de gozo, se unían a nosotros formando una cola. Con objeto de introducir alguna variedad en el asunto, pedí prestada una flauta y la toqué ruidosa y desafinadamente mientras los conducía en una danza salvaje alrededor de la choza de baile y afuera, entre las chozas de las esposas del fon. La noche era cálida y media hora de este ejercicio me dejó sudoroso y sin aliento. Nos paramos para descansar y beber un refresco. Era evidente, sin embargo, que mi conga bullía en la sangre del fon que, sentado en su trono con los ojos brillantes y los pies inquietos, tarareando en voz baja, esperaba con mal disimulada impaciencia a que yo recobrara el aliento para sugerir la repetición del baile completo. Decidí que debía distraerle de algún modo, porque la conga me resultaba demasiado movida para una noche tan sofocante y, por añadidura, me había golpeado la espinilla contra el marco de una puerta durante la última rondalla y me dolía mucho. Me devané los sesos en busca de otro baile menos frenético y melodía fácil de aprender para la banda y, cuando hube hecho mi elección, pedí de nuevo una flauta y la ensayé unos minutos. Después volví hacia el fon, que me había estado observando con gran interés.

—Si la banda querer aprender esta música especial, yo enseñarte otro baile europeo —le dije.

—¡Ah, espléndido, espléndido! —exclamó con los ojos brillantes y, volviéndose, conminó a la banda al silencio y les hizo dar vueltas alrededor del estrado mientras yo les tocaba la melodía.

La captaron en un tiempo sorprendentemente corto e incluso añadieron pequeñas variaciones. El fon pateó con alborozo.

—Bonita música —encomió—. Ahora enseñarme el baile, ¿eh?

Miré a mi alrededor y elegí a una jovencita que me parecía más inteligente que las

demás; la enlacé hasta donde me permitía el decoro (porque no se cubría con ninguna prenda) y cruzamos la pista en una animada polca. Tras una vacilación momentánea, mi pareja se adaptó a la perfección al paso y empezamos a girar y saltar con gran estilo. Para demostrar su aprobación de este nuevo baile, el fon empezó a dar palmadas y la corte le imitó inmediatamente; al principio fue un aplauso normal y entrecortado, pero como nuestro auditorio era africano, continuó acompañando el ritmo del baile hasta que acabó. La muchacha y yo dimos cinco vueltas a la espaciosa pista, tras lo cual nos vimos obligados a detenemos para descansar. Cuando llegué al estrado, el fon me alargó un vaso lleno de whisky y me propinó una palmada en la espalda mientras me sentaba.

—¡Bonito baile! —exclamó.

Asentí con la cabeza y bebí un gran trago. En cuanto hube dejado el vaso, el fon me cogió de la mano y me condujo de nuevo a la pista.

—Venir —apremió con persuasivo acento—; tú enseñarme este baile.

Enlazados, bailamos la polca alrededor de la habitación, pero no fue un gran éxito, porque las túnicas de mi pareja se enredaban entre mis pies, obligándonos a hacer un alto tras otro. Teníamos que esperar pacientemente a que un grupo de consejeros nos desenredara y entonces continuábamos: un, dos, tres, salto, para terminar en el extremo opuesto atados como un par de palos de mayo.

Por fin eché una ojeada al reloj y vi, consternado, que eran las tres. Muy a mi pesar tuve que despedirme del fon y retirarme para ir a la cama. Él y su corte me acompañaron hasta el gran patio, donde nos separamos. Mientras subía la escalera, me volví a mirarlos: entre las centelleantes linternas, todos bailaban la polca. El fon bailaba y saltaba solo en el centro, agitando un largo brazo y gritando: —¡Buenas noches, amigo mío, buenas noches!

Le saludé con la mano y me arrastré con alivio hasta la cama.

A las ocho y media de la mañana siguiente, el camión ya había llegado y la colección estaba amontonada en su interior. Un número increíble de bafutianos había acudido a despedirme y verme partir; habían empezado a ir a primeras horas de la mañana y ahora flanqueaban el camino, charlando entre sí y esperando mi marcha. El último fardo era izado hasta el camión cuando el sonido de tambores, flautas y matracas anunció la llegada del fon, que iba a despedirme. Vestía, como el día de mi llegada, con una sencilla túnica blanca y un casquete de color rojo vino. Le acompañaba su séquito de polícromos consejeros. Se acercó a grandes zancadas y me abrazó y después, con mi mano en la suya, dirigió a los bafutianos presentes unas frases breves y rápidas. Cuando enmudeció, el gentío estalló en fuertes «arrrrrs» y empezó a dar rítmicas palmadas. El fon me dijo, alzando la voz:

—Mi pueblo lamentar demasiado que tú irte de Bafut.

Todos recordarte siempre y tú no olvidar Bafut, ¿eh?

—Yo jamás olvidarme de Bafut —respondí, fiel a la verdad, haciéndome oír con dificultad por encima del estruendo que representaban las fuertes y constantes

palmadas de centenares de manos negras.

—Bien —dijo con satisfacción, estrechándome la mano y apretándola—. Siempre recordar a mi amigo y no olvidar nunca los felices tiempos pasados juntos. Dios querer que tú llegar sano y salvo a tu país. Buen camino, amigo mío, buen camino.

Mientras el camión se alejaba, las palmadas se hacían más y más rápidas, hasta que sonaron como lluvia sobre un tejado de zinc. Avanzamos dando tumbos, con lentitud, y al llegar al recodo me volví a mirar el camino: estaba bordeado por una multitud negra y desnuda que agitaba las manos a la vez que aplaudía y al final de aquella avenida de manos inquietas y dientes deslumbrantes se erguía una alta figura vestida de un blanco immaculado. Alzó un largo brazo y una mano enorme ondeó en señal de despedida cuando el camión dobló el recodo y empezó a subir por el camino de tierra roja que serpenteaba por las rutilantes colinas doradas.



CAPÍTULO 10

UN ZOOLÓGICO BAJO LA LONA

Una de las cosas más frustrantes para el coleccionista es que raramente puede llegar a conocer a ninguno de sus animales hasta casi el final de su viaje. Durante los cuatro primeros meses sólo son especímenes para él, porque no tiene tiempo de observarlos con el detenimiento suficiente para que asuman caracteres propios. Se preocupa de que estén debidamente alojados, los alimenta y limpia, pero no puede hacer nada más porque pasa todo su tiempo libre intentando añadir más ejemplares a su colección. Hacia el final del viaje, en cambio, el número de sus animales ha adquirido tales proporciones que no puede alejarse mucho de ellos porque le dan demasiado trabajo. Entonces tiene que depender casi exclusivamente de los cazadores nativos para la obtención de nuevos ejemplares y él se encuentra recluido en el campamento todo el día y dispone por fin de la oportunidad de conocer a los animales que ha coleccionado. Las cosas habían llegado a este punto cuando regresé de Bafut. No sólo teníamos animales de las praderas, pues durante mi estancia en las montañas Smith no había cesado de añadir a la colección ejemplares de la fauna silvestre local. Bajo el gran techo de lona de nuestra tienda vivía el número suficiente de animales para formar un pequeño zoológico.

Así, pues, al regresar a nuestro cálido y húmedo campamento base a orillas del río Cross, empecé a apreciar por primera vez a algunas de mis capturas de las praderas. Por ejemplo, el damán. Hasta que los tuve en el campamento base los consideré animales bastante corrientes cuyo único derecho a la fama radicaba en su parentela. A primera vista podría perdonarse el hecho de confundir a un damán con un miembro común del gran grupo de los roedores y al verlos mordisquear las hojas o roer una jugosa corteza es fácil llegar a la precipitada conclusión de que están emparentados con los conejos. Sin embargo, no deja de ser un gran error, porque el damán es un ungulado, orden que incluye a los bovinos, antílopes, cerdos y caballos; y el pariente más próximo del damán no es el conejo sino el elefante, por improbable que parezca.

Por la formación ósea de las patas y otros detalles anatómicos, el damán se clasifica como más cercano al elefante y al rinoceronte que a cualquier otro animal. Ésta es la clase de información que induce a muchos a preguntarse si los zoólogos están del todo cuerdos, porque un damán se parece tanto a un elefante como éste a un colibrí. Sin embargo, el parentesco es más claro si se entra en detalles más complicados de anatomía y dentición. Hablando con franqueza, ésta era toda la información que yo tenía sobre los damanes.

Cuando llegué al campamento base, el viejo damán hembra que se había ensañado con el pie del sabueso y sus dos rechonchas crías habían sido trasladados de la primera jaula pequeña a una mucho mayor donde tenían amplio espacio para moverse y un dormitorio privado al que retirarse cuando por alguna razón se sentían poco sociables. En esta jaula advertí varias cosas que no había observado antes en ellos. Para empezar, tenían lo que se llama «hábitos de lavabo», es decir, siempre depositaban los excrementos en un lugar de la jaula. Hasta entonces no me había dado cuenta de la ganga que un animal con dichos hábitos puede representar para un coleccionista muy ocupado. En cuanto comprendí el significado del montoncito de excrementos que encontraba todas las mañanas en un rincón de la jaula, me propuse simplificar la operación de limpieza de ésta y la equipé con una lata redonda y poco profunda que hiciera las veces de letrina. A la mañana siguiente me fastidió ver que habían despreciado mi ofrecimiento, apartando la lata y depositando sus excrementos en el lugar de costumbre y a su manera habitual. Así, pues, aquella noche volví a meter la lata, pero esta vez puse en el fondo un montoncito de sus propias heces. Al otro día vi con regocijo que la lata estaba llena de excrementos y el suelo de la jaula, inmaculado. En lo sucesivo, la limpieza de la jaula me ocupaba alrededor de cinco minutos; me limitaba a vaciar la lata, lavarla y colocarla de nuevo en su sitio. Era un auténtico placer limpiar la jaula del damán.

Como contraste, citaré el caso de las ratas de bolsa: estos roedores, grandes como un gato pequeño, vivían en la jaula contigua de la de la familia de damanes y pertenecían al irritante grupo de animales que no quieren —o no pueden— vaciar sus intestinos sino es en el agua y, aún mejor, agua corriente. En este estado salvaje seguramente usan un arroyo para este fin y la corriente se lleva las heces para fertilizar alguna planta río abajo. Sin embargo, en una jaula, yo no podía suministrar un arroyo a las ratas de bolsa, así que usaban el mejor sustituto disponible: un recipiente con agua. No hay nada tan frustrante como poner en una jaula un recipiente lleno de agua limpia y clara y encontrarlo cinco minutos después rebosante de estiércol líquido. Era preocupante, porque con el calor los animales necesitaban un suministro continuo de agua potable fresca y las ratas la ensuciaban antes de beberla. Tras muchos intentos vanos de hacerles abandonar esta costumbre, decidí ponerles un gran recipiente de agua como letrina y darles de comer gran cantidad de fruta jugosa con la esperanza de que esto calmara su sed.

Pero volviendo al damán: en Bafut los consideraban animales aburridos y

antipáticos que se pasaban la vida en cuclillas y masticando hojas con una mirada ausente en los ojos. En el campamento base descubrí que estaba completamente equivocado, porque un damán, cuando está en vena, puede ser tan vivaz como un cordero. Al atardecer, cuando el sol invadía su jaula, la vieja hembra solía yacer con un aspecto tan imponente como un león de Trafalgar Square, masticando metódicamente un manojo de espinacas tiernas u hojas de mandioca, mientras sus crías jugaban entre sí. Éstas eran muy traviesas y se perseguían una y mil veces por toda la jaula, asombrándome en ocasiones al trepar por el fondo liso de madera hasta que llegaban al techo, desde donde se dejaban caer al suelo. Cuando se cansaban de estas exhibiciones en el muro de la muerte, usaban el cuerpo rechoncho y yacente de su madre como castillo. Uno se encaramaba a la espalda, mientras el otro lo atacaba e intentaba hacerlo caer. De vez en cuando subían los dos a la espalda, abrazados en mortal combate, mientras la madre permanecía inmóvil, masticando sin parar, como si estuviera en trance. Era una delicia contemplar estos juegos, que no obstante tenían un inconveniente: el de que las crías los continuaban hasta tilias horas de la noche, en especial si había luna. Es extremadamente difícil conciliar el sueño cuando un par de crías de damán corretean por su jaula, produciendo un ruido semejante al de dos sementales en un box. Incorporarme en la cama y gritar «silencio» en tono amenazador les hacía enmudecer durante media hora; si para entonces no había vuelto a dormirme, me desvelaban los golpes contra la madera, el chirrido del alambre y el melodioso entrechocar de los comederos al ser derribados. Los damanes lo eran todo menos aburridos.

Otro animal que empezó a mostrar su verdadera identidad cuando llegamos al campamento base fue la ardilla de oreja negra, la misma que armara tanto escándalo en la escalera de la villa en Bafut. Aquel episodio, aunque entonces yo no lo sabía, fue una pequeña muestra de lo que podía llegar a hacer cuando estaba en vena, porque su máxima ilusión en la vida parecía consistir en escapar y ser perseguida por una muchedumbre. Como ya he mencionado, era muy joven y al cabo de muy poco tiempo se volvió extraordinariamente mansa y me permitía cogerla y ponerla sobre mi hombro, donde se sentaba en cuclillas e investigaba mi oreja con la esperanza de que yo fuera lo bastante sensato para segregar una nuez de palma u otro bocado exquisito. Mientras no había más de cuatro personas a nuestro alrededor, se portaba con el máximo decoro, pero en cuanto éramos más, la invadía el malsano deseo de ser perseguida. Al principio pensé que la gente la asustaba y confundía y que se escapaba para huir de ella, pero pronto descubrí que no se trataba de esto, porque si veía rezagarse a sus perseguidores, se detenía y, sentada, esperaba a que la alcanzaran. Era un poco irónico que la hubiéramos bautizado *Bbomboncito* (por su docilidad y buen carácter) antes de descubrir su vicio. La primera carrera organizada por *Bbomboncito* tuvo lugar tres días después de nuestra llegada a la tienda.

La provisión de agua del campamento se guardaba en dos grandes bidones de gasolina colocados cerca de la cocina que eran llenados diariamente por los reclusos

de la prisión local, un alegre grupo de hombres vestidos con blusones y pantalones cortos de un blanco immaculado que subían por la abrupta ladera de la colina hasta el campamento cargados con latas de petróleo rebosantes de agua que llevaban sobre las cabezas afeitadas. Detrás de ellos iba un guardián, luciendo un impresionante uniforme de color caqui cuyos botones centelleaban al sol y blandiendo con aire eficiente una porra corta. Los reclusos, cuyos delitos oscilaban entre pequeños hurtos y el homicidio, cumplían su tedioso trabajo con gran buen humor y, cuando alguien los saludaba, sonreían, radiantes de placer. Una vez al mes, yo distribuía entre ellos paquetes de cigarrillos y el guardián les permitía (mientras tomaba una cerveza conmigo) pasear por el campamento y admirar la colección de animales. Gozaban mucho de esta interrupción en su rutina y, apiñados en torno a los monos, se desternillaban de risa ante sus exhibiciones o echaban una ojeada a la caja de las serpientes para sentir la emoción del miedo.



Una mañana, la llegada de los reclusos coincidió con la hora del desayuno de *Bbomboncito*. Pasaron por delante de mí con los rostros brillantes de sudor, sonriendo amistosamente y saludándome con un: «Buenos días, *masa*. Ya llegar... Traer agua para *masa*... *Iseeya, masa*...», etcétera. El guardián me dedicó un saludo tremendamente marcial y después sonrió como un niño. Mientras volcaban el contenido de las latas en los bidones de gasolina, yo saqué a *Bbomboncito* de la jaula, lo senté en la palma de mi mano y le di un terrón de azúcar. Lo cogió con la boca y entonces, al mirar a su alrededor, vio el grupo de reclusos cerca de la cocina, intercambiando chismes y bromas subidas de tono con los criados. Después de cerciorarse de que había el auditorio suficiente para procurarle una buena diversión, la ardilla saltó con agilidad de mi mano y cruzó al galope el claro del campamento,

con la cola ondeando tras ella como una llama en una corriente de aire. Me lancé en su persecución, pero antes de que diera un par de pasos, *Bbomboncito* ya había alcanzado el lindero y desaparecido de mi vista. Pensando que nunca más volvería a verla, proferí tal gemido de angustia que todo el mundo dejó lo que hacía y corrió hacia mí.

—El buey escaparse —grité a los reclusos—; yo pagar cinco chelines a quienes poder atraparlo.

Los resultados de mi ofrecimiento fueron asombrosos: los reclusos dejaron caer sus latas de agua y corrieron hacia los matorrales, seguidos de cerca por el guardián, que se despojó de porra y sombrero por si obstaculizaban sus movimientos. Todos los criados se sumaron a la caza y el numeroso grupo desapareció entre las matas y la maleza en busca de *Bbomboncito*. Rastrillaron concienzudamente la zona sin encontrar el menor signo del animal y después descubrimos que el descarado había estado todo el tiempo sentado en las ramas de un pequeño arbusto, contemplando cómo le buscaban mientras masticaba su terrón de azúcar con toda tranquilidad. Cuando se vio descubierto, saltó al suelo y corrió a través del claro hacia la senda que ascendía por la colina, perseguido con furor por una muchedumbre jadeante compuesta por el guardián, los reclusos y la servidumbre, todos los cuales desaparecieron tras la línea del horizonte. La paz volvió a reinar en el campamento, aunque no por mucho rato, pues a los pocos minutos reapareció *Bbomboncito* en la cresta de la colina, la bajó a galope tendido, entró en la tienda como una exhalación y se metió en su jaula, donde empezó a roer con expresión inocente un trozo de caña de azúcar. Media hora más tarde, guardián, reclusos y criados regresaron agotados al campamento, acalorados y sudorosos, para informar de que el animal se les había escapado y ahora estaría sin duda en plena selva. Cuando les enseñé a *Bbomboncito* (que ya había acabado de comer y dormía a pierna suelta) y les dije cómo había vuelto, me miraron con asombro durante un minuto antes de que su naturaleza africana captara el humor de la situación y se dispersaran por el campamento retorciéndose de risa, golpeándose los muslos y con las mejillas bañadas en lágrimas. El guardián era presa de tal ataque de hilaridad, que se abrazó al cuello de uno de los reclusos, sollozando entre carcajadas.

En lo sucesivo, tanto el guardián como los reclusos llevaban algún regalo al buey que les había hecho correr tanto y «tomado demasiado el pelo»; a veces era un trozo de caña de azúcar, otras un puñado de cacahuets, un poco de mandioca o un pedazo de pan. Fuera lo que fuese, *Bbomboncito* se sentaba ante la alambrada y recibía los dones con chillidos de placer, mientras los presos se reunían a su alrededor y se contaban entre sí, o a cualquier miembro nuevo del grupo, la historia de su persecución de la ardilla, que provocaba nuevos accesos de hilaridad y cálidas alabanzas a *Bbomboncito* por su hábil táctica de evasión. Ésta fue sólo la primera de numerosas ocasiones en que *Bbomboncito* creó el caos en el campamento.

Entre los muchos animales diferentes que nos llevaron mientras estuvimos en el

campamento base, alrededor de una quinta parte eran crías y, aunque casi todas nos parecían encantadoras, causaban mucho trabajo extra, ya que los animales muy jóvenes requieren el mismo cuidado y atención que un bebé humano. Nos encariñamos con todos ellos, pero en especial con un trío de animalitos deliciosos y al mismo tiempo irritantes a los que llamamos los *Bandidos*. Se trataba de kusimanses, una especie de mangosta bastante común en la región boscosa. Los adultos alcanzan el tamaño de un conejillo de Indias y tienen un pelaje tupido y áspero, color de chocolate, una cola muy peluda y una cara larga y puntiaguda con hocico rosado y flexible y ojos circulares y saltones. Los *Bandidos* eran a su llegada del tamaño de una rata pequeña y acababan de abrir los ojos. Su pelo tenía un brillante color de jengibre y crecía a mechones por todo su cuerpo, prestándoles cierto parecido con el erizo. El hocico era la parte más prominente de su anatomía, largo y de un rosa vivo, y tan flexible que podía doblarse de lado a lado como una trompa de elefante en miniatura. Al principio tuvimos que alimentarlos con leche mezclada con calcio y aceite de hígado de bacalao, lo cual no era tarea fácil; bebían más leche que cualquier otro animal que haya conocido y planteaban además el problema de que eran demasiado pequeños para succionar el biberón que usábamos para las otras crías, así que fue preciso alimentarlos sujetando un poco de algodón al extremo de un palo, empapándolo de leche y dándoselo a chupar. Esto funcionó admirablemente al principio, pero en cuanto sus afilados dientecitos empezaron a perforar las encías, el asunto se puso difícil. Eran tan glotones que se aferraban al algodón y lo defendían como perros de presa, negándose a soltarlo para que yo pudiera empaparlo otra vez de leche. En muchas ocasiones hacían tanta fuerza que el algodón se desprendía del palo y entonces intentaban tragárselo y sólo metiéndoles el dedo en la garganta y recuperando el algodón antes de que desapareciera podía salvarles de morir ahogados. Este procedimiento siempre les provocaba vómitos y, naturalmente, después de vomitar volvían a tener hambre y era preciso repetir toda la operación. Quienquiera que alardee de ser paciente debería tratar de alimentar a mano a una cría de kusimanse.



Cuando les hubieron salido los dientes y sabían andar bien se tornaron muy inquisitivos y siempre intentaban meter los rosados hocicos en los asuntos ajenos. Vivían en lo que llamábamos el jardín de infancia —una colección de cestos que alojaban a todas las crías—, situado entre nuestras dos camas para tenerlos al alcance cuando les tocaba el biberón nocturno. La tapadera del cesto habitado por los *Bandidos* no era muy segura y tardaron muy poco en aprender a levantarla; entonces se escabullían para hacer rondas de inspección por el campamento. Esto era muy preocupante porque los *Bandidos* parecían no conocer el miedo y metían la nariz con igual libertad en jaulas de monos o cajas de serpientes. Sus vidas estaban consagradas a la búsqueda de alimentos y mordían todo lo que les salía al paso con la esperanza de que fuera algo sabroso. Por entonces teníamos una mona colobo adulta, animal que poseía un maravilloso abrigo, largo y espeso, de sedoso pelo blanco y negro y una cola larga, en forma de pluma, también blanca y negra, de la que parecía estar muy orgullosa, porque siempre se esmeraba en mantenerla limpia y brillante. Un día los *Bandidos* se escaparon del jardín de infancia y deambularon en torno a las jaulas de los monos para ver qué encontraban. La mona colobo estaba recostada en el fondo de la jaula, tomando un baño de sol, y su larga y hermosa cola colgaba entre los barrotes y llegaba hasta el suelo. Uno de los *Bandidos* descubrió este curioso objeto y, como no parecía pertenecer a nadie, se acercó corriendo y hundió en él sus afilados dientecitos para saber si era comestible. Los otros dos, al ver que había encontrado algo, se unieron inmediatamente a su hermano y se aferraron a la cola. La infortunada mona, chillando de rabia y pavor, trepó hasta el techo de la jaula, pero esto no ahuyentó a los *Bandidos*, que no soltaron su presa, y cuanto más arriba trepaba la mona, a más altura quedaban suspendidos los *Bandidos* de la cola a la que estaban agarrados. Cuando llegué allí pendían a unos treinta centímetros del suelo, oscilando de un lado a otro y gruñendo los tres con los dientes apretados. Me costó varios minutos inducirles a soltar su presa y sólo lo hicieron porque les soplé a la cara humo de cigarrillo, provocándoles tos.

Cuando los *Bandidos* tuvieron la edad suficiente para disponer de una jaula especial propia, equipada con dormitorio, alimentarlos se convirtió en una tarea difícil y peligrosa. Se excitaban tanto a las horas de comer que clavaban los dientes en cualquier cosa que se pareciera remotamente a comida, así que era necesario vigilar las manos. En vez de esperar a que el plato de comida estuviera dentro de la jaula, como cualquier animal sensato, saltaban hacia la puerta para salirle al encuentro, me lo arrebatában de las manos y luego caían al suelo hechos un ovillo, todos gritando como locos de rabia y frustración. Al cabo de un tiempo me harté de que los *Bandidos* se lanzaran como cohetes de color jengibre cada vez que pretendía alimentarlos, de ahí que elaborase un plan. Dos de nosotros nos acercábamos a la jaula a las horas de comer y los *Bandidos* se lanzaban contra los barrotes, gritando y con los ojos desorbitados por la emoción. Entonces uno de nosotros golpeaba la puerta del dormitorio y ellos, pensando que la comida entraría por allí, se

abalanzaban en dirección a la alcoba, luchando entre sí para llegar primero. Mientras estaban ocupados de este modo, disponíamos de dos segundos de tregua antes de que adivinaran el engaño y durante estos dos segundos había que abrir la puerta de la jaula, meter la comida, retirar la mano y asegurar otra vez la puerta. Si no se era lo bastante rápido o se hacía el menor ruido que atrajera su atención, los *Bandidos* salían dando tumbos del dormitorio, chillando y chirriando, volcaban el plato y mordían indiscriminadamente la comida y la mano. Era exasperante.

Más o menos por esta misma época nos trajeron un par de crías que resultaron estar llenas de encanto y personalidad. Eran puercos del río Rojo y, como los kusimanses, no se parecían en nada al animal adulto. En su edad adulta el puerco del río Rojo es quizá el miembro más atractivo de la familia de los cerdos y sin duda el más coloreado. Tiene un pelo brillante entre anaranjado y rojizo con marcas más oscuras, casi color de chocolate, alrededor del hocico. Sus grandes orejas terminan en dos extraordinarios mechones finos de pelo blanquísimo, que también les crece en el lomo como una crin. Como todos los cerdos jóvenes, las dos crías eran rayadas: el color básico era un marrón oscuro, casi negro, y anchas franjas de brillante pelo amarillo mostaza los decoraban del hocico a la cola, un colorido que les daba un aspecto más semejante a gruesas avispas que a crías de puerco.

El pequeño macho fue el primero en llegar, muy triste, dentro del cesto que llevaba sobre la cabeza un musculoso cazador. Era evidente que necesitaba una buena ración de leche caliente y en cuanto hube pagado a su portador, le preparé un biberón y lo coloqué sobre mis rodillas. Debía de tener el tamaño de un pequinés y como descubrí muy pronto poseía pezuñas y colmillos bien afilados. Nunca había visto un biberón y desde el principio lo trató con la mayor suspicacia. Cuando lo puse sobre mis rodillas e intenté meterle la tetina en la boca, agitó las patas y chilló, rasgándose los pantalones con las pezuñas y tratando de morder con sus diminutos colmillos. Al cabo de cinco minutos los dos estábamos bañados en leche, pero él no se había tragado ni una gota. Al final tuve que sujetarlo con firmeza entre las rodillas, abrirle el hocico con una mano y llenárselo de leche con la otra. En cuanto las primeras gotas hubieron bajado por su garganta, dejó de luchar y gritar y a los pocos minutos chupaba el biberón con todas sus fuerzas. Después ya no me dio más trabajo y a los dos días ya había perdido el miedo y corría a los barrotes de la jaula cuando me veía aparecer, chillando y gruñendo de alegría y rodando para quedarse panza arriba y dejarse rascar.

El puerco hembra llegó una semana después, protestando con tanta energía que la oímos mucho antes de que apareciera con el cazador. Su tamaño casi doblaba el del macho, así que por el momento decidí tenerlos en jaulas separadas, pues temía que el pequeño resultara lastimado. Sin embargo, cuando coloqué a la hembra en la jaula contigua, demostraron tanta alegría al verse, corriendo hacia los barrotes que los separaban, chillando y frotando sus hocicos, que decidí dejarles compartir en seguida el alojamiento. Una vez juntos, el minúsculo macho se acercó, olfateando

ruidosamente, luego propinó un suave empujón a la hembra en las costillas y ésta bufó y se escabulló hasta el otro extremo de la jaula. Él la persiguió y ambos corrieron de un lado a otro, dando volteretas y giros con una agilidad asombrosa en animales tan pausados. Cuando se cansaron, desaparecieron bajo el montón de hojas secas de banana que les había preparado y se durmieron, roncando como una colmena en una noche de estío.

La hembra, por razón de su mayor edad, aprendió muy pronto a complementar el biberón con un plato de fruta y hortalizas picadas. Después de darles el biberón a ambos, metía en la jaula un cuenco ancho y poco hondo lleno de esta mezcla y la hembra pasaba la mañana con el hocico hundido en ella, emitiendo diversos ruidos porcinos y suspirando a intervalos. El pequeño macho no podía entenderlo y solía indignarse mucho al verse despreciado; se acercaba a empujarla con el hocico o a mordisquear sus patas hasta que ella se volvía de repente con gritos airados y lo ahuyentaba. Intentó varias veces descubrir qué había en el plato para atraer tanto a la hembra, pero no lograba encontrar nada excitante en un montón de fruta picada, así que se alejaba de mal humor y se sentaba en un rincón a esperar que ella terminase. Sin embargo, un día decidió que él también merecía una comida extra y recurrió al sencillo expediente de chupar la larga cola de su compañera. Llegó a convencerse de que si succionaba largo rato y con la fuerza suficiente, conseguiría extraer leche. Así, mientras ella permanecía con el hocico metido en el plato de fruta y verdura, el macho se situaba detrás y le chupaba la cola con gran afición, lo cual no parecía molestar demasiado a la hembra, pero sus entusiastas succiones dejaron la cola completamente calva y, a fin de que el pelo volviera a crecer, tuve que ponerlos en jaulas separadas, permitiéndoles estar juntos para que jugasen un rato sólo dos veces al día.

La vida en la tienda, al cuidado de medio centenar de animales, lo era todo menos aburrida. Nos rodeaban por doquier animales de todos los tamaños, especies y formas, desde ranas arborícolas a lechuzas y desde pitones a monos. A todas las horas del día y de la noche llenaba el aire un constante murmullo de extraños ruidos, que iban desde los maníacos alaridos y risas de los chimpancés al continuo chirrido de la rata de bolsa, convencida de que, si perseveraba contra toda oposición, lograría roer su cuenco metálico. A cualquier hora del día se podía encontrar algo que hacer o algo nuevo que anotar u observar. Los siguientes extractos de una semana de mi diario son una muestra de la gran cantidad de incidentes pequeños, pero excitantes o interesantes, que merecía la pena destacar:

«Los ojos de la joven ardilla Stanger hembra han cambiado: aquel bello matiz azul celeste se ha vuelto gris oscuro; cuando se la molesta por la noche produce el ruido de un tren eléctrico al ser levantado de los raíles... Una de las víboras de palma ha parido once crías de unos doce centímetros de longitud y un color pizarra pálido con franjas diagonales gris oscuro en maravilloso contraste con la madre, blanca y verde brillante; todas se lanzaron con violencia contra un palo a las dos horas escasas

de nacer... Las ranas arborícolas grandes y verdes hacen, justo antes de llover, un ruido semejante al tictac de un reloj, pero se detienen si me acerco a su jaula y no repiten la interpretación hasta el siguiente chubasco... He descubierto que a los gálagos les gustan las flores de una especie de caléndula que crece aquí; sostienen la ñor en la mano y arrancan los pétalos con la otra para llenarse la boca con ellos; entonces juegan con los restos como si fueran una pelota y tienen un aspecto muy ridículo con los enormes ojos mirando fijamente...

»Notas sobre alimentación: Al gato dorado le entusiasman los sesos y el hígado picados y mezclados con huevo crudo... ¡algunos animalitos tienen gustos bien exóticos! El pangolín (comedor de hormigas escamoso) no come su mezcla de huevo y leche si no está endulzada; se limita a volcar el plato... ¡fastidioso en extremo! Los murciélagos fruteros prefieren las bananas con piel, ya que se la comen junto con el fruto; al parecer, la piel impide que tengan diarrea. La fruta demasiado madura desarregla los intestinos de los monos (en especial los chimpancés... ¡un asco!); en cambio, los murciélagos comen y gozan sin efectos nocivos de la fruta en fermentación, siempre que vaya acompañada de bastante forraje. Por alguna extraña razón, un exceso de carne de cabra ocasiona ruptura del ano en las mangostas de marzo; aceite de hígado de bacalao caliente y una presión muy suave lo vuelve a poner en su sitio; el animal se queda exhausto y entonces le ayuda mucho una gota de whisky por cucharada sopera de agua.»

Éstas eran las pequeñas cosas que componían la vida en el campamento base; para nosotros eran de un interés absorbente y los días parecían tan llenos de color y acontecimientos que pasaban sin que nos diéramos cuenta. Por ello no es extraño que me mostrara bastante brusco con un muchacho agradable pero tonto que, después de ver la colección, observó:

—¿No sale nunca a disparar contra un mono o algo parecido? Me da la impresión de que debe morir de aburrimiento encerrado aquí todo el día con este lote.



CAPÍTULO 11

EL BOSQUE DE LOS RATONES VOLADORES

Cuando regresé a nuestro campamento base del río Cross, procedente de las montañas, sólo había una laguna de importancia en nuestra colección. Esta laguna era muy perceptible para mí porque se trataba de la ausencia de un animal minúsculo cuya captura me interesaba más que la de cualquier otro del Camerún. Su nombre popular es pigmeo de cola escamosa, mientras los zoólogos, a su manera familiar e impertinente, lo llaman *Idiurus kivuensis*. En Inglaterra había estudiado dibujos y ejemplares disecados de los museos y desde nuestra llegada a África había hablado incesantemente de él, hasta que incluso los criados sabían que *Idiurus kivuensis* era el nombre de un buey que yo apreciaba sobre todos los demás.

Sabía que el *Idiurus* era estrictamente nocturno y como además tema el tamaño de un ratón pequeño, no era probable que ninguno de los cazadores lo conociera. Acerté, pues no reconocieron el dibujo de que yo disponía. Por lo que pude colegir de la escasa literatura sobre la especie, el animal vivía en colonias dentro de los árboles huecos y prefería las partes menos accesibles del bosque. Expliqué esto a los cazadores con la frágil esperanza de incitarles a buscar ejemplares, pero fue inútil; el africano no sale a cazar un animal que no ha visto nunca porque considera probable que no exista: salir en su búsqueda sería una pérdida de tiempo. Mi problema había sido exactamente el mismo en el caso de las ranas peludas, de ahí que comprendiera que mis cuentos de ratones muy, muy pequeños que volaban como pájaros de árbol en árbol estaban predestinados al fracaso desde el principio. Una cosa era clara: si quería el *Idiurus*, tendría que salir a cazarlo yo solo y, además, sin tardanza, pues nos quedaba poco tiempo. Decidí establecer mi cuartel general para la caza del *Idiurus* en

el pueblo de Eshobi; se encontraba a un día de marcha del campamento base, en las profundidades del bosque, y conocía bien a sus habitantes porque me había alojado allí en una visita previa al Camerún. Pretender capturar a un animal del tamaño de un ratón en una selva tropical que se extiende varios centenares de kilómetros en todas direcciones es como buscar una aguja en un pajar, pero son precisamente estas cosas las que prestan tanto interés a la captura de ejemplares vivos. Mis posibilidades de éxito eran una entre mil, pero partí alegremente hacia la selva.

El camino de Eshobi sólo puede ser apreciado por alguien dotado de una predilección de santo por la mortificación de la carne. En su mayor parte se parece a un cauce seco, aunque sigue una ruta que no elegiría ningún arroyo que se respetara. Describe una serie de imprevisibles zigzags entre los árboles, dando tumbos ocasionales por una escarpada ladera hasta llegar a un valle, después de cruzar un riachuelo y trepar por la ladera opuesta. En las pendientes, las rocas y piedras que constituían su superficie estaban siempre sueltas, por lo que a veces la bajada era más rápida de lo previsto. Sin embargo, cuando el camino empezaba a subir por la vertiente del otro lado del valle, las rocas habían aumentado considerablemente en número y estaban colocadas como una serie de peldaños, lo cual era una trampa y una ilusión, porque cada roca había sido puesta de modo que fuera imposible saltar de una a otra; todas estaban cubiertas por una tupida alfombra de musgo verde, begonias y helechos silvestres y antes de saltar nunca se conocía la forma del terreno de aterrizaje.

La senda siguió así unos cinco kilómetros; entonces subimos una cuesta desde el fondo de un profundo valle y encontramos un bosque de lecho plano y un camino casi tan liso como una carretera que serpenteaba entre árboles gigantescos en cuyo follaje había un claro de vez en cuando que dejaba filtrar un rayo de sol y en estas franjas soleadas, calentándose tras el rocío de la noche, se apiñaban bandadas enteras de mariposas, que levantaron el vuelo y nos rodearon mientras caminábamos, revoloteando, bajando en picado y dando vueltas como si estuvieran ebrias de sol. Eran blancas y diminutas como frágiles copos de nieve o bien grandes y torpes de alas brillantes como el cobre bruñido o multicolores, negras, verdes, rojas y amarillas. Cuando hubimos pasado, volvieron a posarse en la senda soleada para inmobilizarse alegremeníe, sólo abriendo y cerrando las alas de vez en cuando. Este ballet de mariposas era frecuente en el camino de Eshobi y, además, la única vida que suele verse, porque la selva no rebosa de animales peligrosos, como quieren hacernos creer algunos libros,

Durante unas tres horas, seguimos este camino, deteniéndonos a veces para que los sudorosos portadores pudieran dejar sus fardos en el suelo y descansar. Al cabo de un rato el camino se dobló en un recodo y allí terminó el bosque y nos encontramos en la calle principal y única del pueblo de Eshobi. Unos perros ladraban, pollos se dispersaban a nuestro paso, armando un gran alboroto, y un niño pequeño se levantó del polvo donde jugaba y huyó hacia la choza más cercana, gritando a pleno pulmón.

De repente, como surgido de la nada, nos rodeó un gentío bullicioso: hombres, muchachos y mujeres de todas las edades sonreían y daban palmadas, empujándose unos a otros para estrechar mi mano.

—¡Bienvenido, *masa*, bienvenido!

—¡*Iseeya*, *masa*, bienvenido!

—¡Tú venir, *masa*!

—¡Eh... eahhh! ¡*Masa*, tú volver a Eshobi!

Fui escoltado calle abajo por esta muchedumbre alborozada como si fuera un miembro de la realeza. Alguien trajo una silla y me sentaron en ella mientras todo el pueblo me contemplaba con admiración, sonriendo de oreja a oreja, exclamando «¡Bienvenido!», dando palmadas o haciendo chasquear los nudillos en un exceso de entusiasmo.

Todavía saludaba a viejos amigos y les preguntaba sobre sus parientes y descendencia cuando aparecieron mi cocinero y los portadores, momento en que se entabló una larga discusión sobre dónde me alojaría. Al final los lugareños decidieron que el único sitio apropiado para tan distinguido visitante era el recién construido salón de baile, una choza muy grande y circular cuyo suelo era liso como la madera cepillada gracias a las continuas pisadas de centenares de pies. Desalojaron a toda prisa a la orquesta de tambores, flautas y matracas, barrieron el suelo y me instalaron.

Cuando hube comido y bebido, el pueblo se congregó de nuevo para oír la razón de mi visita. Explicué con todo lujo de detalles que sólo había ido por muy poco tiempo con objeto de cazar una especie de animal que a continuación procedí a describir. Les enseñé un dibujo del *Idiurus*, que pasó de mano en mano, pero todos menearon la cabeza y dijeron con expresión triste que no lo habían visto nunca. Sentí una gran desilusión. Entonces reuní a tres cazadores con los que había trabajado antes y les dije que fueran inmediatamente al bosque y marcaran todos los árboles huecos que pudieran encontrar. Al día siguiente debían decirme cuántos habían encontrado y guiarme hasta ellos. Luego pregunté si entre los presentes había alguien que supiera trepar a los árboles. Se alzaron una docena de manos. Los voluntarios eran individuos muy diferentes entre sí y los observé con suspicacia.

—¿Vosotros saber trepar a los árboles? —volví a preguntar.

—Sí, *sah*, nosotros saber —fue el coro instantáneo y mentiroso.

Señalé un árbol enorme que crecía muy cerca del pueblo.

—¿Saber trepar a ese gran árbol? —inquirí.

El número de voluntarios se redujo inmediatamente, hasta que sólo quedó un hombre con la mano alzada.

—¿Tú poder trepar a ese gran árbol? —repetí, pensando que no lo había oído.

—Sí, *sah* —contestó.

—¿De verdad?

—Sí, *sah*, yo poder. Yo poder trepar a árbol aún más alto que éste.

—Está bien, mañana tú ir a la selva conmigo, ¿entendido?

—Sí, *sah* —respondió el hombre, sonriendo.

—¿Cómo llamarte?

—Peter, *sah*.

—Bien, tú venir mañana muy, muy temprano.

Los cazadores y demás habitantes del pueblo se dispersaron y yo desempaqueté el equipo y me preparé para el día siguiente. Al atardecer compareció todo el pueblo, en silencio y con gran cautela, para verme bañar, lo cual podían hacer con relativa comodidad porque las paredes del salón de baile tenían muchas ventanas e intersticios. Debían ser unas cincuenta las personas que me observaban mientras me enjabonaba y cantaba a voz en grito, pero yo no me di cuenta de este hecho hasta pasado un buen rato. No me preocupé, porque no soy excesivamente modesto y si mi audiencia (la mitad de la cual se componía de mujeres) guardaba silencio y se abstenía de hacer observaciones procaces, no tenía nada en contra de que me contemplaran. Sin embargo, Jacob llegó en aquel momento y se escandalizó mucho ante la impertinente curiosidad de los lugareños. Cogió un palo y arremetió contra ellos, ahuyentándolos y provocando gritos y empujones. Volvió jadeando y lleno de justa indignación. Poco después descubrí que se le habían olvidado dos miembros del auditorio, cuyas caras negras y serias continuaban asomadas a una de las ventanas. Le llamé.

—Jacob —dije, indicando la ventana con una mano jabonosa—, ellos volver.

Examinó las caras de la ventana.

—No, *sah* —contestó muy serio—, éstos ser mis amigos.

Por lo visto, no podía permitir que me mancillara el examen de una indiscriminada *masa* de aldeanos, pero sus amigos pertenecían a una categoría distinta. No supe hasta más tarde que Jacob era una especie de hombre de negocios: después de ahuyentar a los curiosos, había anunciado a todos que permitiría presenciar mi baño a quienes le pagaran un penique por dicho privilegio. Hizo algún dinero entre los habitantes más jóvenes del pueblo, muchos de los cuales no habían visto nunca a un europeo y querían apostar entre sí sobre si yo era o no blanco por todo el cuerpo.

A la mañana siguiente muy temprano aparecieron mis cazadores y el trepador de árboles. Al parecer los primeros habían encontrado y marcado unos treinta árboles huecos en diferentes partes del bosque. Se hallaban, sin embargo, dispersos por una zona tan extensa que sería imposible visitarlos todos en un día, así que decidí visitar primero los más alejados y luego ir regresando sobre nuestros pasos en dirección a la aldea.

La senda era el típico sendero del bosque, de unos cuarenta centímetros de anchura, que zigzagueaba entre los árboles como una serpiente moribunda. Al principio nos condujo por una ladera muy abrupta, entre grandes peñascos, coronado cada uno de ellos por un trozo de helechos y musgo y salpicado por las flores de una diminuta planta rosada muy parecida a la primavera. Aquí y allá pendían lianas de los

árboles, enormes lianas que adoptaban formas extrañas y se curvaban y retorcían sobre el camino como pitones gigantescas. En la cumbre de esta escarpada pendiente, la senda se ensanchaba y extendía por el suelo llano del bosque, entre los enormes troncos. El interior de la selva es fresco y en él reina la penumbra; la luz mortecina que se filtra a través del denso follaje presta al entorno un curioso ambiente subacuático. La selva no es la intrincada *masa* de maleza que describen los libros, sino que está compuesta de gigantescos troncos, semejantes a pilares, bien separados entre si e intercalados entre la fina maleza, los árboles jóvenes y plantas bajas semiocultas en la penumbra. Sin apartarnos del angosto sendero, seguimos caminando durante unos seis kilómetros y entonces un cazador se detuvo y clavó el machete en el tronco de un gran árbol provisto de un resonante hueco.

—Éste ser árbol con agujero dentro, *sah* —proclamó.

En la base del tronco había una grieta de unos sesenta centímetros de anchura por un metro de altura; me agaché, metí la cabeza y la torcí para mirar hacia la copa del árbol, pero si había una abertura arriba, la ocultaba a mi vista alguna curva del tronco, porque no se filtraba nada de luz desde la copa. Olfateé con fuerza, pero sólo conseguí oler a madera podrida. La base del árbol contenía únicamente excrementos de murciélago y los restos de diversos insectos. No parecía un árbol especialmente bueno, pero pensé que tal vez no sería mala idea humearlo y ver qué se escondía en su interior.

Humear un gran árbol de la selva, si sólo se hace de vez en cuando, es una experiencia emocionante. Mientras duró mi búsqueda del *Idiurus*, la emoción casi se desvaneció porque nos vimos obligados a humear muchos árboles cada día y una gran proporción no tenía nada dentro. Humear árboles es un verdadero arte y su perfeccionamiento requiere cierta práctica. En primer lugar, después de encontrarlo y adquirir la certeza de que está hueco hasta la copa, es preciso descubrir si existen orificios de salida en la parte superior del tronco, pues en tal caso hay que enviar a un hombre arriba que los tape con redes. Después se envuelve con red el agujero principal de la base de modo que no interfiera con el humeado pero impida con efectividad la fuga de cualquier ser vivo. Lo importante es cerciorarse de que esta red está bien segura, porque no hay nada tan exasperante como verla caer sobre uno y quedar envuelto en sus dobleces justo cuando los animales del interior del árbol empiezan a salir.

Una vez listas todas las redes, hay que solucionar el problema del fuego, el cual, al contrario de todas las creencias proverbiales, tiene que ser todo humo y nada de fuego, a menos que se quiera asar a los animales. Primero se coloca un pequeño montón de ramas secas ante la abertura, empapadas en petróleo y después encendidas. En cuanto prenden las llamas, se pone encima un puñado de hojas verdes que se deben ir reponiendo a medida que se consumen. Quemar estas hojas verdes apenas produce llama y sí, en cambio, grandes cantidades de humo denso que es inmediatamente absorbido por el hueco del árbol. El siguiente problema es cuidar de

que no haya *demasiado* humo, porque, si no se tiene mucha precaución, es fácil asfixiar a los animales antes de que puedan escapar del árbol. La idea es encontrar el punto medio entre asar y asfixiar a la presa. Una vez encendido el fuego y cubierto de hojas verdes, pasan generalmente tres minutos (según el tamaño del árbol) antes de que el humo se introduzca en todos los rincones y los animales empiecen a salir.

Humeamos nuestro primer árbol y todo lo que sacamos fue una gran mariposa nocturna, muy indignada. Recogimos las redes, apagamos el fuego y continuamos la marcha. El próximo árbol marcado por los cazadores se hallaba a medio kilómetro de distancia y cuando llegamos, repetimos la misma operación. Esta vez fue un poco más emocionante porque, a pesar de que no había ningún *Idiurus* en el tronco, cobijaba a varios animales; el primero en aparecer fue un pequeño gecko, bellamente rayado en chocolate y gris perla. Estas pequeñas salamandras son muy abundantes en la selva y es corriente encontrar a dos o tres en cada árbol que se humea. Pisando los talones al gecko aparecieron tres animalitos que, al salir precipitadamente de la humareda, parecían grandes salchichas marrones con un fleco de ondulantes patas a cada lado; eran ciempiés gigantes, grandes, estúpidas e inofensivas bestezuelas muy comunes en toda la selva. El interior de los árboles huecos es su vivienda favorita, porque se alimentan de madera podrida. Y tal era, al parecer, todo el contenido del árbol. Bajamos las redes, apagamos el fuego y continuamos. El árbol siguiente estaba completamente vacío, así como los tres posteriores. El séptimo ocultaba una pequeña colonia de murciélagos, todos los cuales salieron volando a la desbandada por un agujero en cuanto Peter intentó trepar por el tronco.

Repetimos este laborioso proceso de colocar las redes, humear el árbol, bajar las redes y seguir hasta el árbol siguiente quince veces durante el día y hacia el atardecer estábamos doloridos por mil cortes y magulladuras y teníamos la garganta irritada de haber respirado tanto humo. Nos sentíamos todos enormemente deprimidos porque no sólo no habíamos capturado ningún *Idiurus*, sino tampoco ningún otro animal que mereciera la pena. Cuando alcanzamos el último árbol que podríamos humear antes de que oscureciera, estaba tan cansado que ni siquiera me importaba encontrar un *Idiurus* en su tronco. Me puse en cuclillas, fumando un cigarrillo y esperando que los cazadores terminaran todos los preparativos. Humearon el árbol y no salió nada de su interior. Los cazadores me miraron.

—Bajar las redes; nosotros volver a Eshobi —dije con indiferencia.

Jacob desenredaba la red del tronco cuando se detuvo y se quedó mirando algo que había visto dentro. Se agachó, lo cogió y fue hacia mí.

—¿*Masa* querer esta clase de buey? —preguntó tímidamente.

Levanté la mirada y tuve un sobresalto, porque colgado de sus dedos por la larga y plumosa cola, con los ojos cerrados y los costados temblorosos, estaba un *Idiurus*. Depositó el animal, del tamaño de un ratón en mis manos ahuecadas y yo lo examiné: se hallaba inconsciente, al parecer casi asfixiado por el humo.

—¡Deprisa, deprisa, Jacob! —exclamé, lleno de zozobra—, tráeme una cajita

para meterlo... No, no, ésa no, una buena...

Ahora pon dentro una hoja pequeña... una hoja pequeña, estúpido, no medio árbol... Así, ahora está bien.

Coloqué el *Idiurus* dentro de la caja, con manos reverentes, y volví a examinarlo. Yacía exánime, inconsciente, con el pecho jadeante y sacudiendo de modo espasmódico las diminutas patas rosadas. Me dio la impresión de estar al borde de la muerte; frenético, arranqué un puñado de hojas y lo abaniqué con gran energía. Tras un cuarto de hora de tan peculiar forma de respiración artificial, vi con alborozo que empezaba a recuperarse. Abrió los hinchados ojos, dio media vuelta y se quedó sobre el estómago, con aspecto triste. Le abaniqué un poco más y luego cerré con cuidado la tapadera de la caja.

Mientras intentaba reanimar al *Idiurus*, los cazadores se habían apiñado a mi alrededor, formando un círculo angustiado y silencioso, pero al ver al animal recobrar sus facultades, todos sonrieron. Nos apresuramos a escudriñar el interior del árbol por si había más *Idiurus* inconscientes, pero no encontramos nada, lo cual me dejó muy perplejo, porque se suponía que vivían en grandes colonias y, por lo tanto, debía ser muy raro encontrar uno solitario. Esperé que los libros de texto no se equivocaran; coger varios especímenes de una colonia de animales es mucho más fácil que seguir la pista y capturar individuos aislados. Sin embargo, en aquellos momentos no podía detenerme a pensar en ello porque quería llevar cuanto antes al pueblo a mi precioso animalito para sacarlo de su pequeña caja provisional. Doblamos las redes y nos pusimos en marcha al paso más rápido posible a través de la selva asumida en la penumbra. Yo llevaba la caja que contenía al *Idiurus* en las manos ahuecadas, con tanta delicadeza como si contuviera huevos, y de vez en cuando lo abanicaba por encima de la tapa de malla.

Cuando llegué sano y salvo al salón de baile, preparé una jaula más grande para el precioso animal y luego realicé el traslado, que no resultó fácil, pues ya se había recuperado totalmente del humo y se escurría con una celeridad considerable. Por fin, sin dejarle escapar y sin dejarme morder, conseguí meterlo en la nueva jaula y entonces coloqué al lado mi luz más potente para examinarlo a mis anchas.

Su tamaño era más o menos el de un ratón doméstico y la forma general muy similar a la de éste. Lo primero que llamaba la atención era la cola, muy larga (casi el doble que el cuerpo) y con un fleco de pelos largos y ondulados a cada lado, por lo que parecía una pluma despeinada. Tenía la cabeza grande y algo abovedada y orejas pequeñas y puntiagudas. Los ojos eran negros como el carbón, pequeños y bastante saltones. Los dientes de roedor, un par de incisivos grandes y anaranjados, sobresalían del hocico formando una curva suave, de manera que de perfil su expresión parecía muy despreciativa. Quizá la parte más curiosa era la membrana «voladora» que se extendía a cada lado del cuerpo, de un extremo a otro; una larga y fina membrana de piel sujeta a los tobillos y unida a un cartílago largo y un poco curvado que partía del brazo, justo detrás del codo. En descanso, esta membrana se

doblaba y fruncía en el costado como una cortina; cuando el animal echaba a volar, estiraba las patas y la membrana se tensaba, actuando como las alas de un planeador. Más adelante descubriría lo hábil que podía ser el *Idiurus* en el aire con este primitivo aparato volador.



Cuando me hube acostado y apagado la luz aquella noche, escuché las idas y venidas por la jaula de mi nuevo ejemplar y me imaginé la fruición con que estaría saboreando el banquete de platos variados que le había servido. Sin embargo, al amanecer me deslicé de la cama para echarle una ojeada y descubrí que no había probado ninguno. No me preocupó demasiado el hecho, porque algunos animales recién capturados se niegan a comer hasta que se han habituado a la cautividad. La duración de este ayuno varía no sólo según la especie, sino también según el individuo. Pensé que durante el día el *Idiurus* bajaría del techo de la jaula, al que estaba aferrado, y comería hasta hartarse.

Cuando llegaron los cazadores, reemprendimos la búsqueda de nuevos árboles huecos a través de la selva emblanquecida por la niebla. Frescos por el sueño nocturno y animados por la captura del *Idiurus* del día anterior, iniciamos una vez más el laborioso proceso del humeado con mucho más entusiasmo. No obstante, a mediodía aún no habíamos encontrado nada, después de investigar diez árboles. Nos hallábamos en una parte de la selva donde los árboles eran de un tamaño enorme, incluso para los bosques de África Occidental. Se erguían a bastante distancia unos de otros, pero aun así sus gruesas ramas se entrelazaban en el aire. En la mayoría de casos, los troncos medían por lo menos cuatro metros y medio de diámetro. Tenían grandes raíces trapezoidales que salían de la base de los troncos como paredes maestras de una catedral, cada una de tres metros largos de altura, donde se unían al árbol, dejando entre sí un espacio grande como una habitación. Algunas estaban recubiertas por densas enredaderas de aspecto musculoso, gruesas como mi cuerpo. Avanzamos entre los gigantescos troncos hasta que llegamos a una hondonada donde crecía uno de estos enormes árboles, más o menos en solitario. Al borde del pequeño valle los cazadores se detuvieron y señalaron.

—Este gran palo tener muchos agujeros, *sah* —dijeron.

Nos acercamos al tronco del árbol y advertí que había en la corteza una gran

hendidura arqueada entre dos raíces, casi del mismo tamaño y forma que una puerta lateral de iglesia. Me detuve ante la entrada del agujero y miré hacia arriba: el tronco se alzaba sobre mi cabeza en dirección al cielo, liso y sin ramas a lo largo de irnos sesenta metros. Ni un tallo, ni un solo brote interrumpía la lisa superficie de aquella columna de madera. Empecé a desear que no hubiera nada en el interior, porque no podía concebir que nadie fuera capaz de trepar hasta la copa para tapar con redes los agujeros de salida, si es que había alguno. Entré en el hueco del árbol como se entra en una habitación y vi que se trataba de un gran espacio; la luz del sol se filtraba con suavidad a través de la entrada y poco a poco mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Miré hacia arriba, pero una ligera desviación del tronco me impidió ver las alturas. Palpé los lados del árbol y comprobé que estaba compuesto de madera podrida, suave y esponjosa. Di un puntapié y vi que era muy fácil marcar apoyos para el pie, así que trepé laboriosamente por el interior hasta que alcancé la altura suficiente para ver la copa. Era todo él hueco como una chimenea de fábrica e igual de grande. En la misma copa había un gran orificio de salida por el que se derramaba un rayo de sol. Entonces estuve a punto de perder el equilibrio por la emoción, porque en la parte alta del tronco había literalmente una alfombra viviente de *Idiurus*. Se deslizaban por la madera podrida rápidos y silenciosos como sombras y cuando se mantenían inmóviles desaparecían completamente de la vista, tan perfecta era la similitud con su hábitat. Me escurrí hasta el suelo y salí al exterior. Los cazadores me miraron con expresión inquisitiva.

—¿Haber bueyes dentro, *masa*? —preguntó uno.

—Sí. Haber muchos bueyes. Mirar por vosotros mismos.

Parloteando, muy excitados, entraron a empujones en el interior del árbol; puede dar una idea de su tamaño el hecho de que los tres cazadores, Peter, el trepador de árboles y Jacob lograron caber cómodamente en el espacioso hueco. Oí sus exclamaciones de asombro cuando vieron los *Idiurus* y palabras bruscas cuando alguien (sospecho que Jacob) pisó la cara de otro mientras trepaba. Rodeé el tronco con lentitud, buscando apoyos en la corteza que permitiera a Peter trepar hasta la copa, pero la superficie era lisa como una bola de billar. Por lo que parecía, el árbol era inexpugnable y así lo dije a los cazadores cuando salieron, lo cual actuó sobre su alborozo como un jarro de agua fría. Mientras fumábamos y discutíamos la cuestión, sentados en el suelo, Jacob merodeaba por el valle, dirigiendo a los árboles miradas feroces, hasta que se acercó a nosotros y dijo que creía haber encontrado un modo de que Peter llegara a la copa. Le seguimos hasta el extremo del valle, donde nos señaló un árbol joven y esbelto cuyas ramas superiores rozaban una de las grandes ramas del árbol gigante. Sugirió que Peter trepara por el árbol joven, pasara a la gruesa rama del tronco vacío y avanzara por ella hasta la copa. Peter examinó el árbol joven con suspicacia y al final dijo que lo intentaría. Escupió sobre sus manos, agarró el delgado tronco y se izó por él, usando sus pies casi prensiles para aferrarse mejor. Sin embargo, cuando llegó a medio camino, a unos veintiún metros sobre el suelo, su

peso empezó a curvar el árbol como un arco y antes de que subiera mucho más, el tronco emitió varios crujidos de muy mal agüero. Resultaba evidente que el árbol era demasiado delgado para soportar el peso de mi corpulento trepador, por lo que se vio obligado a bajar de nuevo al suelo. Jacob, sonriendo con entusiasmo, fue corriendo hacia mí.

—*Masa*, yo poder trepar por ese palo —anunció—. Yo no ser gordo como Peter.

—¡Gordo! —repitió, indignado, Peter—. ¿A quién tú llamar gordo, eh? Yo no ser gordo; este palo no tener fuerza para sostener a un hombre, esto ser todo.

—Tú ser gordo —insistió Jacob con desprecio—. Siempre llenar tu estómago de comida y ahora que *masa* querer que tú trepar a un palo, tú no servir.

—Está bien, está bien —me apresuré a cortar—, que lo pruebe Jacob. Pero cuidado con caerte, ¿eh?

—Sí, *sah* —dijo, corriendo hacia el árbol joven, que abrazó y empezó a subir como una oruga.

Jacob pesaba la mitad que Peter y no tardó en alcanzar la copa del arbolito, que aguantó firme, aunque oscilando en una curva suave. Cada vez que se acercaba a la rama del árbol gigantesco, Jacob alargaba la mano, pero no conseguía acertarla. Al poco rato miró hacia abajo.

—*Masa*, no poder cogerla —gritó.

—Está bien, baja.

Descendió rápidamente al suelo y yo le di el extremo de una cuerda muy larga y fuerte.

—Tú atar esto a la copa, ¿eh? Entonces, cuando estar listo, nosotros tirar de la cuerda y acercar el arbolito al tronco grande. ¿Entendido?

—Sí, *sah* —contestó Jacob con voz alegre y volvió a trepar ágilmente al árbol joven.

Cuando llegó a la copa, ató la cuerda al tronco y gritó que ya estaba listo. Agarramos el otro extremo de la cuerda y tiramos con mucha energía; mientras retrocedíamos lentamente por el claro, hundiendo los dedos de los pies en el blando lecho de hojas para conseguir más estabilidad, el arbolito se fue arqueando hasta que la punta tocó la enorme rama. Rápido como una ardilla, Jacob estiró la mano, se agarró a la rama y saltó a ella. Nosotros continuamos tirando de la cuerda hasta que le vimos sacar del taparrabos un trozo de soga con la que sujetó el árbol joven a la rama sobre la que ahora yacía tendido. Entonces soltamos lentamente la cuerda. Jacob se enderezó sobre la rama, cogido a otra más pequeña que salía de ella, y avanzó muy despacio en dirección al tronco, caminando con mucha cautela, porque la rama que usaba como senda estaba cubierta de orquídeas, enredaderas y helechos de árbol y era el hábitat ideal para la serpiente arborícola. Cuando llegó al lugar donde la rama se unía al árbol, se sentó en ella a horcajadas y nos bajó un trozo de soga a cuyo extremo atamos un fardo de redes y varias cajitas para meter los especímenes que pudiera capturar en la copa. Una vez se hubo atado todo esto a la cintura, rodeó el árbol hasta

el agujero, que estaba situado en la horca de donde partían las ramas grandes. Se agachó y extendió la red sobre el agujero, colocó las cajas a su alcance y luego nos miró con una traviesa sonrisa.

—Ya estar, *masa*, tu cazador estar listo —gritó.

—¡Cazador! —exclamó Peter indignado—. Este cocinero llamarse cazador... ¡je... jeeee!

Recogimos gran cantidad de ramas secas y hojas verdes y preparamos el fuego en el enorme hueco del árbol, parecido a una chimenea. Lo encendimos y cubrimos con un gran montón de hojas después de colocar una red sobre la abertura arqueada. El fuego ardió débilmente unos minutos y en seguida la delgada columna de humo se ensanchó y pronto una gran *masa* de humo gris empezó a ascender por el tronco hueco del árbol. Mientras subía, me percaté de que había otros agujeros que nos habían pasado desapercibidos, porque en diversos puntos de la corteza, a unos nueve metros sobre el suelo, aparecieron finos jirones de humo que se enroscaban y desvanecían en el aire.

Jacob, encaramado de forma precaria, estaba mirando hacia el interior del tronco cuando la espesa columna de humo gris ascendió de repente y le envolvió. Le oímos toser y atragantarse y en seguida moverse de prisa en medio del humo, buscando un lugar más apropiado para sentarse. A mí, que esperaba lleno de excitación, me pareció que los *Idiurus* tardaban muchísimo tiempo en ser afectados por el humo.

Empezaba a preguntarme si tal vez se habían quedado todos inmediatamente inconscientes antes de intentar escapar, cuando el primero salió de su escondite. Se escurrió por la abertura de la base del árbol, trató de alzar el vuelo y se enredó al instante entre las redes. Uno de los cazadores se precipitó hacia el animal para desprenderlo, pero antes de que yo pudiera acudir a prestarle ayuda, la colonia entera decidió evacuar el árbol al mismo tiempo. Unos veinte *Idiurus* aparecieron en la abertura principal y saltaron dentro de la red. Arriba, en la copa del árbol, ahora escondido por nubes de humo, oí a Jacob gritar muy excitado y exhalando algún que otro gemido de dolor cuando uno de los *Idiurus* le mordía. Descubrí con enojo que había dos o tres hendiduras en el tronco que nos habían pasado por alto, a unos nueve metros del suelo, y los *Idiurus* se escapaban en *masa* por aquellos minúsculos intersticios. Corrían por el tronco, al parecer indiferentes tanto a la fuerte luz solar como a nuestra presencia, porque algunos bajaron a menos de dos metros del suelo. Se movían con notable velocidad por la superficie del tronco, dando más la impresión de deslizarse que de correr. Entonces una nube de humo mayor y más acre subió hacia arriba y se extendió sobre ellos, obligándoles a levantar el vuelo.

He contemplado cosas extraordinarias a lo largo de mi vida, pero hasta el día de mi muerte recordaré el vuelo de los ratones voladores. El enorme árbol estaba envuelto en columnas de humo gris que se teñían del azul más etéreo cuando las atravesaban los rayos del sol. En ellas se zambulleron los *Idiurus*. Abandonaron el tronco del árbol levantando el vuelo sin ningún esfuerzo aparente; en un instante

determinado estaban adheridas al tronco con las cuatro patas abiertas, y al siguiente volaban por el aire, con las minúsculas patas estiradas y las membranas de los lados tensas como alambres. Bajaban en picado y flotaban en las ondulantes nubes de humo con toda la seguridad y pericia de una bandada de golondrinas, girando y ladeándose con increíble habilidad y casi sin mover el cuerpo. Se deslizaban, simplemente, y lo hacían de un modo asombroso. Vi a uno abandonar el tronco del árbol a una altura de unos sesenta metros. Se deslizó a través del pequeño valle en un vuelo directo y mantenido y fue a aterrizar en un árbol a cincuenta metros de distancia sin perder apenas altura. Otros salieron del tronco invadido por el humo y volaron alrededor de él describiendo una serie de espirales decrecientes para aterrizar en una parte más baja del mismo árbol. Algunos lo patrullaron zigzagueando en el aire y volviendo al punto de partida con gran suavidad y eficiencia. Su maravillosa pericia voladora me dejó atónito, porque en el bosque no soplaba ninguna brisa para mover las corrientes de aire que yo consideraba esenciales para tan intrincadas maniobras.



Observé que a pesar de que algunos de ellos volaron hacia la selva, la mayoría permaneció en el tronco vacío, contentándose con realizar breves vuelos a su alrededor cuando el humo era demasiado denso. Esto me inspiró una idea; apagué el fuego y a medida que el humo se fue aclarando y dispersando, los *Idiurus* que habían permanecido en el árbol volvieron a deslizarse en su interior. Les dimos unos minutos para instalarse y mientras tanto examiné los que habíamos capturado. En la base del árbol cazamos a ocho hembras y cuatro machos y Jacob bajó su botín desde el cielo lleno de humo, consistente en dos machos más y una hembra. Con ellos había dos de los murciélagos más extraordinarios que he visto en mi vida, con lomos de un marrón dorado, pecho amarillo limón, caras de cerdo y orejas largas como las del cerdo y enroscadas sobre el hocico.

Cuando todos los *Idiurus* hubieron regresado, volvimos a encender el fuego y una vez más salieron de estampida. Sin embargo, esta vez fueron más listos y la mayoría se negó a acercarse a las redes de la entrada principal. En cambio, Jacob tuvo más suerte en la copa del árbol y no tardó en bajar una bolsa con veinte ejemplares, número que consideré suficiente por el momento. Apagamos el fuego, recogimos las redes, bajamos a Jacob de su atalaya (no sin dificultades, porque estaba decidido a capturar al resto de la colonia) y nos adentramos en la selva para andar los seis o siete kilómetros que nos separaban del pueblo. Yo llevaba la preciada bolsa de inquietos y chillones *Idiurus* con ambas manos, cuidadosamente, deteniéndome de vez en cuando para desatarla y abanicarlos, porque no estaba muy seguro de que les entrara el aire suficiente por los lados de la fina bolsa de lino.

Llegamos a la aldea, sucios y cansados, poco después del crepúsculo. Metí los *Idiurus* en la caja más grande que tenía y me di cuenta, consternado, de que era demasiado pequeña para tantos ejemplares. Tontamente, había calculado atrapar sólo dos o tres *Idiurus* como máximo y por esto no había llevado conmigo ninguna caja grande. Temía que si los dejaba toda la noche en un espacio tan reducido, por la mañana habría muchas bajas; sólo podía hacer una cosa, que era llevar a los preciados animales al campamento base tan de prisa como pudiera. Escribí una breve nota a Smith diciéndole que había tenido suerte y que llegaría alrededor de medianoche con los animales y rogándole que mientras tanto preparase una caja grande para ellos. Envié el mensaje inmediatamente, luego me bañé y comí algo. Suponía que mi carta llegaría al campamento más o menos una hora antes que yo, lo cual le daría a Smith el tiempo suficiente para improvisar una jaula.

Hacia las diez, mi pequeño grupo se puso en marcha por el camino de Eshobi. Primero iba Jacob con la linterna y detrás suyo un portador con la caja de los *Idiurus* en equilibrio sobre su lanuda cabeza. Yo era el tercero y me seguía otro portador con mi cama sobre la cabeza. El camino de Eshobi es ya bastante malo a la luz del día, pero de noche es una trampa mortal. Como medio de iluminación, la linterna resultaba tan útil como una luciérnaga; su luz era suficiente para distorsionarlo todo y envolver las rocas en profundas sombras, así que nuestro avance era necesariamente

lento. En circunstancias normales, el paseo habría durado dos horas; aquella noche requirió cinco. La mayor parte del camino estuve al borde de un ataque de nervios, porque el portador de los *Idiurus* brincaba y saltaba entre las rocas como una cabra montesa y yo temía verle resbalar en cualquier momento y dejar caer mi preciosa caja de especímenes por un barranco. Su temeridad fue de mal en peor a medida que avanzábamos, hasta que me convencí de que su caída era una cuestión de tiempo.

—Amigo mío —le grité—, si dejar caer mis bueyes, no llegar juntos a Mamfe. Yo enterrarte aquí.

Comprendió la insinuación y aminoró considerablemente la marcha.

Mientras vadeábamos un arroyo, mi sombra se interpuso en el camino del porteador que me seguía, le hizo perder el equilibrio y mi cama fue a parar al agua con un fuerte chapoteo. Se trastornó mucho, pese a que yo asumí casi toda la culpa. Continuamos andando, mientras el portador, con su chorreante carga sobre la cabeza, gemía: «¡Eh, lamentarlo mucho, *sah!*», con voz doliente y estentórea.

La selva que nos rodeaba estaba llena de sonidos leves: el crujido de alguna rama, la llamada ocasional de un pájaro asustado, el continuo y palpitante grito de las cigarras en los troncos de los árboles y, de vez en cuando, el estridente pitido de una rana arborícola. Los arroyos que vadeamos eran helados y transparentes, y susurraban al lamer las grandes rocas como si fueran conspiradores. En un momento determinado Jacob, que iba delante, profirió un fuerte grito y empezó a bailar una danza salvaje, haciendo oscilar la linterna de modo que las sombras se retorcieron entre los troncos de los árboles.

—¿Qué pasar?, ¿qué pasar? —preguntaron los portadores.

—Las hormigas —contestó Jacob, sin dejar de brincar—, las malditas hormigas.

Sin mirar por dónde iba, había puesto el pie encima de una columna de hormigas devastadoras que cruzaba el camino, una negra columna de cinco centímetros de anchura que salía de la maleza como un silencioso arroyo de alquitrán. Cuando su pie se posó encima de ellas, toda la línea pareció bullir de repente y en silencio, y al cabo de un segundo las hormigas se dispersaron como una horda, alejándose cada vez más de la escena del ataque, como una mancha de tinta sobre las hojas pardas. Los portadores y yo tuvimos que dar un rodeo por la selva para evitar sus feroces atenciones.

Cuando dejamos el cobijo de la selva y salimos al primer prado plateado por la luna, empezó a llover. Al principio era sólo una llovizna fina, parecida a la bruma, pero de pronto, sin previo aviso, el cielo descargó un diluvio que parecía sólido y que aplastó la hierba convirtiendo el camino en un charco traicionero de lodo rojo. Temiendo que mi preciada caja de especímenes quedara empapada y los *Idiurus* murieran, me quité la chaqueta y cubrí con ella la jaula que el portador llevaba sobre la cabeza. No era mucha protección, pero de algo servía. Continuamos avanzando con el barro hasta los tobillos hasta que llegamos a un río que era preciso vadear. Sólo tardamos unos tres minutos en hacerlo, pero fue suficiente para que el portador que

llevaba los *Idiurus* tropezara y se tambaleara sobre el cauce rocoso, mientras la corriente se arremolinaba en torno a él, empujándole y esperando una oportunidad para hacerle perder el equilibrio. No obstante, alcanzamos indemnes la otra orilla y pronto vimos brillar las luces del campamento a través de los árboles. Justo cuando llegamos a la tienda, dejó de llover.

La jaula que Smith había preparado para los *Idiurus* resultaba demasiado pequeña, pero pensé que lo principal era sacarlos cuanto antes de la caja en que estaban porque chorreaba como un submarino recién emergido a la superficie. Abrimos la puerta con mucho cuidado y observamos conteniendo el aliento cómo los diminutos ratones entraban en su nueva casa. Ninguno parecía haberse mojado, lo cual me llenó de alivio, aunque uno o dos daban la impresión de haberse mareado durante el viaje.

—¿Qué comen? —quiso saber Smith cuando los hubimos contemplado durante cinco minutos.

—No tengo la menor idea. El que cogí ayer no ha comido nada, aunque Dios sabe que le he dado bastante para elegir.

—Hum, supongo que ya comerán cuando estén más tranquilos.

—Oh, sí, creo que sí —convine alegremente, y en realidad estaba convencido de ello.

Llenamos la jaula con todas las formas de comida y bebida de que disponíamos en el campamento, hasta que pareció un mercado nativo. Entonces colgamos un saco ante la jaula y dejamos a los *Idiurus* para que comieran. Como mi cama había absorbido lluvia y agua de río como si fuera una esponja, me vi obligado a pasar una noche muy incómoda en una silla plegable. Dormité a ratos hasta el amanecer, cuando me levanté, cojeé hasta la jaula de los *Idiurus*, alcé el saco y miré adentro.

En el suelo, entre la comida y bebida intactas, yacía un *Idiurus* muerto. Los otros estaban aferrados a la parte superior de la jaula como una banda de murciélagos y chirriaron con suspicacia al verme. Retiré el animal muerto y lo llevé a la mesa, donde lo sometí a una cuidadosa disección. Ante mi gran sorpresa, tenía el estómago repleto de cáscaras rojizas, parcialmente digeridas, de nueces de palma. Esto era lo último que había esperado encontrar, porque la nuez de palma, al menos en Camerún, es un producto de cultivo y no crece espontáneamente en la selva. Si el resto de la colonia había comido nueces de palma la noche anterior a su captura, ello significaba que habían viajado unos seis kilómetros hasta la granja nativa más próxima y descendido a pocos centímetros del suelo para alimentarse. Todo esto era muy desconcertante, pero en cualquier caso me sirvió de orientación y por la noche la jaula de los *Idiurus* estaba festoneada como un árbol de Navidad por racimos de nueces rojas, además de los otros manjares. Los metimos a la caída de la tarde y durante las tres horas siguientes Smith y yo sostuvimos largas conversaciones que no temían nada que ver con los *Idiurus* y nos esforzamos por simular que no oíamos los chirridos y las corridas procedentes de la jaula. Después de cenar, sin embargo, la

tensión se hizo insoportable, así que fuimos de puntillas hasta la jaula, y levantamos muy despacio una esquina del saco.

La colonia entera de *Idiurus* estaba en el suelo de la jaula y todos comían ávidamente nueces de palma. En cuclillas, sostenían el fruto en sus diminutas zarpas rosadas, como las ardillas, y les daban rápidas vueltas mientras sus dientecitos arrancaban la corteza escarlata. Pararon de comer cuando levantamos el saco y nos miraron; uno o dos de los más tímidos dejaron caer las nueces y huyeron al techo de la jaula, pero la mayoría decidió que éramos inofensivos y siguieron comiendo. Volvimos a bajar la arpillera y ejecutamos una danza guerrera alrededor de la tienda, profiriendo fuertes gritos para exteriorizar nuestra alegría, gritos que despertaron a los monos, provocando un gran estrépito de protestas, e hicieron salir en tropel de la cocina a todo el personal para saber qué ocurría. Cuando oyeron la buena noticia de que los nuevos bueyes por fin masticaban, sonrieron e hicieron crujir los nudillos de placer, porque se tomaban muy en serio nuestro trabajo. Durante todo el día había reinado el pesimismo en el campamento porque los nuevos bueyes no querían masticar, y ahora todo iba bien, así que los nuevos criados volvieron a la cocina, riendo y charlando.

Sin embargo, nuestro alborozo fue breve, porque al ir a la jaula a la mañana siguiente encontramos dos *Idiurus* muertos. A partir de entonces, nuestra pequeña colonia se fue reduciendo con regularidad, semana tras semana. Sólo querían comer nueces de palma y, por lo visto, esto no era suficiente para ellos. Asombraba ver la variedad de alimentos que poníamos en la jaula y que ellos rechazaban; algo insólito porque incluso el animal más remilgado termina por encontrar una comida que le gusta de verdad, si se le ofrece una selección abundante. Estaba claro que no resultaría fácil llevar a los *Idiurus* hasta Inglaterra.



CAPÍTULO 12

UNA MULTITUD DE MONOS

Quizá los animales más ruidosos, irritantes y encantadores que compartían nuestra tienda eran los monos. Teníamos cuarenta en total y la vida con tantos monos bajo el mismo techo lo es todo menos tranquila. Los adultos podían pasar, pero las crías nos causaban un sinfín de molestias y muchísimo trabajo: gritaban a pleno pulmón si las dejábamos solas y exigían biberones de leche caliente a las horas más inoportunas de la mañana o de la noche; contraían toda clase de enfermedades infantiles y nos daban irnos sustos de muerte; se escapaban de la nursery para acercarse a la jaula del gato dorado o caerse en latas de petróleo llenas de agua y en general mantenemos al borde de un ataque de nervios. Nos vimos obligados a idear los planes más maquiavélicos para tratar con ellas, algunas de las cuales eran realmente extraordinarias. Sirva como ejemplo el caso de las crías de dril, babuinos muy comunes en las selvas de Camerún, por lo que siempre nos abrumaban con crias de todas las edades. El dril es un animalito bastante feo que puede verse en la mayoría de zoológicos; tiene un trasero de color rosa brillante y no vacila en compartir su esplendor con quien sea. Los driles muy jóvenes figuran entre los seres más patéticos y ridículos del mundo; están cubiertos de un fino pelaje gris plateado y sus cabezas, manos y pies parecen tres veces demasiado grandes para sus cuerpos. Las manos, pies y cara son de una tonalidad que solíamos describir como rosa infantil y sus minúsculos traseros tienen el mismo color. La piel es blanca, con manchas grandes, parecidas a marcas de nacimiento, de brillante azul porcelana. Como todas las crías de mono, miran fijamente y sus brazos y piernas son largos y afinados y tiemblan como los miembros

de una persona muy vieja. Esto puede dar una idea de cómo es una cría de dril.

Durante los primeros días de su vida, los driles permanecen agarrados con sus musculosas manos y pies al espeso pelaje de su madre. Así, pues, nuestras crías de dril, en cuanto hubieron transferido su afecto a nosotros y decidido que éramos sus padres, exigían con voces fuertes y estentóreas que les permitiéramos agarrarse a nuestras espaldas. Junto a enormes cantidades de comida, lo más importante en la vida de un dril joven es sentirse aferrado al proveedor de la comida. Como resulta casi imposible trabajar con cuatro o cinco crías de dril pegadas a uno como trémulos viejos del mar en miniatura, tuvimos que idear un plan para hacerlos felices. Encontramos dos chaquetas viejas y las colgamos de los respaldos de sendas sillas en el centro de la tienda; entonces se las presentamos a las crías. Como estaban acostumbradas a vemos con estas chaquetas puestas, que debían de retener cierto olor característico, decidieron que se trataba de una especie de piel de la que nos habíamos despojado. Se agarraron a las mangas vacías, las solapas y los faldones como si los hubieran pegado con goma y mientras nosotros proseguíamos con nuestro trabajo del campamento, ellos permanecían allí, medio dormidos, despertándose de vez en cuando para sostener con voz cascada una conversación con nosotros.

Las grandes cantidades de personas que solían visitar nuestro campamento y contemplar nuestra colección parecían siempre más impresionadas por el grupo de crías de monos que por los otros animales. Una cría de mono es en muchos aspectos muy parecida a un bebé humano, sólo que infinitamente más patética. Las mujeres visitantes observaban a nuestros monos jóvenes con los ojos húmedos, canturreándoles en voz baja y haciendo gala de un amor maternal. Una dama joven que nos visitó varias veces estaba tan afectada por las patéticas expresiones de las crías de mono que tuvo el desacierto de empeñarse en darme una conferencia sobre la extremada crueldad de arrebatar a los pobres animalitos de los brazos de sus madres para encarcelarlos en jaulas. Habló con acento poético sobre las alegrías de la libertad y contrastó la feliz y despreocupada existencia de aquellas crías en las copas de los árboles con la horrible reclusión a que yo las condenaba. Aquella misma mañana un cazador nativo nos había traído una cría de mono y, en vista de que la joven dama era tan experta en la vida de los monos en las copas de los árboles, le sugerí que me ayudara a realizar una pequeña tarea que debía llevarse a cabo con cada nuevo mono que llegaba a nuestras manos. Accedió con entusiasmo, imaginándose en el papel de una especie de Florence Nightingale de los simios.

La pequeña tarea consistía, simplemente, en buscar los parásitos internos y externos de la nueva cría. Se lo expliqué a la joven dama, que pareció muy sorprendida; dijo que no sabía que los monos tuvieran parásitos, aparte de pulgas, claro. Fui a buscar el pequeños cesto en el que habían traído la cría y, tras recoger una porción de excrementos, los extendí sobre un papel limpio y enseñé a la dama la cantidad de finas lombrices que contenía. Ella observó un extraño silencio. Después le llevé el mono: era un guenón de nariz blanca, un adorable animalito de pelaje

negro y nívea pechera que tenía una brillante mancha blanca en forma de corazón sobre el hocico. Examiné sus minúsculas manos y pies y los correspondientes dedos y encontré nada menos que seis garrapatas cómodamente instaladas. Estos diminutos arácnidos se introducen bajo la piel de los pies y las manos, en particular bajo las uñas, donde la piel es fina, y allí se alimentan, hinchan y crecen hasta que alcanzan el tamaño de una cabeza de cerilla. Entonces ponen sus huevos y mueren; a su debido tiempo, los huevos se rompen y las crías de garrapata continúan el trabajo iniciado por sus padres. Si la infección de garrapata no se trata en sus primeras fases, puede causar la pérdida de la articulación de un dedo de la mano o del pie y en casos extremos incluso puede destruir todos los dedos, porque las garrapatas van royendo y criando hasta que han vaciado su madriguera, convirtiéndola en una bolsa de piel llena de pus. Yo mismo he tenido garrapatas en el pie en varias ocasiones y puedo atestiguar que a veces son muy dolorosas. Explicué todo esto a mi ayudante con detalles gráficos. Después cogí el tubo de anestésico local, froté con él los dedos del pequeño guenón y, con una aguja esterilizada, procedí a arrancar las garrapatas y a desinfectar las heridas. Este anestésico local era una bendición, porque el procedimiento es doloroso y las crías de mono no lo sufrirían sin moverse.

Una vez hecho esto, palpé la cola del mono y encontré dos bultos en forma de salchicha, largos como la primera articulación de mi meñique y más o menos de la misma circunferencia. Los mostré a mi acompañante y luego aparté el pelo para que pudiera ver el orificio circular, parecido a un ojo de buey, que había al final de cada tumor. Mirando por este ojo de buey hacia el interior, se veía mover algo blanco y repugnante. Explicué, con mis mejores aires de Harley Street, que cierta mosca de los bosques pone los huevos en el pelo de diversos animales y más tarde las larvas perforan la carne de su anfitrión y viven allí, engordando como cerdos en una pocilga, obteniendo aire a través del ojo de buey, y cuando por fin se marchan para convertirse en moscas, el anfitrión tiene en la carne un agujero de la circunferencia de un cigarrillo que suele degenerar en una úlcera supurante. Con la aguja en la mano, aparté los pelos y le enseñé la larva escondida en su madriguera como un globo de protección en miniatura; sin embargo, en cuanto la toqué con la punta de la aguja, se encogió, se dobló como una concertina, convirtiéndose en un pequeño bulto arrugado, y desapareció en las profundidades de la cola del mono. Entonces le enseñé cómo extraerlas, utilizando un método inventado por mí: después de introducir por el ojo de buey la boquilla del tubo de anestésico, inyecté el líquido hasta que inmovilicé a la larva; a continuación, ensanché un poco el ojo de buey con un bisturí, pinché la larva con la punta de la aguja y la saqué de su madriguera. Mientras extraía del agujero ensangrentado aquella porquería blanca y arrugada, mi ayudante me abandonó precipitada y repentinamente. Extraje la segunda larva, desinfecté los agujeros que habían abierto y fui a reunirme con ella en el otro extremo del claro del campamento. Me explicó que llegaba tarde a una cita para almorzar, me agradeció aquella mañana tan interesante y se despidió para no volver más a visitarnos. Siempre

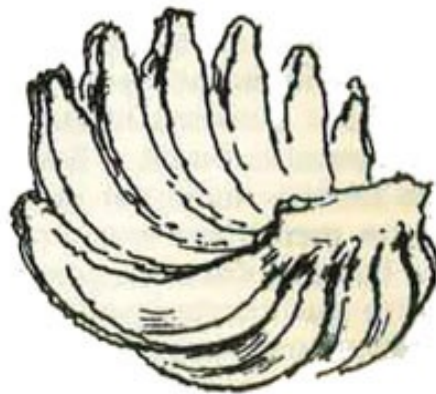
pienso que es una lástima que la gente no averigüe más cosas sobre los inconvenientes de vivir en la jungla antes de pronunciarse sobre la crueldad de enjaular a los animales.



Uno de los monos más encantadores que teníamos era un guenón bigotudo de pocos meses capturado por Smith en un viaje a las montañas. Era el mono más pequeño que he visto en mi vida pues, sin contar la larga y fina cola, podía caber cómodamente dentro de una taza de té. Tenía un color gris verdoso, pómulos de un amarillo vivo y pechera blanca. Pero lo más notable de él era la cara, porque una franja curvada de pelo blanco coronaba su labio superior como un impresionante bigote. Tenía el hocico enorme para su tamaño y podía meterse fácilmente en él la tetina de un biberón. Resultaba cómico ver al diminuto y bigotudo animal abalanzarse sobre el biberón en cuanto lo veía llegar, profiriendo chillidos de alegría, rodearlo con brazos y piernas muy apretados y yacer con los ojos cerrados, succionando frenéticamente. Parecía más bien ser él el succionado por una gran nave blanca, porque el biberón era de tamaño tres veces mayor. Aprendía con gran rapidez y no tardó en saber beber la leche de un platillo. Le sentábamos a comer a la mesa del campamento y, en cuanto veía acercarse el platillo, se ponía histérico de excitación, temblando, retorciéndose y gritando desaforadamente. Cuando lo tenía delante, se lanzaba sobre él de cabeza sin la menor vacilación, hundiendo toda la cara en la leche hasta que le faltaba el aire. A veces su glotonería era tal, que esperaba demasiado y la superficie de la leche se cubría de burbujas antes de que levantara la cabeza, tosiendo, estornudando y salpicando la mesa y a sí mismo con surtidores de leche. En otras ocasiones, durante la comida se convencía de que estábamos al acecho de una oportunidad para arrebatarse el platillo y, con un trémulo chillido de rabia, desbarataba nuestro plan por el sencillo expediente de saltar en el aire y aterrizar en el centro del plato con un gran chapoteo, permaneciendo allí mientras nos clavaba una mirada de triunfo. La cabeza y la cara se le empapaban de leche en todas las comidas, hasta el punto de que era muy difícil distinguir dónde empezaba y terminaba su bigote y la mesa quedaba como si alguien hubiera ordeñado sobre ella a una vaca

grande y pletórica de salud.

Los dos personajes de más carácter entre nuestra población simiesca eran, sin duda, los chimpancés *Mary* y *Charlie*. Éste había sido el mimado del dueño de una plantación antes de llegar hasta nosotros, así que estaba bastante domesticado. Tenía una cara pequeña, arrugada y triste y húmedos ojos marrones; daba la impresión de que el mundo le había tratado mal, pero que él era demasiado santo para quejarse. Esta actitud dolorida y melancólica era pura comedia, porque en realidad *Charlie*, lejos de ser un mono maltratado e incomprendido, era un golfo de cuidado, lleno de astucia e hipocresía. Todos los días le dejábamos salir de la jaula para que hiciera ejercicio y él vagaba por el campamento con aire de radiante inocencia hasta que creía habernos convencido de su integridad. Entonces se dirigía con disimulo hacia la mesa de la comida, echaba una rápida mirada a su alrededor para ver si alguien le observaba, agarraba el mayor racimo de plátanos que tenía a su alcance y corría como una exhalación hacia el árbol más próximo. Si se le perseguía, dejaba caer la fruta y se quedaba quieto. Entonces permanecía sentado en el polvo mientras se le regañaba, mirando con ojos tristes, la imagen misma de la inocencia ultrajada, dando a entender claramente con la expresión de su rostro que se le acusaba sin razón de un crimen monstruoso, pero que él era demasiado noble para retraer este hecho y el hombre demasiado obtuso para comprenderlo. Si se agitaba el racimo de fruta robada bajo su nariz, lo contemplaba sorprendido y un poco molesto. ¿Por qué habían de sospechar que él había robado la fruta?, parecía decir su expresión. ¿Acaso no sabían que a él le repugnaban los plátanos? Jamás en toda su vida (consagrada a la filantropía y el sacrificio) había sentido la menor inclinación a probar siquiera tan asquerosa fruta y mucho menos robarla. Una vez concluida la reprimenda, *Charlie* se levantaba, exhalaba un gran suspiro, le dirigía a uno una mirada de compasión mezclada con desprecio y se alejaba en dirección a la cocina para ver qué podía robar allí. Era completamente incorregible y su rostro tan expresivo que podía mantener una conversación con nosotros sin necesidad de hablar.



El mayor triunfo de *Charlie* llegó cuando recibimos la visita del alto comisionado para Camerún, que se hallaba de paso en una de sus periódicas rondas de inspección. Entró en nuestro campamento acompañado por un vasto ejército de secretarios y otros ayudantes y se mostró muy impresionado por nuestro gran surtido de animales. Sin embargo, el que más llamó su atención fue *Charlie*. Mientras explicábamos a su excelencia que *Charlie* era un hipócrita redomado, éste se encontraba sentado en su jaula, sosteniendo la mano del gran hombre a través de los barrotes, mirándole con expresión dolida y ojos implorantes y rogando a su excelencia que no diera crédito a nuestras infames calumnias. Cuando su excelencia se despidió, invitó a Smith y a mí mismo a su recepción, que tendría lugar por la tarde del día siguiente. Por la mañana, un mensajero muy impresionante, decorado con refulgentes botones dorados, nos entregó un sobre de la Oficina del Distrito que contenía una gran tarjeta en la cual se nos informaba, en una magnífica caligrafía llena de florituras, de que su excelencia el alto comisionado para Camerún requería el placer de la presencia de *Charlie* en su recepción, entre las seis y las ocho horas. Cuando se la enseñamos a *Charlie*, estaba sentado en su jaula, meditando, y después de echarle una breve ojeada, hizo caso omiso de ella. Su actitud nos dijo que estaba muy acostumbrado a recibir montones de aquellas invitaciones, y que se trataba de cosas demasiado mundanas para que pudieran interesarle, sugiriendo que se hallaba demasiado inmerso en sus devotas meditaciones para entusiasmarse por invitaciones a orgías y borracheras con simples altos comisionados. Como aquella mañana había estado en la cocina robando seis huevos, gran cantidad de pan y un muslo de pollo frío, no le creímos.

Mary era un chimpancé de carácter totalmente distinto. Tenía más edad que *Charlie* y un tamaño mucho mayor, más o menos el de un niño de dos años. Antes de que la compráramos había pertenecido a un comerciante hausa y me temo que la habían maltratado y jugado malas pasadas porque al principio estaba ceñuda y hosca y temimos que nunca podríamos ganar su confianza, ya que desconfiaba profundamente de cualquier ser humano, ya fuera negro o blanco. Sin embargo, al cabo de varios meses de buenos alimentos y mejor trato nos deleitó convirtiéndose en un chimpancé encantador, de carácter alegre y un fantástico sentido del humor. Tenía una cara rosada, de expresión un poco torpe, y una voluminosa panza. Me recordaba a una camarera gorda, siempre dispuesta a celebrar a carcajadas un chiste subido de tono. Cuando llegó a conocernos y a confiar en nosotros, se aficionó a un número que ella consideraba de una gran comicidad. Se acostaba en la jaula, en precario equilibrio sobre la barra, y ofrecía ante los barrotes una parte inmencionable de su anatomía. Entonces esperaba a que uno se acercara y soplara con fuerza, tras lo cual *Mary* soltaba una carcajada estridente y se cubría modestamente con las manos. Después dirigía una mirada púdica por encima del protuberante estómago y volvía a descubrirse, esperando que el espectador repitiera su actuación anterior. Este número fue bautizado por nosotros y el personal como Soplar las Partes Pudendas de *Mary* y por muchas veces que lo repitiéramos durante el día, *Mary* seguía encontrándolo

tremendamente gracioso; echaba la cabeza hacia atrás y abría mucho la boca, enseñando sus grandes encías rosadas y dientes blancos y riendo a mandíbula batiente, con histérica hilaridad.

Aunque *Mary* nos trataba siempre, tanto a nosotros como a nuestros ayudantes, con gran delicadeza, nunca olvidaba que estaba resentida contra los africanos en general y solía vengarse en cualquier desconocido que viniese al campamento. Le sonreía con amabilidad y se golpeaba el pecho o ejecutaba saltos mortales... cualquier cosa para llamar su atención. Sus cabriolas atraían al desconocido cada vez más cerca de la jaula y mientras tanto ella, fingiendo ser la viva imagen de la alegría y el buen humor, calculaba la distancia con ojos astutos. De improviso, el largo y potente brazo salía disparado entre los barrotes, se oía un fuerte desgarrón, un grito de terror del africano, y *Mary* bailaba triunfante alrededor de su jaula haciendo ondear un trozo de camisa o de camiseta que había arrancado a su admirador. Su fuerza era extraordinaria y me costó una pequeña fortuna en prendas de ropa hasta que coloqué su jaula en una posición desde la cual no podía cometer estos desafueros.

La colección de monos producía un ruido continuo durante todo el día, pero por la tarde, hacia las cuatro y media, este ruido iba en aumento hasta alcanzar un volumen insoportable para los nervios más templados, porque a esta hora se distribuía la ración de leche. Alrededor de las cuatro empezaban a impacientarse, saltando y brincando en sus jaulas, haciendo acrobacias o apretando las caras contra los barrotes y profiriendo tristes chillidos, pero en cuanto colocábamos la hilera de cuencos limpios y aparecían las grandes latas de petróleo llenas de leche caliente, malta, aceite de hígado de bacalao, azúcar y calcio, el bullicio era ensordecedor. Los chimpancés emitían prolongados alaridos a través de sus fruncidos labios y golpeaban los lados de las jaulas con los puños, los driles proferían su largo y penetrante grito de «¡Ar-ar-ar-ar-ar-ererer!», como ametralladoras en miniatura, los guenones articulaban sus débiles silbidos y gorjeos, parecidos a los de los pájaros, los monos patas saltaban arriba y abajo como bailarines dementes, chillando en tono quejumbroso. «Praup, praup» y la hermosa mona colobo, con su ondeante chal de pelo blanco y negro, llamaba: «¡Arraup! ¡Arraup! ¡Arraup! ¡Ye-ye-ye-ye!», con tono autoritario. A medida que avanzábamos por entre las jaulas, metiendo las latas de leche a través de las puertas, los ruidos se iban apagando, hasta que finalmente sólo se oía un sordo sonido de succión, alternado con alguna tos cuando la leche bajaba por el conducto equivocado. Después, una vez vacíos los recipientes, los monos se subían a sus barras y se sentaban con las barrigas hinchadas, eructando a intervalos regulares, tranquilos y satisfechos. Al cabo de un rato todos volvían a bajar al suelo para examinar las latas y cerciorarse de que no quedaba nada de leche, llegando incluso a cogerlas y mirarlas por debajo. Después se acurrucaban en sus barras bajo el sol vespertino y se sumían en una especie de letargo mientras la paz volvía a reinar en el campamento.

Una de las cosas que encuentro especialmente atractivas en los monos es el hecho de que carezcan de cualquier inhibición y estén siempre dispuestos a ejecutar toda

clase de acciones sin la menor timidez. Orinan copiosamente o se agachan y contemplan la aparición de sus propias heces con expresiones de absorto interés, copulan o se masturban con gran libertad, sin preocuparse del auditorio. He oído a seres humanos muy turbados calificar a los monos de animales sucios y repugnantes después de verles realizar estas acciones en público; se trata de una actitud que encuentro difícil de comprender. Al fin y al cabo, somos nosotros, con nuestra superior inteligencia, quienes hemos decidido que las funciones perfectamente naturales de nuestros cuerpos son impuras; los monos no comparten nuestro punto de vista.

Por idéntica razón una de las cosas que me gustaban de los africanos era esta misma actitud inocente ante las funciones corporales. A este respecto se parecían muchísimo a los monos. Vi un magnífico ejemplo de este hecho un día en que dos misioneras bastante chapadas a la antigua vinieron a visitar el campamento.

Les enseñé nuestros diversos animales y pájaros y ellas hicieron comentarios encomiásticos. Por último llegamos a los monos y las misioneras se mostraron encantadas con ellos. Al final, sin embargo, nos acercamos a una jaula donde un mono sentado en su barra permanecía en una curiosa posición encorvada.

—¡Oh! ¿Qué hace? —preguntó la dama con voz alegre y antes de que yo pudiera impedirlo, se agachó para verlo mejor. Volvió a enderezarse al instante, ruborizada hasta las orejas, porque el mono estaba pasando el rato que faltaba para la hora de comer chupándose a sí mismo.

Pasamos por delante del resto de los monos en un tiempo récord, yo muy divertido por la expresión de glacial repugnancia que había sustituido a la de alegre benevolencia en el rostro de la misionera. Podían ser criaturas de Dios, parecía decir su expresión, pero ella lamentaba que el Supremo Hacedor no alterara un poco sus costumbres. Entonces, cuando doblamos la esquina de la tienda nos saludó otra criatura de Dios en forma de un esbelto cazador africano. Era un hombre que nos había traído especímenes con regularidad todas las semanas, pero que durante los últimos quince días no había hecho acto de presencia.

—*Iseeya*, Samuel! —le saludé.

—*Iseeya, masa* —respondió, acercándose hacia nosotros.

—¿Dónde haberte metido todo este tiempo? —pregunté—.

¿Por qué no traer bueyes durante dos semanas, eh?

—|Eh, *masa*! Yo estar enfermo —explicó él.

—¿Enfermo? Sentirlo, amigo mío. ¿Qué enfermedad padecer tú?

—Ser mi gonorrea, *masa* —explicó con inocencia—. Mi gonorrea molestarme *demasiado*.

Las misioneras fueron de las personas que no repitieron la visita al campamento.



EN QUE HACER UN BUEN CAMINO

Los días que preceden al embarque de la colección en el buque que ha de llevarla a Inglaterra, son siempre los más agitados de todo el viaje. Hay mil cosas que hacer: alquilar camiones, reforzar jaulas, comprar y embalar ingentes cantidades de comida y, por si esto fuera poco, llevar a cabo el trabajo rutinario de mantener a la colección.

Una de las cosas que más nos preocupaban eran los *Idiurus*. A estas alturas, nuestra colonia había quedado reducida a cuatro especímenes y estábamos decididos a llevarlos sanos y salvos a Inglaterra. Después de realizar esfuerzos sobrehumanos, habíamos conseguido hacerles comer aguacates además de nueces de palma y con esta dieta parecían prosperar sin problemas. Decidí que tres docenas de aguacates en diversas fases de madurez serían suficientes para el viaje y que incluso nos sobrarían para los primeros días de instalación en Inglaterra. Así, pues, llamé a Jacob y le informé de que debía procurarme tres docenas de aguacates sin pérdida de tiempo. Para mi sorpresa, me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿Aguacates, *sah*? —inquirió.

—Sí, aguacates —repetí.

—No poder conseguirlos, *sah* —respondió, compungido.

—¿Que no poder conseguirlos? ¿Por qué no?

—Aguacates acabarse —explicó, con expresión de desaliento.

—¿Acabarse? ¿Qué significar, acabarse? Yo mandarte ir al mercado a comprarlos, no a buscarlos a la cocina.

—Acabarse en el mercado, *sah* —respondió, paciente.

De repente comprendí lo que trataba de decirme: la temporada de aguacates había tocado a su fin y no podía encontrar ninguno. Tendría que afrontar el viaje sin fruta para mis preciados *Idiurus*.

Desde el campamento base a la costa había irnos trescientos kilómetros largos y

el transporte de nuestra colección requería tres camiones y una furgoneta. Viajamos de noche, porque hacía más fresco y era mejor para los animales, y necesitamos dos días para cubrir la distancia. Fue uno de los peores viajes que recuerdo. Cada tres horas teníamos que detener los camiones, bajar todas las cajas de ranas y salpicarlas de agua fría para evitar que se deshidrataran. Durante la noche era preciso hacer dos paradas prolongadas para dar a los animales jóvenes biberones de leche caliente que ya llevábamos preparada en termos. Y por último, al amanecer teníamos que aparcar los camiones en el borde del camino, bajo la sombra de los grandes árboles, descargar absolutamente todas las jaulas y limpiar y alimentar a todos los especímenes. Por la mañana del tercer día llegamos a la pequeña posada de la costa que habían puesto a nuestra disposición; allí tuvimos que desempaquetarlo todo otra vez, limpiar y alimentar a los animales antes de que pudiéramos arrastrarnos hasta la casa, comer algo y desplomarnos sobre la cama para dormir. Aquel atardecer vinieron a ver a los animales grupos de las plantaciones bananeras locales y, medio muertos de sueño, nos vimos obligados a enseñárselo todo, contestar preguntas y mostramos corteses.

—¿Embarcarán en el buque que ha atracado ayer? —interrogó alguien.

—Sí —respondí, reprimiendo un bostezo—; zarpamos mañana.

—¡Dios mío! Los compadezco —observó en tono alegre.

—Oh. ¿Por qué?

—El capitán es un maldito salvaje, amigo mío, y detesta a los animales. Es un hecho. El viejo Robinson quería llevar consigo a su babuino predilecto la última vez que se fue de vacaciones y el capitán desbarató su plan. Se negó a admitirlo a bordo, diciendo que no quería llenar su barco de malolientes simios. Tengo entendido que se armó un gran escándalo.

Smith y yo intercambiamos miradas ansiosas porque, entre todos los males que pueden afligir a un coleccionista, un capitán hostil es tal vez el peor. Más tarde, cuando se hubo marchado el último grupo de curiosos, comentamos la inquietante noticia y decidimos esmerarnos en ser lo más corteses posible con el capitán y procurar por todos los medios que no se produjeran por culpa de los monos incidentes desagradables que pudieran provocar su ira.

Nuestra colección fue colocada en la cubierta de proa bajo la supervisión del primer oficial, un hombre servicial y encantador. Aquella noche no vimos al capitán y a la mañana siguiente, cuando nos levantamos temprano para limpiar las jaulas, atisbamos en el puente su figura encorvada y amenazadora. Nos habían dicho que bajaría a desayunar y esperábamos el encuentro con cierto nerviosismo.

—Recuerda —dijo Smith mientras limpiábamos a los monos— que hemos de ganarnos su simpatía. —Cogió una caja llena de serrín, corrió hacia la barandilla y tiró el contenido al mar—. Y que debemos procurar no hacer nada que pueda molestarle —añadió al volver.

En aquel momento una figura vestida con un impecable uniforme blanco llegó corriendo, muy sofocado, desde el puente.

—Perdone, señor —dijo—, el capitán le manda sus saludos, señor, y le ruega que compruebe la dirección del viento antes de tirar ese serrín por la borda.

Horrorizados, miramos hacia el puente; el aire estaba lleno de volátiles fragmentos de serrín y el capitán, con cara de pocos amigos, estaba restregando su salpicado uniforme.

—Transmita nuestras disculpas al capitán —contesté, luchando contra un tremendo deseo de echarme a reír.

Cuando el oficial se hubo alejado, me encaré con Smith.

—¡Ganarnos su simpatía! —exclamé con amargura—. ¡No hacer nada que pueda molestarle! Sólo tirarle encima unos kilos de serrín y ensuciar su precioso puente. Espero que sepas congraciarte con él.

Cuando sonó el gong, fuimos a toda prisa a nuestro camarote, nos lavamos y ocupamos nuestros puestos en el comedor. Y descubrimos, para nuestra consternación, que estábamos en la mesa del capitán, quien se sentó de espaldas al mamparo que tenía tres ojos de buey, mientras Smith y yo nos hallábamos en el lado opuesto de la mesa redonda. Los ojos de buey daban al trozo de cubierta donde estaba colocada nuestra colección. A media comida el capitán se había ablandado un poco e incluso empezó a hacer algunas bromitas tolerantes sobre el serrín.

—Mientras no dejen escapar a ninguno, no me importa —observó en tono jovial, reventando un huevo frito.

—Oh, eso no ocurrirá ?—dije y apenas tuve tiempo de terminar la frase cuando algo se movió en el ojo de buey y, al levantar la vista, vi a *Bomboncito*, la ardilla de orejas negras, sentada en la abertura, examinando el interior del salón con expresión benévola.

El capitán, por supuesto, no podía ver a la ardilla que se encontraba al mismo nivel que su hombro y a un metro de distancia, y continuó comiendo y hablando tan tranquilo, mientras detrás de él *Bomboncito*, sentado, se limpiaba las patillas. Durante unos segundos el sobresalto fue tal, que mi cerebro dejó de funcionar y permanecí inmóvil, con la mirada fija en el ojo de buey. Por suerte, el capitán estaba demasiado ocupado con su desayuno para darse cuenta de nada. *Bomboncito* terminó su aseo, volvió a repasar el salón y decidió que el lugar merecía ser investigado, así que empezó a buscar la mejor manera de bajar de su puesto de observación y al final eligió como el método más rápido saltar del ojo de buey al hombro del capitán. Intuí la formación de este plan en la cabeza del voluntarioso animalito y la idea de su aterrizaje en el hombro del capitán me impulsó a actuar con celeridad. Murmurando un apresurado «perdón», retiré mi silla y salí del comedor y en cuanto estuve fuera de la vista del capitán, eché a correr como un loco hacia cubierta. Para mi alivio, *Bomboncito* aún no había saltado y su larga y tupida cola seguía colgando fuera del ojo de buey. Me abalancé sobre ella y la agarré por la cola justo cuando ya se agazapaba para saltar. La metí en la jaula, desoyendo sus indignadas protestas, y volví, acalorado pero triunfante, a la mesa del comedor. El capitán continuaba

hablando y, si había advertido mi precipitada desaparición, debió de achacarla a una imperiosa necesidad de la naturaleza, porque no la mencionó.

Al tercer día de viaje murieron dos *Idiurus*. Me hallaba examinando con tristeza sus cadáveres, cuando apareció un miembro de la tripulación. Me preguntó por qué habían muerto y yo le expliqué con pelos y señales la trágica historia de los aguacates.

—¿Qué es un aguacate? —inquirió.

Le enseñé uno, reseco y arrugado.

—Oh, eso —dijo—. ¿Quiere unos cuantos?

Le miré con fijeza unos segundos, incapaz de hablar.

—¿Tiene aguacates? —exclamé por fin.

—Bueno, no exactamente, pero creo que puedo conseguirle algunos —contestó.

Al atardecer reapareció con los bolsillos llenos.

—Tenga —dijo, poniéndome en la mano varios aguacates maduros y hermosos—. Deme tres de esos suyos y no diga una palabra a nadie.

Le di tres de mis resecos aguacates y me apresuré a dar a los *Idiurus* los frutos maduros que acababa de recibir y que fueron consumidos con gran fruición. Me animé mucho y empecé a abrigar cierta esperanza de poder llevarlos hasta Inglaterra.

Mi amigo el marinero me daba grandes aguacates maduros siempre que le informaba de que mi provisión se estaba acabando y él aceptaba cada vez a cambio mis resecas existencias. Era muy extraño, pero consideré mejor no hacer demasiadas preguntas sobre el particular. Sin embargo, a pesar de la fruta fresca, murió otro *Idiurus* y cuando nos balanceábamos en el golfo de Vizcaya sólo me quedaba un ejemplar. Comprendí que ahora se trataba de una lucha contra el tiempo; si lograba mantener con vida a este único superviviente hasta que llegáramos a Inglaterra, allí dispondría de una enorme variedad de comida para ofrecerle y era seguro que algo le gustaría. A medida que nos íbamos acercando a Inglaterra, vigilaba atentamente al pequeño animal. Parecía gozar de buena salud y estar muy animado. Como medida de precaución adicional, me llevaba la jaula a mi camarote todas las noches para que no se resfriara. La víspera de nuestra llegada se encontraba bien y casi me convencí de que lograría desembarcarlo. Aquella noche, de forma súbita y sin motivo aparente, murió. Así pues, tras viajar cuatro mil millas, el último *Idiurus* murió veinticuatro horas antes de atracar en Liverpool. Sufrí un amargo desengaño y una profunda depresión se apoderó de mí.

Ni siquiera me animó ver cómo desembarcaban mi colección, lo cual siempre me inspiraba una mezcla de orgullo y alivio. Las ranas peludas habían sobrevivido, así como los sapos de hoja marrón; *Charlie* y *Mary* gritaban dentro de sus jaulas mientras éstas eran bajadas por la grúa. *Bomboncito* comía un terrón de azúcar y observaba al gentío diseminado por el muelle con ojos llenos de esperanza y el mono bigotudo miraba por entre los barrotes de su jaula; sus patillas brillantes le daban el aspecto de un juvenil Papá Noel. Sin embargo, ni siquiera la vista del feliz

desembarco de estos animales después de un viaje tan largo y peligroso me compensó del todo de la pérdida de mis pequeños *Idiurus*. Smith y yo ya nos disponíamos a abandonar el buque cuando apareció mi amigo el marinero, que se había enterado de la muerte del *Idiurus* y estaba muy trastornado porque nuestros esfuerzos conjuntos habían resultado infructuosos.

—A propósito —dije al despedirme—, siento una gran curiosidad por saber cómo conseguía esos aguacates en mitad del océano.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírle.

—Se lo diré, compañero, pero le suplico que no lo divulgue —me confió en un ronco murmullo—. Verá, al capitán le entusiasman los aguacates y guardaba una caja llena de esta fruta en la nevera. Siempre vuelve con una caja para su casa, ¿sabe? Yo me limité a quitarle algunos para usted.

—¿Quiere decir que los aguacates pertenecían al capitán?

—pregunté con voz débil.

—Claro. Pero no los encontrará a faltar —me tranquilizó alegremente mi amigo — porque cada vez que sacaba aguacates *suyos*, los reemplazaba por otros tantos de los de usted.

Los funcionarios de aduanas no podían comprender por qué me desternillaba de risa mientras les enseñaba nuestras banastas y no dejaban de mirarme con ojos suspicaces. Pero, por desgracia, no era la clase de chiste que uno puede compartir.



GERALD DURRELL es conocido universalmente por su afición a los animales, con los que ha vivido múltiples aventuras por todos los continentes. Pero es igualmente conocido por sus narraciones humorísticas que suelen tener por escenario la Grecia donde pasó su infancia, en la que uno se puede encontrar en las situaciones más disparatadas y vivir los episodios más divertidos... como les sucede a estos simpáticos *secuestradores de burros*.

Notas

[1] Señor. <<